

ANGEL BUENO

A-18  
T-6

# EXCURSIONES ESCOLARES

POR

NIÑOS DE DIEZ A ONCE AÑOS

Precio: 1 peseta.

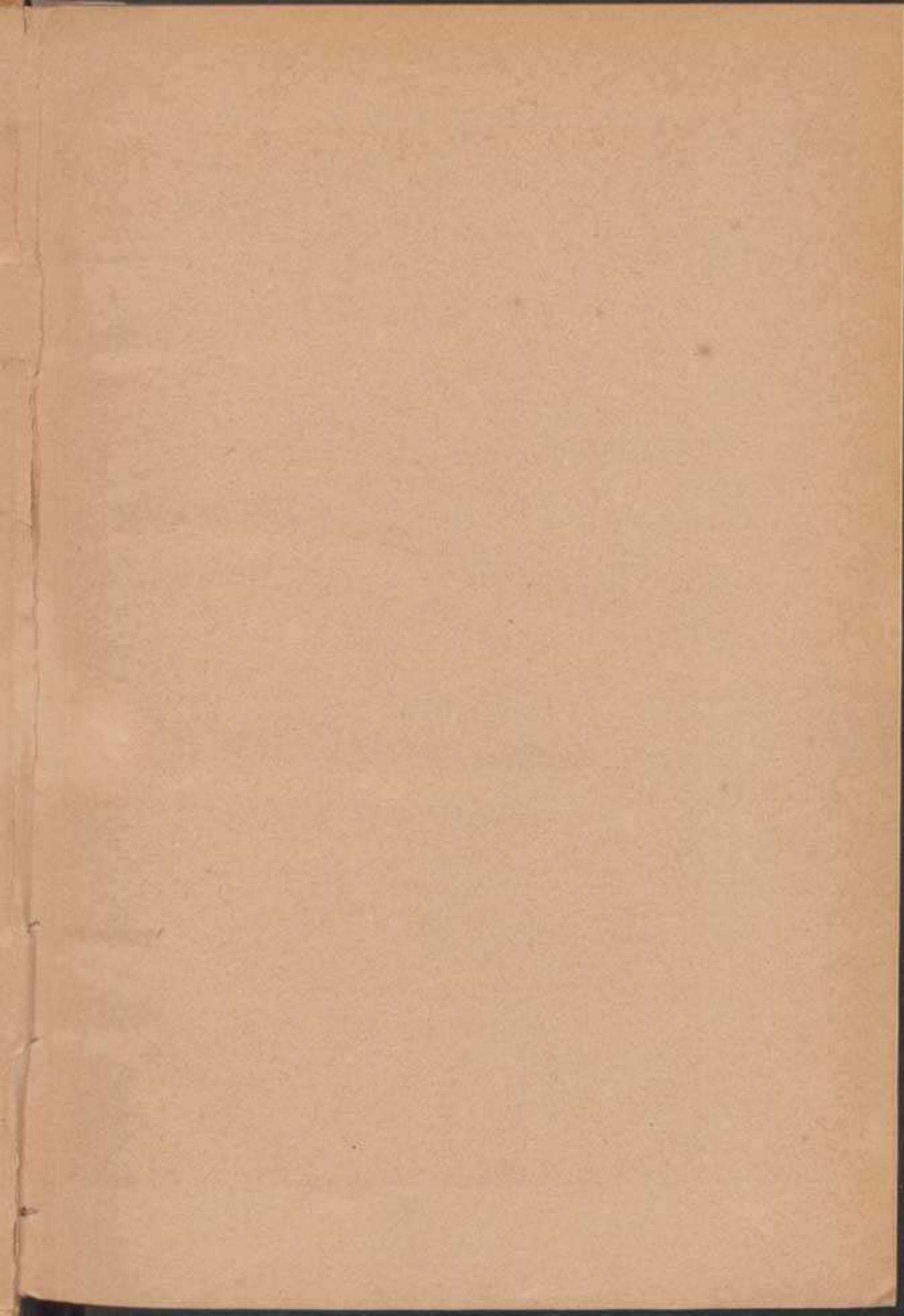
MADRID

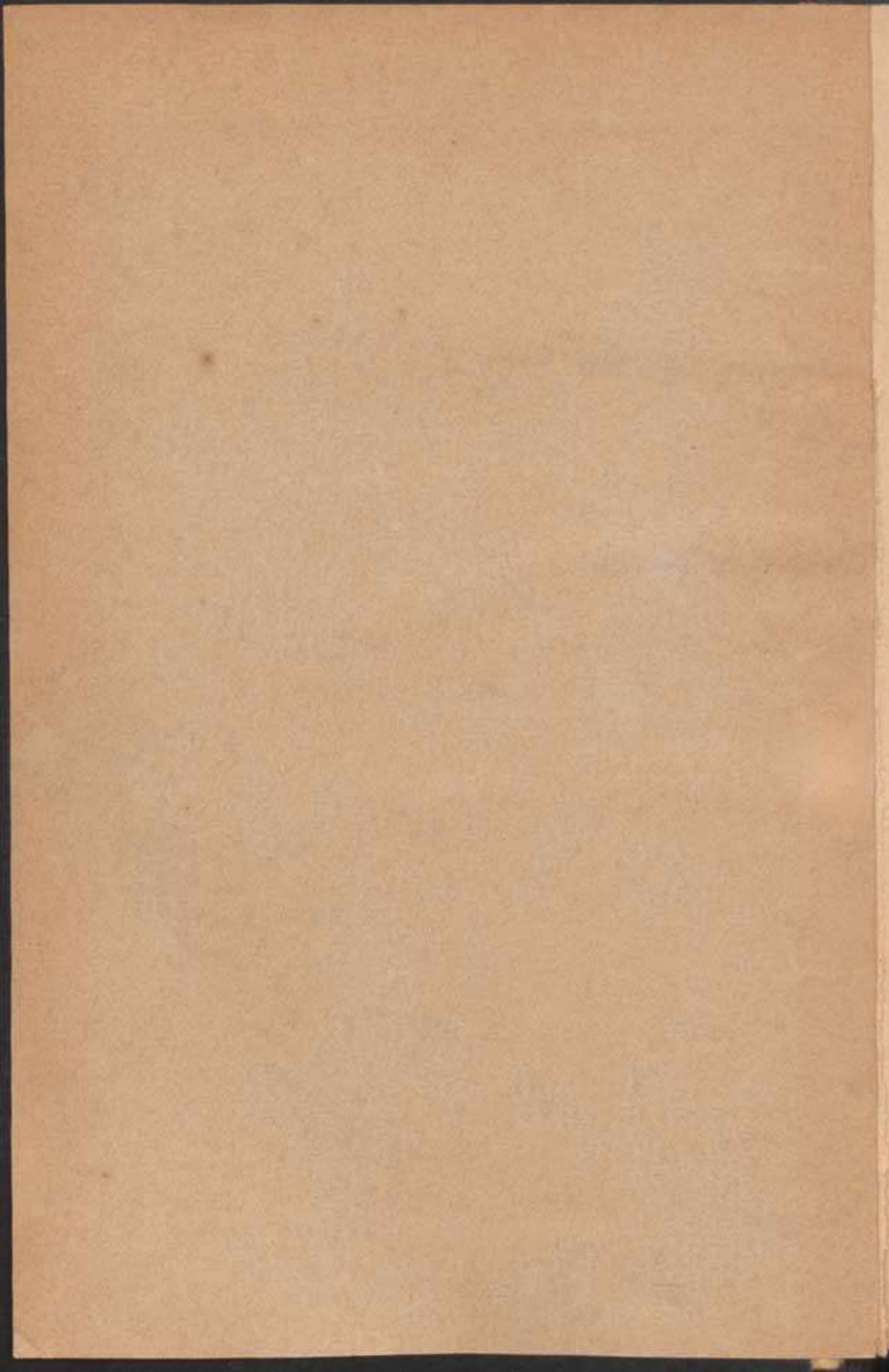
Gras y Compañía, Editoras.

Plaza de Santa Bárbara, 2.



U-2786





CENTRO DE EDUCACIÓN MODERNA

# EXCURSIONES ESCOLARES

POR

NIÑOS DE DIEZ Á ONCE AÑOS

EDUCANDOS DE

ANGEL BUENO

CON

retratos de los autorcillos, hechos por ellos mismos.

Segunda parte de «Escrituras Libres.»

Lecturas Cortas.—Segunda serie.



MADRID: 1893

**Gras y Compañía, Editores.**

*Plaza de Santa Bárbara, 2*

Es propiedad

## Á NUESTROS LECTORCILLOS

Amiguitos nuestros, todos cuantos leyereis este libro: Si os gusta ver cosas buenas y curiosas, y os parece que disfrutaríais admirando algo de lo que os contamos aquí, siempre nos encontraréis en nuestra escuela, Espejo, 8, á vuestra disposición completa para acompañaros á donde gustéis, haciéndolo con el mayor placer. Y si vivís fuera de Madrid y queréis preguntarnos algo sobre lo que excite vuestra curiosidad en las páginas de este libro, nos dirigís una cartita, ó á nuestro maestro, seguros siempre de que os aprecian y quieren

LOS AUTORCILLOS.

## ADVERTENCIA

En la imposibilidad completa de copiar aquí un simple extracto de los largos y encomiásticos artículos consagrados por la prensa á la primera parte de esta publicación que hoy ofrecemos, dada á luz el año pasado con el título de *Escrituras Libres*, lo hacemos sólo de los publicados en algunos periódicos y revistas de todos conocidos:

«..... Mucho me he deleitado leyendo los trabajos de literatura infantil, redactados por los alumnos de D. Angel Bueno, que tan bien acreditan las condiciones pedagógicas del que los dirige. Mi enhorabuena, tanto más cumplidas cuanto que no se refiere sólo á lo que hace por sus inteligencias, sino también por sus corazones, por la gloria de Dios y por el mejoramiento de esta infortunada sociedad, que en su mayor parte depende de la buena educación. Mejor que la de la gratitud de los favorecidos y de sus padres, será la corona que le teja en el Cielo el Divino Maestro, que atrae hacia sí á los pequeñuelos.»

*Rdo. P. Blanco Garcia, agustiniano.*

«..... El inteligente educador de la infancia, D. Angel Bueno, ha creado la verdadera literatura infantil..... Por el candor y la frescura primaveral de los cuentos publicados, se ve que no hay falsificación posible en el género.....»

*Album Ibero-Americano, 22 Junio 91.*

«... En el campo de la Pedagogía, las *Escrituras Libres* han suscitado vivo interés, y aun puedo decir que inquietud. Pedagogos eminentes, bien nutridos en teorías y no escasos de práctica, aseguran que el paso dado por Angel Bueno es paso atrevido... En suma: el libro deleita é instruye..... ¡Ojalá el éxito ruidoso influya en bien de la educación, más pronto ó más tarde, que buena falta tiene de protección decidida y entusiasta!...»

*El Imparcial, 31 Julio 91.—Genaro Alas (Guimarán).*

«..... Se aspira á abordar en el tal libro un problema muy interesante, que debemos examinar, y sobre el que estamos obligados á discurrir... No hay para qué elogiar la excelente intención del Sr. Bueno, ni la legitimidad y bondad del sentido pedagógico en que se inspira..... Aplaudimos y recomendamos el ensayo, considerándolo como un buen paso..... Es una novedad en los textos de lectura, que merece alabanzas. Muestra hasta dónde pueden llevarse en la escuela los ejercicios de redacción, y los resultados que de ellos cabe cosechar...»

*La Escuela Moderna, Junio 91.—Pedro de Alcantara Garcia.*

«..... Este libro resulta de originalidad completa y de sumo interés, en estos tiempos en que la Pedagogía camina á profundas reformas..... A más del punto pedagógico, envuelve otro de gran interés, como labor literaria..... Tal vez sea éste el primer ensayo de género tan simpático como poco estudiado. Transpira ese candor, esa sublime sencillez de la

innocencia, que en vano se esforzaria en imitar el arte del más experto y refinado escritor.....»

*La Epoca, 4 Agosto 1891.*

«..... Basta una rápida lectura del libro para proclamar desde luego, sin salvedades ni distingos, que el Sr. Bueno ha realizado un acto de verdadera valentía con su sistema de *Escrituras Libres*..... Creo que con el tiempo será este el procedimiento empleado en todas partes para educar.....»

*El Mundo de los niños, 10 Agosto 1891.*

*Manuel Ossorio y Bernard.*

«..... Viene á hacer el tal libro un servicio muy importante á la enseñanza, y da á conocer una labor literaria que puede ser de resultados muy útiles..... Se determina en él una corriente útil y provechosisima para la enseñanza y el porvenir de las generaciones que han de sucedernos..... Es una herencia este libro, que la juventud del porvenir ha de agradecer, seguramente, al Sr. Bueno.....»

*El Liberal, 12 Agosto 1891.*

«..... Señala este libro curiosísimo una revolución pedagógica, y que está llamada á plantear no pocas polémicas entre los que aceptan el sistema de hacer que los niños escriban sus impresiones y los que conceptúan preferibles los antiguos procedimientos, en que tan escasa representación se concedía á la iniciativa del alumno.....»

*La Correspondencia de España, 16 Agosto 1891.*

«..... Representa un espíritu reformista en la Pedagogía y ha merecido grandes alabanzas de la prensa de mayor circulación..... Están allí expresados los conceptos con una sencillez de que los hombres ya formados no somos capaces, aunque pretendan imitarse por algunos.....»

*El Globo, 3 Septiembre 1891 — Andrés Corzuelo.*

«Este libro, según las afirmaciones de críticos severos y afamados educadores, hará toda una revolución pedagógica, habiendo merecido ser juzgado ya por los principales campeones en Pedagogía y por los más ilustres de nuestros críticos literarios..... Acaba de ser agraciado en la Exposición Científica de Bruselas con la más alta distinción concedida en aquel concurso internacional.»

*El Heraldo de Madrid, 5 Octubre 1891.*

«..... Quise hacer una prueba, dándoselo á leer á una caterva de chiquillos de ambos sexos, y el resultado fué magnífico; parecía que el libro les fascinaba.... Ha obtenido esta obra un *exitazo*, merecido de veras.....»

*La Ilustración Ibérica, 10 Octubre 1891.*

En el extranjero se ocuparon del libro en cuestión las revistas más acreditadas, y hasta el eminente belga *Stuys* emitió su juicio, por extremo favorable.

Creemos que ninguna recomendación tan digna para el libro que hoy publicamos, como los anteriores elogios hechos á su antecesora *Escrituras Libres*, por firmas tan respetables.

LOS EDITORES.

## PRÓLOGO.

Decía el año pasado, al dar á luz *Escrituras Libres*, primera obra de mis niños: «Toda persona discreta que leyere este librito con espíritu reflexivo, comprenderá, á las primeras de cambio, que puede él resultar de colosal importancia como despertador de idea sana, ó, mejor aún, como realizador de pensamiento general. Empezamos ya á comprender que *educar al niño mediante su conocimiento y conocerle en virtud de su propia obra*, es la más necesaria tarea impuesta á todo hombre honrado, pensador y libre. Parte principalísima de buena educación es la lectura, que nos da actitudes y rico caudal de conocimientos; pero hay dos dificultades grandes, casi insuperables, para llegar á poseer regularmente este arte: el poco interés, y, como consecuencia inmediata, el mucho trabajo que encuentra quien se educa en adquisición de tal índole. ¿Cómo contrarrestarlas, y anularlas si es preciso? Dando á leer al niño su propia obra; la de otro niño de su edad y circunstancias.» Y desenvolviendo el tema luego, trataba de justificar mi atrevimiento al dar al público una coleccioncita de trabajillos sueltos de mis discípulos, con el triple objeto de excitar al padre y al maestro para que estudien al niño en su obra propia, facilitar á éste el aprendizaje de la *lectura en acción*, estimulándole al paso para que desarrolle su espíritu, escribiendo libre, y cultivar un género literario dulce, simpático, consolador.

La prensa nacional y extranjera han superado en mucho mis modestas aspiraciones; y ella, y la correspondencia particular de pensadores ilustres, padres y maestros, me hicieron comprender que no había errado el camino; que los tres fines propuestos al publicar *Escrituras Libres*, los cumplía bien el trabajito dado á la estampa. Y en vista de ello, con el firme propósito de *marchar siempre adelante*, aunque al sacrificio caminara, pues morir por santa idea es vivir eternamente, doy ahora á luz el primero de los libros prometidos, rogando á Dios cumpla sus destinos, y al público que le acepte en las modestas aspiraciones mías.

Me lamentaba en *Escrituras Libres* de que el conjunto resultara algo igual de estilo, explicando la imposibilidad de que otra cosa fuera; que en los primeros pasos nadie se libra de la imitación más ó menos servil, y de ningún escritor se sabe que principiara su carrera artística con originalidad completa; esto aparte de otras razones allí expuestas. Hoy, á pesar de que el género especial de trabajos que componen esta obrita se presta poco á la manifestación de la idiosincrasia propia, el

más obtuso puede darse buena cuenta de la *muy diferente manera de expresión* que cada autoreillo va tomando al escribir; de su *originalidad naciente*, si queréis. Entonces ofrecí á los incrédulos el examen de los cuadernitos en que escriben á diario sus impresiones múltiples mis pequeños, y de donde, naturalmente, tomo los trabajillos que componen estas publicaciones; hoy puedo y debo ser más espléndido en mis ofrecimientos: Quien me honrara visitando con tal objeto esta escuela, puede, para mayor convencimiento, proponer un tema cualquiera, dentro siempre del alcance de su desarrollo animico, á quien más guste hacerlo; ó, en otro caso, inspirarle fuera de aquí, en la presencia de cualquier objeto real que tenga por conveniente; salvo esas inconstancias infantiles por todos conocidas, pero aquí—me atrevo á decirlo—muy modificadas, le demostrará el elegido, escribiendo ó hablando, la veracidad de lo afirmado por mí. Creo que es todo cuanto puedo *ofrecer para cumplir*, dentro del terreno de la práctica. Y claro es que no se refiere esto á los incrédulos por sistema ó conveniencia, que niegan existe el Sol cuando les ilumina y calienta, ya por intransigencias, ya por causas más feas; ni tampoco á los que sabiendo puede obtenerse más, mucho más, de los niños, que lo que mi corto leal saber y entender alcanza, niegan la posibilidad de estos resultados en circunstancias ordinarias.

El público, en general, me demostró conformidad en el punto de partida de mi sistema pedagógico: *El niño es artista, dentro del grado que le corresponde por el estado de su desarrollo integral, y como á tal hay que educarle*. ¡Quiera Dios que me lo confirme ahora! Sólo siento no haber podido llenar mi deseo en esta publicación, haciendo entrar todo el material preparado al efecto, pues me quedan en cartera excursiones de verdadero interés, en abundancia. Ofrezco á los señores editores de Madrid y provincias colecciones de articulitos para formar libros de utilidad grande, en el sentido ó con el fin que pudiéramos convenir, pues estoy dispuesto á hacer lo humanamente posible para levantar la obra del niño á la altura que es necesario para la educación verdadera, tanto por lo que respecta á su consideración social, como por lo que hace á su conocimiento psíquico, que tan necesitados andamos de él. Y dando un testimonio de pública gratitud á la prensa en general por su campaña del año pasado, me despido hasta el próximo venidero, si no estorba mis planes el destino.

ANGEL BUENO.

*Madrid 14 de Mayo de 1892.*

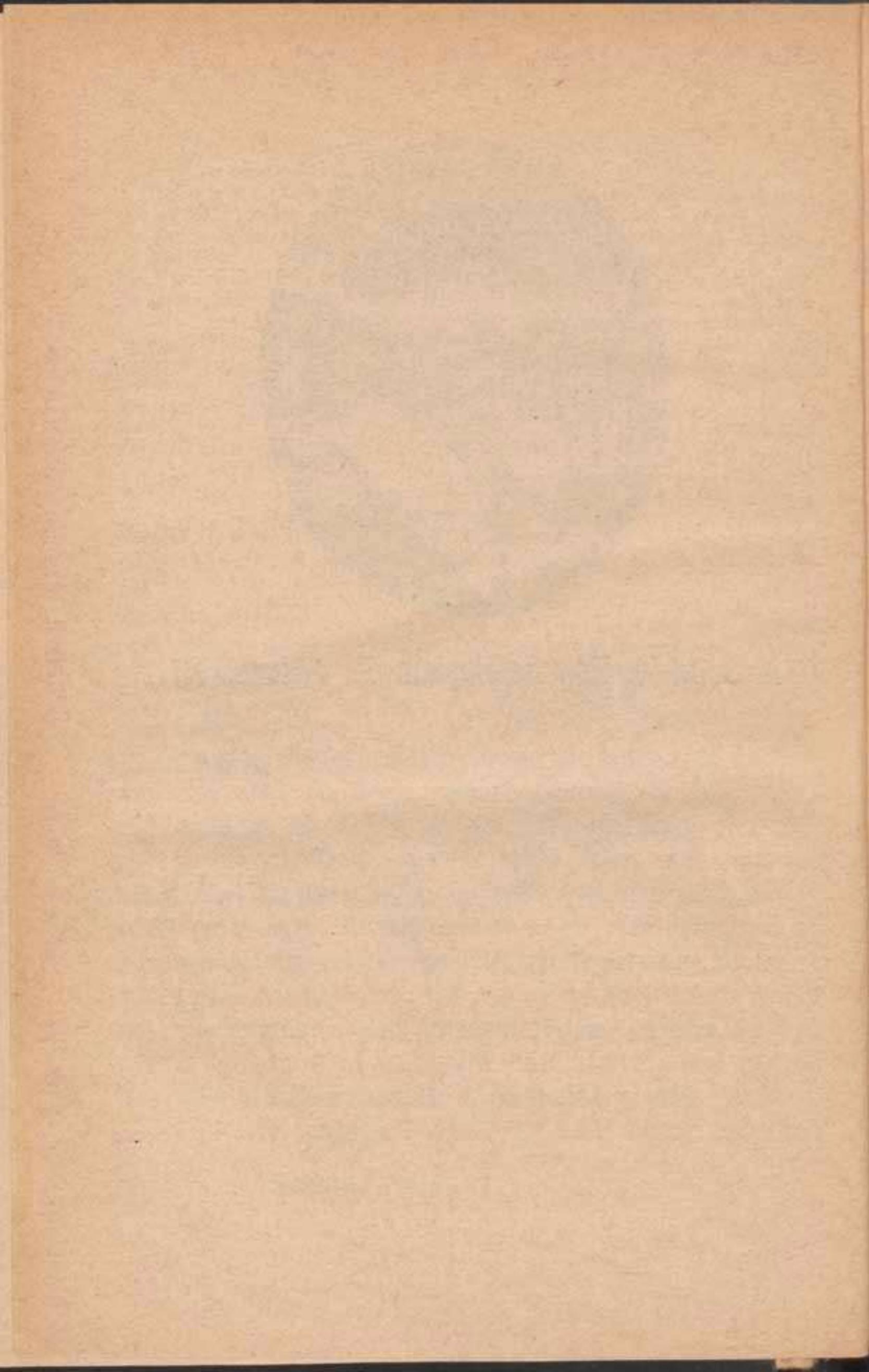


A S. M. el Rey de España D. Alfonso XIII

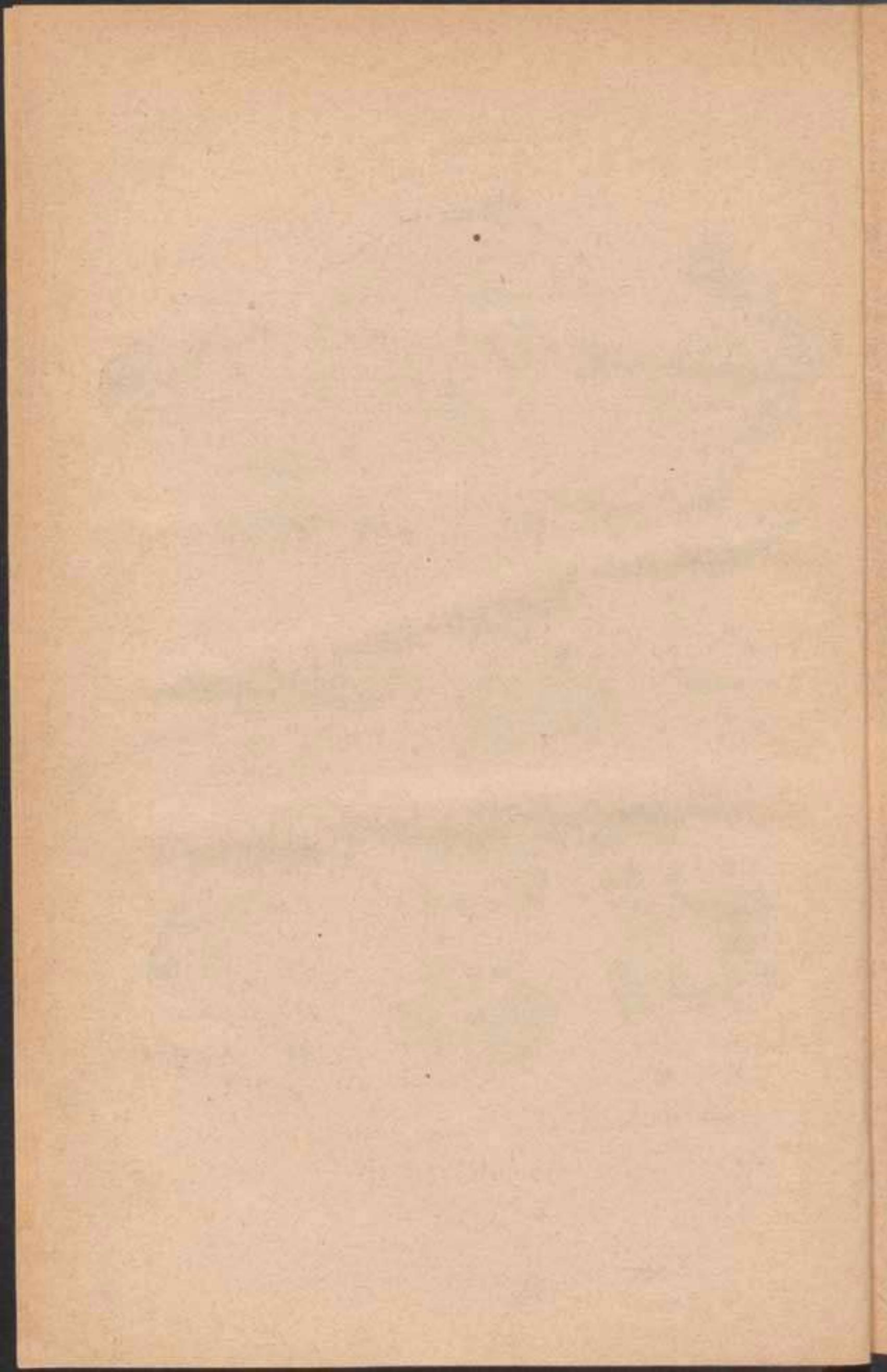
*Sabemos que el año pasado disfrutó mucho con nuestros cuentecillos de Escrituras Libres y, ya que otra cosa más digna no podamos ofrecerle en el día de su Santo, dedicamos con gran placer el segundo librito que nos publican, á nuestro Rey y amigo, deseándole mil felicidades, en compañía de toda su amable familia, especialmente de su mamá, nuestra Reina, pidiendo á Dios que los conserve muchos años y dándoles gracias por la protección que dispensa á nuestro querido maestro, por la manera que tiene de educarnos. Y hasta que tengamos la honra de presentarle este libro y saludarle, le damos un abrazo muy cariñoso. Sus agradecidos servidores respetuosos,*

Los Autorcillos.

MADRID 17 DE MAYO DE 1892







## POR EL CAMPO

Muchos días prolongo yo mi paseo por el campo, en unión de mis compañeros de colegio y maestro. ¡Lo que nos divertimos por el camino en semejantes días!... Unas veces jugamos á los expedicionarios, otras á los soldados. Nos repartimos para esto en patrullas, pero el jefe de la expedición y del ejército ha de ser siempre uno: nuestro compañero Rodolfo, que le gusta mandar en todos; y como es cariñoso y bueno, y á nosotros nos da lo mismo, le dejamos que nos gobierne sin incomodarnos, porque algún defecto hemos de tener todos, y ese no es muy grande. Como siempre nos lleva mi maestro por sitios á propósito, porque respiremos aires puros, nos metemos por sendas y vericuetos, subimos y bajamos lomas, ó pequeñas alturas, nos ocultamos para los demás entre hierbajos y ramas, siempre á la vista del profesor. Si llegamos á sitios adonde haya encinas ó pinares, cuyo fruto permitan coger, nos llenamos los bolsillos de bellotas ó piñones y, mientras se descansa

un poquito, pasamos un ratillo entretenidos en mondarlos y comerlos. A veces, cuando por casualidad se llega á un sitio en que hay agua estancada, no falta alguno que tiene unas migajas de pan y las arroja á los pececillos que suben á la superficie á cogerlas; entonces disfrutamos todos mucho viéndoles coletear alegres con su presa.

Casi siempre aprovechamos estas excursiones para copiar árboles, casas, términos de perspectiva, trozos de terreno, etc., etc.; y cuando estamos á orilla del agua, reflejos ó retratos en la misma de cuanto hay en la superficie del suelo, cosa que nos gusta mucho. Otras veces nos plantamos á escribir articulillos, bajo algún árbol, inspirándonos en el campo, describiendo el paisaje; y también es frecuente que demos alguna lección de Religión, Botánica, Física, Historia, según viene á pelo.

Yo disfruto mucho cuando paso el día en el campo, y siento que se me dilatan los pulmones. Mi padre me dice los domingos:—Vamos, ¡qué haces hoy! ¿Quieres venir esta tarde con nosotros al teatro, al Retiro..., ó te marchas con don Ángel?— Y yo respondo, casi siempre, que me voy con más gusto á dar estos paseos largos, no porque no vaya muy á gusto con mis padres y hermanitos, no, sino porque me siento luego así el lunes más fresco y dispuesto para el trabajo, y porque, al paso que

me divierto mucho yendo con los de mi igual, aprendo también algo nuevo, que no faltan nunca observaciones en el campo. Y si me habían de convidar á algo mis padres en aquel día, me dan los cuartos y allí merendamos todos reunidos, á estilo de pueblo, que sabe mejor; tumbados unos á la larga y otros con las piernas encogidas, como los chinos: en *cuelillas*.

Cuando después de tales excursiones llego á mi casa, como con grande apetito; y en cuanto acabo de comer me encamino á mi cuartito, adonde me espera ya la blanca y blanda cama.—¡Pobrecitos los que no la tengan!, pienso al meterme en ella y darme una vuelta al cuerpo con la ropa. Hay noches que suelo despertar; pero las de tales días de paseos largos, no hay cuidado que tal suceda; ni siquiera me muevo; como me echo, amanezco; y aunque tenemos todos nosotros la costumbre de trasnochar poco y madrugar bastante, no yendo al teatro, nunca me levanto, después de un día de campo, hasta las siete, dándome entonces gusto grande ir al colegio con la cabeza despejada, á emprender mis trabajos semanales, abandonados el sábado, después de recordar con mi maestro, condiscípulos y amigos, los lances del día anterior.

JUSTO.

UN FUEGO <sup>(1)</sup>

¡Terrible fué!... La noche estaba serena; brillaban en el Cielo las estrellas y la Tierra se veía iluminada con blanquecina luz, reflejada por la Luna. Toda hermosura se turbó de pronto. Allá, al otro extremo, viéronse tintes oscuros, luego rojos, en el azulado manto. ¿Quién daba su matiz brillantísimo al Cielo por aquella parte? Eran las llamas horribles del incendio. ¡Qué cuadro! Fuimos allá; de un gran edificio salían llamaradas terribles, que lo coloreaban todo, hasta el humo negro, como si quisieran mancharlo de sangre. Por la pirámide que se elevaba siempre, pasaban volando los revoltosos pajarillos, verificándose en sus pintadas alas refracciones hermosas. En medio de lo aterrador del cuadro se disfrutaba contemplándolo, pues hace un efecto magnífico todo encarnado, semejando á una erupción volcánica, al estampido de un cañón, á un globo de fuego que estallara en la superficie de la Tierra. Y si esto es aquí, ¡qué será la quema de un buque en alta mar!

Encima del tejado hay muchos hombres con ha-

(1) En *El Rastro*.

chas, picos, martillos, cuerdas... Rompen tejas con valor grande, mientras las llamas les envuelven; cogen niños, ancianos, mujeres, en sus brazos fuertes, y los van pasando de unos en otros hasta sacarles fuera del peligro. Estuve por gritarles: «¡Héroes salvadores de la humanidad, alzad vuestras nobles cabezas, coronadas de laurel, para que admiremos toda vuestra grandeza de alma!» Y las llamas seguían rodeándoles, y ellos seguían con valor en sus puestos. Algunas personas de las que sacaban, estaban ya asfixiadas. ¡Pobres! Al pensar hoy, con el recuerdo de anoche, cuántos infelices mueren así, lágrimas abundantes salen de mis ojos y caen sobre mi corazón.

MANOLO

## LOS NACIMIENTOS

¡Bonito aspecto presentan algunos de esos nacimientos que ponen los padres ricos á sus niños en los días de Diciembre de cada año, en que se celebra la venida del Mesías prometido á los antiguos, ó, lo que es igual, el nacimiento de Jesucristo! Me encanto yo contemplándolos. Arriba, en lo

alto de la montaña, pueblos formados por pequeñas casitas, envueltas entre el ramaje del campo; en las gargantas ó desfiladeros—camino formado en las sierras, que se utilizan para atravesarlas,— algún pastorcillo con sus ovejas. Bajo después la mirada un poco, y en los valles altos contemplo vacas pasciendo, colocadas sobre el musgo que imita el verde del prado; pozos con abrevadero para el ganado, grupos de pastores bailando con sus pastoras, alguna viejecilla hilando ó haciendo migas, tal cual borrico que en el campo pascie, etc. Por angosto sendero, abierto entre las rocas, bajan muchas gentes que se encaminan á Belén; todos llevan algo: quesos, pan, gallinas, sandías, leña para calentar al Niño; leche, manteca, huevos... Por otra parte el río de cristal, arrastrando sus aguas hacia oscura cueva: á sus orillas, lavanderas; al salir el río de la gruta forma una cascada de cristal hilado; luego hay un puentecillo cubierto de nieve, por el que pasan dos ó tres caballerías con sacos de harina: vienen del molino que se ve más lejos. Por último, en sitio más bajo en primer término, en un llano rodeado de altísimos peñascos, se ve un portalillo medio arruinado, y en él metido, al Redentor del mundo; María y José están á su lado; la vaca y la mula, detrás; ilumina la humilde cuna un haz de rayos; encima

del Portal Santo hay en los aires un ángel, sosteniendo la *Estrella de rabo*, cosa que no falta en ningún Nacimiento; muchos pastores arrodillados á la entrada, ofreciéndole al Niño sus regalitos. Muy lejos aún, en sitio el más alto, fuera de las montañas lejanas de cartón, colocadas detrás del pueblo, se ve á los *Reyes Magos*, en sus caballos, y seguidos de tres criados, montados sobre camellos. Detrás de ellos, en perspectiva, las montañas lejanas, blanquitas, rociadas de harina, resplandeciendo en el azul del cielo, pintado sobre papel ó tela, casi siempre con golondrinas y alguna nubecilla blanca.

Pero en medio de la alegría natural que me causa todo esto, porque soy niño y basta, siento y me da pena el mal gusto que se observa en los Nacimientos y las cosas impropias que en ellos ponen á veces: la *falta de color local*, como dicen los artistas; ó sea que no están acordes las cosas con el lugar y la época que representan: trenes circulando por aquellas rocas, sin carriles de hierro, y muchos siglos antes de que se supiera aprovechar la fuerza del vapor; guardias civiles y cocheros con casacas de este siglo; músicos de la murga á la moderna, dándole matraca al Niño; colgaduras de raso, pendientes de las vigas del establo; gallinas más grandes que los hombres que

las llevan, etc., etc. Y, sobre todo, el modo tan impropio de figurar el terreno aquel, que en nada se parece, á juzgar por las fotografías. Y el pueblo, formado con casas españolas, castillos góticos y templos árabes; distribuídas las calles y barrios con muy mal arte. Yo he visto colecciones de fotografías magníficas tomadas en aquellos Santos Lugares, y puedo decir, amigos míos, que la mayor parte de las veces en nada se parece la representación á lo representado. Pero como el principal oficio de estos juguetes en las casas es grabar en nosotros ideas religiosas y morales, y esto se consigue de todos modos, no importan gran cosa estas impropiedades para la Religión. Ahora, que si yo tuviera dinero me construiría un Nacimiento que reuniera todas las buenas condiciones posibles, y esto sería lo mejor; que siempre debe buscarse la propiedad en el Arte.

POLI.

## LA ORACIÓN DE LA TARDE

En el buen tiempo nuestras excursiones suelen ser muy largas; y como da gusto en días de verano andar por el campo luego que el Sol se oculta, solemos regresar tarde á casa, teniendo así oca-

sión de observar muchas cosas que no pueden verse á otras horas; como las diversas fases de la Luna, diferencias en la hora de su salida y postura, grupos de estrellas ó *constelaciones* más notables, su situación, movimientos de la Tierra, á juzgar por las estrellas, etc. Y si esto observamos y aprendemos cuando ya la noche tiende su negro manto por el campo, á la hora del *crepúsculo*, cuando el Sol, ya oculto tras las montañas, envía sus últimos rayos, que las nubecillas reflejan tiñéndose de rojo, se aprende mucho también para el dibujo; y, sobre todo, se disfruta recordando que antiguamente tenían muy buenas costumbres religiosas los cristianos; ya no se conservan estas costumbres en las grandes ciudades, por desgracia; sólo en los pueblecitos reinan aún. Todo el mundo, fuera Emperador ó mendigo, anciano ó joven, cuando al anocheecer oían tocar en las torres de las iglesias á ese rezo que se llama *El Ave María*, y que sigue tocándose aún en donde quiera que hay cristianos, se descubrían y arrodillaban al oír el dulce acento de las campanas. Como si el corazón se lo mandara á la cabeza, todos, cual movidos por un resorte, lo hacían así siempre, en cualquiera parte donde los sorprendiera la hora. Pienso yo que mucho mejor resultaría esto en el campo, por la poesía que encierra.

—«¡Dios te salve, María!» articulaban todos con mucha devoción. Hoy, como lejos de ser tranquila la vida en grandes pueblos ó ciudades, es muy alterada, por eso se perdió en ellos tan bonita y buena costumbre. En las aldeas, no; porque para vivir en ellas lo principal es educar á los niños religiosos y buenos, aunque no sepan casi nada de cuentas, escritura, lectura, etc.

Cuando nos sorprende á nosotros la hora del crepúsculo de la tarde en el campo, pensamos y miramos mucho, y no hablamos casi nada, porque no deja hablar la fuerza del sentimiento. A tal hora es cuando se ocurren las mejores cosas, por ser el momento más poético de todo el día: ¡pocos hombres la profanan, por malos que sean! Según marchó, mirando el horizonte aún iluminado por los reflejos del Sol, me parece ver al venerable cura de aldea sentado junto á un árbol, enseñando á los aldeanillos la doctrina con humilde y sonriente cara; paréceme que, concluída la tarea, se ponen los muchachos allí mismo á jugar á la *peonza*, mientras el sacerdote va por su *breviario*, en donde lee palabras de consuelo para todo dolor, y la campana suena en la torre. A veces, recordando cuadros célebres de nuestro Museo de Pinturas y la función teatral de *El Nacimiento del Mesías*, se me figura también ver á la Virgen San-

tísima que está en el huertecillo de su casa disfrutando de los perfumes del campo mientras cose, cuando de pronto se la aparece un ángel en forma humana, que la dice: «¡Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo, y bendita eres entre todas las mujeres!» Me parece ver confusa á la Madre de Dios, hasta que el ángel se lo explica todo, replicando luego con humildad:— ¡Aquí está la sierva del Señor!

Acordarse de cosas tan santas cuando se pone el Sol, si se está en el campo, nada tiene de particular, pues la hora ésta es allí más poética: los pájaros cantan mucho más tristes que por la mañana, al despedirse de su amigo el Sol; éste lucha con las tinieblas un gran rato, porque todavía quiere mandar en la parte de la Tierra en que se encuentra uno; las tinieblas vencen al fin, y viene luego la Luna á espantarlas, consiguiéndolo y dándonos luz casi siempre.

A tal hora se ven también por el campo los trabajadores que regresan de sus trabajos con la chaqueta al hombro, tiznados de carbón por haber estado todo el santo día de Dios atizando una máquina para que ésta haga mover á todas cuantas pueda haber en una fábrica, por ejemplo; ó, si no, llenos de cal, barro, serrín, de cualquier cosa, que siempre resulta la señal de su trabajo honrado.

En fin; para mí, la hora del anochecer pienso que es la única en que pueden haber realizado sus más bellas concepciones los más famosos artistas; porque se piensa, más que en nada, en Dios y su grandeza á tales horas, y Él inspira para las cosas buenas.

JUSTO.

## DIAS SANTOS

Hoy es Viernes Santo; hace tres ó cuatro días que pasé por el puente de Segovia, y al fijarme en las orillas del río Manzanares en las lavanderas que siempre hay por allí, vi junto á una de ellas un cajoncito de madera; dentro de él, y envuelto entre blancas sábanas, un niño; y, por encima, para que no molestara el Sol al nene, dos colchas azules, tendidas sobre palos y formando un toldo. Daba gusto contemplarle; sacaba por entre las sábanas su cabecita hermosa, rubia, rizada, y estaba entregado al más profundo sueño, adivinándose en su carita risueña la tranquilidad de conciencia. La madre trabajaba; el niño dormía á su lado,

como los perrillos que se echan siempre á los pies del amo. Se despertó al fin, de pronto; la madre abandonó en seguida su trabajo y le cogió en brazos; tenía un trajecito azul; no le faltaba más que las alas para ser un ángel.

¡Qué contraste! ¡Ayer, Jueves Santo! Hoy... Mi corazón está muy triste; en todo el orbe cristiano se celebra la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Hace ya muchos siglos que todos los fieles visitan en estos días las iglesias para dar así una prueba de cariño y gratitud al Todopoderoso que, con su sangre, nos libró del pecado en que nacimos. Nosotros también fuimos, y al contemplarlo clavado en la cruz, me parece fué más cruel su agonía y más grande su bondad que cuando pienso á solas en ello; por eso digo yo que hacen muy bien en tener imágenes en las iglesias. Quisiera no guardar en mi corazón un sentimiento de odio para tan bárbaros verdugos como fueron los que le crucificaron, porque Él mismo les perdonó su barbarie; pero al leer cuánto le hicieron sufrir, la pena que siento en el interior hace que les recuerde con horror grande. ¡Imposible es que otro, no siendo Jesús, hubiera podido resistir tan inhumanos tratamientos! Pero vino á enseñarnos humildad y mansedumbre para que le imitáramos, y todo fué preciso. Lo peor es que no

le imitamos; todo se nos vuelve soberbia por cualquier cosilla. Mi madre está detrás de mí leyendo lo que escribo, y me dice que, por grandes dolores que sufra una mujer si la matan á su hijo único, nunca pueden ser tan grandes como los sentidos por María al perder para siempre en este mundo á Jesús. Yo me imagino verla doblar una esquina, encontrándose de pronto con su Hijo muy amado, llevando la pesada cruz áuestas, taladrada su frente por la corona de espinas; veo luego expirar al Señor y, por último, veo á los santos varones descendíéndole con gran delicadeza, sin atreverse apenas á tocarle con sus manos, hasta dejarle depositado en los brazos de María. ¡Qué días de tanto sufrimiento para quien sea cristiano! Nosotros recorrimos ayer las iglesias silenciosos, y hoy hemos ido á los Oficios tristes; parece que hasta las ganas de jugar se me han quitado; lleno estoy de respeto por el recuerdo de Dios y deseoso de acudir mañana á la iglesia para que, al rasgarse las vestiduras negras del altar, aparezca el Resucitado y vuelva la alegría á mi corazón.

EMILIO.

PAISAJES DE SUIZA <sup>(1)</sup>

Viendo fotografías de Suiza y recordando las lecciones que sobre aquella tierra hermosa me han explicado, voy á hablarte, amigo mío, de los paisajes que presenta un país tan variado en su composición. Ya sabes, y si no ahora lo aprendes, que Suiza está enclavada en el corazón de altas montañas que en el centro de Europa se levantan y que se llaman *Los Alpes*. Por su situación puedes comprender el aspecto que presentará tal tierra. ¿Quieres admirar allí las alturas del terreno? Pues mira: por la irregularidad de formas, presentan contrastes magníficos de luz y sombra; aquí unas cuevas muy hondas y oscuras, en las que nunca penetró un rayo de sol; de pronto, unas peñas salientes, que por lo iluminadas parecen de plata; á lo lejos, en los últimos términos del paisaje, montes paralelos que parecen llegan á juntarse, por un efecto de perspectiva; tan raro es el conjunto á veces, que forma como arcos y trozos de muros,

(1) Excursión al Salón Expres, magnífica colección de fotografías, presentadas con gran lujo en la Carrera de San Jerónimo, 7 y 9, Madrid.

á semejanza de antiguos edificios romanos ya arruinados. Por entre dos rocas próximas se ve caer como un gran chorro ó como una sábana de agua que baja con mucha fuerza; son torrentes y cascadas que á la luz del Sol, esplendorosas y llenas de fulgores, resaltan sobre aquel fondo negro de las rocas. Despeñaderos terribles, *gargantas* ó caminos abiertos naturalmente al juntarse las montañas, que dan miedo por lo profundas.

En tan montañosos lugares y alturas tremendas, unas casitas que dan vida al paisaje umbrío: pues las casas suizas son muy bonitas, construídas sus paredes con maderos y sobresaliendo mucho los tejados; alguno que otro pequeño arbolito arriado á las casas... Están allí, como pobres pajariños bajo las garras del poderoso gavilán: que á cualquier movimiento puede caer el *alud*, los hielos grandísimos depositados en los ventisqueros, y sepultarlos para siempre.

Maravilloso es también ver un puentecillo aislado, entre aquellas montañas escondido, teniendo por base unas rocas y salvando un abismo; y atravesar por él un triste habitante de aquellos sitios, estudioso ó enamorado de la soledad, caminando por allí con gran riesgo de la vida, sólo por admirar la Naturaleza; si vive allí, será como fiera en las formas, aunque en el fondo sea un ángel.

¿Queréis aún ver el efecto que producen en tal país los ríos? Pues observad conmigo cómo van saltando siempre, chocando con las rocas, quejándose con terribles gritos de tales tropiezos, echando espumarajos, cayendo de alturas grandes y descendiendo de la altura al valle; dejando pedruscos por todos lados; á veces se meten en algún lago, ó grandes depósitos naturales de agua, para acabar allí su carrera fatigosa, ó acaso para salir otra vez más lejos y continuar corriendo por los campos.

POLI.

¡¡SIN PADRE!!...

DEDICADO Á MI QUERIDA MADRE

Los que no tenéis padre, por vuestra desgracia, comprenderéis mejor el dolor que encierran estos pobres renglones. Escuchadme:

La mañana del 22 de Diciembre de 1887 fué muy hermosa en la Habana; los campos estaban cubiertos de florecillas blancas que embellecían el paisaje; pero nada de esto me alegraba á mí; tenía un pesar muy grande, que me entristecía mu-

cho. ¡Imposible era que yo mirase el campo con alegría!

Tomamos el tren mi madre y yo; luego, desde la estación más próxima á la Habana, adonde nos bajamos, un coche; así pude llegar al viejo edificio, grande, muy grande, donde muchas veces había estado ya, siempre más alegre. Me bajé del coche, atravesé el portal y los dos pasillos apresuradamente. Al extremo del último corredor, muy largo, había una puerta; me paré aterrorizado; un ¡ay! desgarrador me hizo dar tres pasos para atrás. Me cogieron las Hermanitas de la Caridad y entramos en la c6cina; se compadecían de mí y besaban una y otra vez mis mejillas al contemplarme. Paseé la vista inquieta alrededor, y la fijé al fin en la máquina de partir el pan, rompiendo á llorar de nuevo: recordaba que siempre me había alegrado mirarla, pues muchas veces enredé con ella, y ahora me entristecía, como todo. De pronto levanté la cabeza y vi á mi buena madre allí delante que, llorando también, me cogió de la mano, llevándome al cuarto á cuya puerta me había parado antes... ¡Pobre madre! Entro con ella y... ¡Pedazos del corazón se me querían salir del pecho! ¡Y no poder romper entonces en llanto! ¡Oh dramas infernales los que el hombre tiene que sufrir á veces! ¡Ver á mi padre en el lecho de ago-

nía y no poder salvarle, ni consolarle, ni siquiera llorar!...

Siempre tuvo delirio por mí; una fuerza sobrehumana me arrojó en sus brazos tristes. ¡En sus brazos, por la última vez! Murmuró entonces quedo, muy quedo...—¿Dónde está... mi hijo... Rodolfo?...—Y expiró...

Ni aun pude gritarle al oído, antes de que entregara su espíritu á Dios: «¡Padre mío, aquí estoy!» Me separé al fin de sus brazos y corrí, sin saber lo que hacía ni lo que me pasaba, por toda la habitación. Mi madre me estrechó contra el pecho ¡triste cuadro! ¡Ella era viuda y yo huérfano!... ¡Horrenda muerte! ¿Por qué no inventan algo los hombres para poder ir contra ti? Huérfano soy desde tan desventurado día, y tú, pobre madre, viuda. ¿Qué será de los dos en este mundo? Paciencia, madre mía, paciencia; pues Dios se acordará de nosotros y no desamparará á estos infelices.

Vosotros, queridos amigos, los que por fortuna tenéis aún padre y madre, pedid á Dios que os los conserve muchos años; y los que no... ¡llorad conmigo por ellos!

RODOLFO.

## TERMIDOR

*Termidor* es un drama del gran escritor francés llamado Sardou. ¿Sabéis lo que es un drama? Una comedia muy triste. El drama *Termidor*, recientemente estrenado en Madrid, pone de relieve las barbaridades que cometió el pueblo francés á fines del siglo pasado, cuando la célebre *Revolución francesa*, que llegó hasta á matar á su pobre rey de un modo bárbaro. Es muy triste y está muy bien traído. Presenta en él Sardou tipos asquerosos; por ejemplo, la hija de uno de aquellos danzantes de la República, que veía pasar sin entristecerse siquiera á los infelices que llevaban á la *Guillotina*, para cortarles con ella la cabeza, que era la muerte más infame, como entre nosotros ahora el Garrote, y en tiempos de Jesús, y en su tierra, la *Cruz*; en cambio hace gran duelo porque se le cae el canario y manda á los gendarmes ó soldados del cuerpo de guardia que le cuelguen bien para que no se caiga otra vez. Todos los actos acaban, como es natural, según lo que representa el drama: á tiros, á voces, con gran ruido en la escena y mucha impresión en el público. Pero una cosa es que

sea bueno el drama éste y que sean verdad esas atrocidades que hicieron los franceses en aquella época, y otra cosa que vayamos á odiar por eso á nuestros vecinos; no: de ningún modo. Un pueblo, cuando se vuelve loco, es lo mismo que un hombre solo; no repara en nada; profana la respetable coronilla de los sacerdotes, brinda en el cáliz santo y otras mil barbaridades por el estilo, que ponen los pelos de punta.

Antes de estrenarlo aquí, quisieron representarle en París, pero no lo consintió el público, y yo me imagino por qué: porque pone de relieve las barbaridades que hicieron, y á todo el mundo le escuece que le digan las verdades.

Proclamaban aquellas gentes enloquecidas, aquellos *descamisados*, como se llamaban ellos mismos, *la libertad y la igualdad*, sin saber acaso lo que decían, pues la *libertad* por ellos querida era todo lo contrario: tiranía y esclavitud. Pero ya lo dije al principio: un pueblo sediento de sangre y borracho de ella, no repara; se vuelve ciego, como el asesino que se abalanza á un inocente y le separa el cuerpo del alma.

Aquella fiera y sangrienta revolución, que repugna pensar en ella, la expresó admirablemente Sardou en *Termidor*. Parece que quiere decirnos con el tal drama: «La República será buena; pero

no del modo que la trajeron los franceses entonces. «Si todos hubieran pensado como debe pensar este señor, á juzgar por su drama, no se hubiera derramado tanta sangre; no hubiera funcionado tanto la terrible máquina de la guillotina. Según Sardou conoce las faltas de su país, aunque le quiera mucho, así también debemos nosotros conocer las del nuestro; y mientras llegamos á ser hombres, pedir á Dios que los españoles, cuando quieran conseguir algo, no derramen tanta sangre ni hagan tantas barbaridades como en otras épocas han hecho; por ejemplo, cuando dispuso el Gobierno echar á los frailes de sus conventos, que en vez de conformarse con cumplir la orden, que ya era bastante sufrimiento para los pobrecillos, hubo animales que les arrastraban por el suelo, con los hábitos sagrados puestos, y les colgaban luego de las ventanas. Para echarlos, ¿hacían falta esos disparates, que dan mala idea del pueblo que los ejecuta?

JUSTO.

## REPRODUCCIONES ARTÍSTICAS

No es posible que todas las naciones tengan colección abundante de estatuas y cacharros antiguos, célebres por su hermosura ó importancia artística;

por otra parte, hay objetos dignos de la veneración de todos los pueblos y, siendo solos, claro es que si los tienen en Francia, por ejemplo, no los pueden tener en Inglaterra, Alemania, España, etc.; y como para estudiar y ser artistas buenos hace falta contemplar á diario estas hermosas obras de arte, reconocidas por las mejores, y que se guardan en los museos llamados Arqueológicos, se pensó hace algún tiempo en la conveniencia de *reproducir* tales objetos célebres, ó sea copiarlos muy exactamente, por medio de moldes, para que resulten por completo iguales al original. A estas colecciones de objetos, reproducidos sobre los mismos originales, es á lo que se llama un museo de reproducciones artísticas. Así pueden tenerse en cada nación, por poco dinero, copias exactas de las mejores esculturas y otros objetos de arte. Nuestra colección de este género se encierra en un edificio llamado el *Casón*, ya viejo y célebre, y á él van á estudiar y á recrearse todos los que aman el arte.

La sección más interesante de este museo es la de Escultura, ó sea la de estatuas. La escultura es un arte muy bello; todo el mundo se recrea en él. ¿Habéis entrado en el cuarto de un pintor, de un poeta, de un músico, sin que vuestra vista tropiece en seguida con una estatua? Es que á todo hom-

bre de estudio, además de servirle la estatua de adorno y de recreo, le sirve de inspiración, de *musa*; da fuerza y voluntad á su espíritu, á su pensamiento, del cual va á brotar un poema, un discurso, un trozo de música, un cuadro; va á guiar la mano que conduce al pincel, al lápiz, á la pluma, por el florido camino del arte. Además, ya lo dije antes, la escultura es cosa que á todo el mundo gusta, sea ó no instruído. ¿Quién no se entusiasma al entrar en el *Casón* y ver *La Victoria*, *La Venus*, de Milo, *El Apolón*, de Belvedere, etc.?

*La Victoria* es una gran figura de mujer, montada sobre una carroza enorme y hermosa; le faltan ya á la estatua la cabeza y los brazos, pero luce aún toda su pompa y hermosura, con las alas extendidas, con el manto hinchado por el viento; y en tal disposición todo su cuerpo, que no parece sino que está sostenido en el aire misteriosamente, ligero como la exhalación que se forma en la atmósfera y como la brisa ó airecillo que mueve blandamente los árboles en el Otoño. Es necesario contemplarla muchas veces para llegar á penetrarse un poco de la grandeza y arte que encierra esta escultura.

*El Apolo* ó *Apolón*, obra de Belvedere, es obra que me gusta á mí mucho por la esbeltez de sus

formas; parece un ángel; no le falta más que hablar y moverse para ser humano; y aun siendo, como es, de yeso, cuando le contemplo yo con atención mucho tiempo, se me viene al espíritu una especie de fanatismo, y me parece como si su cara hermosísima y su bonito cuerpo se agitaran y vivieran. Creo que á vosotros os pasaría otro tanto.

Así como en el semblante de la escultura de Apolo se ve la candidez y rebosa la bondad de la primavera con los aromas de sus campos de flores, en otra, *El Gladiador*, se adivina la guerra, el rugido del león, el torrente desbordado que baja levantando espuma y cae en el abismo sin fondo. Pero os gustaría mucho, así y todo, *El Gladiador*, porque está muy bien expresado en él cuanto os digo, y por que está en actitud muy propia de luchar.

*Diana*, la diosa de la caza, es también una bella estatua; se dispone á echar á andar, y por su tipo resuelto, por sus ojos expresivos y listos, por su ligereza de formas, parece hermosa gacela que anda libre por entre los matorrales del bosque; lleva cogido por los cuernos un cervatillo, en señal de que es diosa de la caza, y en la otra mano unas flechas. Pero al mismo tiempo que contemplo esta escultura, atrae mi vista otra más linda aún, la

más linda de cuantas se conservan; bellísima, esbelta, cándida; es la diosa *Venus*, diosa de la hermosura, hecha por *Milo*. Las formas del cuerpo griego, tan torneadas y elegantes, que adquirirían mujeres y hombres por su higiene sin igual y su amor á los ejercicios corporales, se ven retratadas muy bien en ella; por eso resulta encantadora.

En otro lado, un grupo de gladiadores luchando, hombres á quienes iban á ver en otros tiempos las gentes á los circos, como hoy vamos á ver nosotros la lucha de hombres con toros; son dos: el uno se halla tirado en el suelo, el otro en actitud de dar al caído un puñetazo; en el vencedor, la sonrisa en los labios, la alegría en los ojos; en el vencido, toda la rabia del que fué derrotado por su contrario.

Allí está también *Mercurio*, el dios del comercio, con alas en los pies, y en la mano un palo con la serpiente célebre enroscada á él. *Júpiter*, el dios del Cielo; *Baco*, el de la borrachera—que para todo tenían sus dioses griegos y romanos;—*Nep-tuno*, el dios del Mar, en su magnífico carro montado. La colección entera de los bajo-relieves del *Partenón*, célebre edificio griego, templo de una de sus diosas en el cual hubo obras de arte, las mejores del mundo entero. Otra estatua representa un hombre de gran tamaño, echado sobre el

suelo, con la frente coronada; en la mano tiene un manojo de hermosas espigas; por su cuerpo arriba se le suben pequeños niños revoltosillos y guapetes, y por debajo salen cocodrilos; uno de los nenes tiene en su mano racimos de uvas muy gordas; también hay por el suelo animales mitológicos con la mitad del cuerpo de mujer y la otra mitad de león: *esfinges*, que así las llaman. Representa el hombre al río *Nilo*, que es uno de los más largos del mundo y corre por el Africa; los niños que se le suben por el cuerpo son los pequeños ríos que á él se unen en su carrera; las espigas y uvas, en señal de la gran fertilidad de aquel suelo que riega el *Nilo*; las esfinges, objetos de arte conservados aún por allí de hace ya muchos siglos; los cocodrilos, la abundancia de ellos por tales sitios. Y ya que viene á pelo os contaré, amiguitos míos, algo sobre el prodigioso río *Nilo*, por si acaso no lo sabéis. Riega al Egipto, tierra muy poderosa é ilustrada en la antigüedad, y todos los años se desborda inundando los campos durante unos meses: las casas las construyen por eso en lo alto de lomas ó montecillos. Cuando bajan las aguas y vuelven á entrar en su cauce, dejan un limo ó cieno en el terreno, que le abona muy bien y le hace producir mucho y bueno. ¡Ya véis si es prodigioso el *Nilo*!

En el gran salón central, adonde se admira la diosa *Victoria*, está el techo pintado al fresco y es una pintura sobre el yeso de lo poco bueno que se conserva de tal procedimiento de pintar, que ya hoy se usa muy poco. Está pintado por *Lucas Jordán*. Es un conjunto de figuras simbólicas: en cada extremo hay una matrona que representa una de las cuatro estaciones. En el fondo del salón: los reyes de España, un león que guarda el manto real y el escudo; figuras de indios, americanos y negritos, moros y otros, encadenados todos, como significando que eran siervos del rey de España.

En otro salón hay estatuas romanas, todas de personajes históricos. Allí está el César, emperador romano, acaso el más célebre rey del mundo, con su traje de guerra, en cuya coraza están grabados muchos episodios de la Mitología; tenía por lema este rey: *Fuí, ví y venci*, porque adonde quiera que iba á guerrear, derrotaba al enemigo; era un gran capitán. Allí está también Demóstones, sabio de Grecia, que sobresalió entre todos los ingenios por su fuerza de voluntad, por lo cual tuvo mucho más mérito su sabiduría, pues siendo tartamudo, se empeñó en ser buen orador; y tanto se dominó á sí mismo, que llegó á ser el mejor orador del mundo. ¡Lo que hace el querer! Aristóteles, sentado en un sillón, con su cara seria,

como de gran sabio que era; con grandes arrugas en la despejada frente, pero no las arrugas del mal genio, si no las del gran ingenio. Y, en fin, tantas y tantas, con las cuales se aprende mucho y de las que no se harta uno nunca.

MANOLO.

## FÁBRICA DE BUJÍAS

Cuando se entra por primera vez en una fábrica grande, se queda uno admirado de ver tanto aparato, tanta máquina y tanta cosa que se mueve. Esto me pasó á mí al visitar la fábrica de bujías «La Iberia.» Y puesto que me gustó mucho, y cuando se ven con gusto las cosas se aprenden mejor las explicaciones, no tengo inconveniente de hablarte aquí, querido amigo, de la fabricación de las bujías, que es artículo de mucho consumo.

El *sebo* ó grasa de algunos animales—bueyes, corderos y cerdos—se aprovecha para hacer velas ó bujías. Se compone el sebo de dos sustancias ó ácidos, principalmente, llamados *oleína* y *estearina*. Cuando se quiere evitar el mal olor que produce en las velas la *oleína*, se fabrican éstas con *estearina* solo; tales son las velas que se llaman bu-

jías. La *oleína* extraída sirve luego para hacer jabón. El sebo le tienen en la fábrica que yo visité en grandes pilas, dentro de un almacén cubierto. La primera operación que hacen con él es meterle en grandes pozos, en donde están diluídos en agua, cal y ácido sulfúrico; estos cuerpos atacan á las substancias extrañas que se encuentran siempre en la grasa animal, sobre todo á las membranas ó telitas que se sacaron pegadas á la misma, quedando así reducida á la composición de *oleína* y *estearina* solamente; se toma el líquido que resulta cuando está bien fundido el sebo, y bien separados los cuerpos extraños, y se coloca en unas latas de la figura de bandejas un poco hondas, y así, cuando se solidifica, quedan hechos panes de forma regular. Estos panes les envuelven uno á uno en tela de hacer sacos, tejida con estopa y llamada anjeo, y lo meten luego en una máquina que consiste en doce ó catorce placas de hierro muy gruesas, colocadas en sentido vertical; el vapor, por medio de un caño, ponía luego en movimiento á las placas y, al acercarse una á otra, hacían gran presión sobre los panes de grasa colocados entre ellas; y como la presión desarrolla calor, el sebo se descompone entonces y va fundiéndose ó liquidándose la *oleína*, que se liquida á un grado de temperatura mucho menor; escurre este ácido hasta llegar á

unos depósitos colocados para recibirla. La *estearina* se retira luego, sólida aún, en pasta, antes de que el exceso de calor y presión llegue á fundirla. Los panes de *estearina* salen muy bonitos de las prensas; todo el tejido se queda estampado en la blanca masa, y hace muy bonito.

La *estearina*, ya solita, se liquida en grandes cubas ó pipas, abiertas por arriba y muy anchas; y de este líquido, recogido con cazos, se llenan los moldes para formar la bujía. Hay moldes sueltos y aparatos de muchos juntos; claro es que siempre tienen por dentro estos moldes, que son de hierro ó estaño, la figura de la vela, con su pico para abajo. Si son sueltos, pasan por dentro la mecha, que es un conjunto de hilos de algodón, con ayuda de un palito puntiagudo; atan una punta al extremo, para que no se escape, y cuando tienen preparados unos cuantos, los llenan del líquido, dejándolo secar luego y sacando la vela de allí dentro, cuando está ya fría; pero estos moldes sueltos los usan sólo en «La Iberia» para bujías de dimensiones grandes; para las comunes tienen unos aparatos, de varios sistemas, que consisten siempre en una placa de metal colocada en sentido horizontal, como el tablero de una mesa, sobre cuatro soportes de hierro. El tablero tiene varias filas de agujeros; estos agujeros son las bocas de

los moldes ó tubos de metal; por dentro de todos ellos pasan las mechas, que están arrolladas en carretes grandes, rodando sobre sus ejes en la sección más baja del aparato. Llenan los moldes con cazos, ó por medio de una caja metálica, montada sobre el tablero, corriendo por carriles de hierro, y con un número de agujeros por abajo igual al de cada fila de moldes; se levantan los tapones que tienen por dentro estos agujeros de la caja, todos á la vez, por medio de una palanca, y de allí salen caños hasta que se llenan los moldes; se vuelven á dejar caer los tapones para cerrar, y se corre la caja á otra fila, haciendo lo mismo. Una advertencia interesante: á los moldes los rodea siempre un depósito de agua caliente ó de vapor, que se va enfriando poco á poco; porque si no, se solidificaría la *estearina* antes de que cogiera bien la forma del molde, y saldrían las bujías imperfectas.

Luego que pasa el tiempo suficiente, dan á un manubrio, y toda la tanda de velas se levanta, saliendo de los moldes; cortan las mechas, que quedan otra vez colocadas en los moldes para otra tanda, porque al subir las bujías se desarrollan un poco de sus carretes las mechas. Las velas salen agarradas por arriba á una placa de la *estearina* misma sobrante; esta placa la separan con gran ligereza unas mujeres. De allí pasan á otras

máquinas que las iguala de grandes; siendo estas máquinas sencillas y bonitas. Se componen de una gran rueda dentada; en los huecos de los dientes van colocando las velas; la rueda, según va girando, pone en movimiento, por medio de una correa, á otra que tiene cuchillas, con las que se van cortando todas las velas á un mismo tamaño. Se comunica con la última rueda dicha una gran cinta metálica, con muchos departamentos estrechitos, donde van cayendo las velas; está revestida de paño la cinta; y como sobre ella marchan las velas dando vueltas siempre, se suavizan y limpian en el camino; en él se encuentran también los cepillos de un cilindro que da vueltas, con lo cual se completa la operación. Al final de la cinta hay una tabla inclinada, por la cual descenden á un cajón que las recoge al fin. Luego las ponen el sello, que es de metal y está caliente; después las sacan á unos tendales muy grandes para que las blanquee el aire; por fin, las empaquetadoras van metiéndolas en sus cajitas de cartón, para la venta, no olvidándose de pegar en cada una la correspondiente etiqueta de la fábrica.

También vimos los almacenes, muy grandes y surtidos; y talleres de fragua, carpintería, etcétera, etc.

Así es como se hacen hoy las velas de esteari-

na, ó sean las bujías. Antes, cuando no separaban la oleína, que por eso las llamaban velas de sebo, no se podía sufrir el mal olor. Aún antes, se alumbraban las gentes con lamparillas de aceite y con velas de cera; y en los primeros tiempos, con teas encendidas, ó sean trozos de madera de árboles resinosos, como el pino. De esto último á la luz eléctrica, que nos alumbra á nosotros hoy, hay tanta diferencia como del día á la noche. ¡Cuánto inventa el hombre y cuánto se consigue con el estudio!

EMILIO.

## EN EL MUELLE

Hace tres años que veraneé y fuí á un puerto de mar. Yo entonces no tenía ni medios de expresarme ni gusto desarrollado para ello, ni aun siquiera conocimientos para entusiasmarme con cuanto veía, que bien pocos se necesitan para tal cosa. Pero todo cambia en este mundo; ahora, cuanto veo interesante, de cualquier género que sea, lo guardo bien en la memoria y procuro describirlo hablando y escribiendo, que así me lo en-

seña mi maestro; y hasta lo que vi en otras épocas ya pasadas, si fué de gran interés. Hoy, ante hermosas fotografías de marinas, recuerdo perfectamente lo que aquel verano vi; y como ahora sé expresarme un poco, quiero hablaros de ello, amigos míos, disfrutando mucho al paso.

¡Aspecto encantador presenta un puerto de mar, desde el muelle! Ya sabéis que el muelle sirve para cargar y descargar los buques, y que es una gran plataforma dentro del mar, adonde hay ya bastante fondo para que puedan arrimarse cómodamente los barcos. Con los cruceros, mezcladas las lanchas pescadoras y los buques mercantes; mezclados allí las patrias, los idiomas, las costumbres, porque se ven banderas de España, Francia, Inglaterra, Alemania...; porque dentro de los buques hay infinidad de hombres hablando en diferentes lenguas; y porque, en fin, estos hombres de distintas clases tienen diferentes costumbres. Desde allí se contemplan los marinos, con su musculatura tan desarrollada, gateando por las jarcias y maniobrando allá arriba, á bastantes metros de elevación; se les escucha cantar alegres, y á veces, en medio de su canto rudo, pronuncian con ternura alguna nota, dedicada á la madre, de seguro, que está probablemente muy lejos de ellos. En el puente de un buque, ya próximo á marchar, se ve

al capitán mandando, que mira con sus anteojos hacia el alta mar; otro oficial, recostado en una silla, empieza á dormirse arrullado por ese ruido suave que se oye en los puertos y que es producido por el balanceo de los buques allí anclados. Por todos lados se divisan jarcias, barriles, redes, pasajeros, grumetes, marineros...

Pues ¿y el panorama que se admira subido á un palo de navío? En derredor, los otros buques de mil formas, la vista del pueblo con sus casas blancas, las torres que de entre ellas sobresalen, las chimeneas echando humo, y, sobre todo, las aves marinas que revolotean inquietas. Desde tal sitio se ve la mano de Dios Omnipotente; y, si el día es sereno, se piensa en un padre que traduce á sus hijos las máximas evangélicas al lenguaje propio del niño, para que el día mañana sepan ser hombres de buen corazón, aunque la desgracia les prive de educar su inteligencia; que si no pueden reunirse las dos cosas, más preferible es tener buen corazón que no mucha ilustración.

Todo esto pienso recordando aquello, y también otra cosa: que desde chiquitines nos debían enseñar á discurrir y á sentir para que no desaprovecháramos ocasiones tan hermosas de aprender, como se presentan con frecuencia á nuestro paso.

JUSTO.

## UN CONCIERTO

¡Cuántas delicias se experimentan con la música! Cuando estoy triste y la oigo, el corazón me palpita fuertemente y la tristeza se me vuelve regocijo. ¿A quién no le gusta la música? Hasta los animales más fieros se amansan con ella, sobre todo si ésta es sentimental. Ya habréis observado, como yo, muchas veces que suelen ladrar los perros cuando escuchan sonidos combinados; es que demuestran su alegría. ¿Cómo ha de haber hombre alguno que no se impresione con la música? Parece que no gusta mucho cuando sólo se ha oído tocar á esos pobres músicos callejeros, que suelen arrancar al instrumento sonidos puramente racionales; pero cuando se tiene costumbre de oír zarzuelas, óperas, y, sobre todo, buenos conciertos, cambian las cosas por completo. Se estremece uno de placer oyendo los sonidos que producen el violín y el arpa; el oboe y el *violoncello*, que tanto imitan la voz humana. ¡Hermosos instrumentos! Todos reunidos, en mayor ó menor número, con otros que no nombro, dan lugar á un concierto,

siempre que sean bien tocados y dirigidos. No hay arte que más embelese ni que mejor se sienta.

D. Luis Mancinelli, actual director de la Sociedad de Conciertos de Madrid, una de las mejores del mundo, es gran concertista; y así, se experimenta gran placer escuchando la música por él dirigida. Hasta la vista de la sala del teatro en días de concierto, impresiona. En el escenario, más de doscientos profesores de orquesta, y á veces otros tantos còristas, disponiéndose á ejecutar entre todos una obra de arte á cierta señal, ya convenida; la multitud de instrumentos y gargantas puestas enfrente del director, se mueven y paran á un tiempo, siguiendo siempre las órdenes que les transmite la batuta; y con tal precisión lo hacen, que parece como si todas las voluntades allí estuvieran pendientes sólo del extremo de la varilla. Hacen efectos magníficos las combinaciones de voces é instrumentos; y las subidas graduales, ó *crescendos*, y las bajadas ó *decrescendos*, de los sonidos todos, tan oportunas y sentidas. Esto aparte de la belleza propia de las piezas que tocan. De *Beethoven*, el más célebre de todos los músicos modernos, he oído varias composiciones. Estuvo sordo durante mucho tiempo este señor; y, con las ansias del arte, se marchaba á los bosques, observaba el movimiento de las hojas en los árboles, el rumor del

arroyo, hasta el oleaje suave que forma en la hierba el airecillo; el viento agitándose furioso, y todos los ruidos, en fin, de la Naturaleza; y lo observaba todo con la pena profunda de quien se ve dominado por un defecto físico, ó del cuerpo, que le dió Dios, y del cual quiere librarse á toda costa, pues le entorpece grandemente para sus geniales proyectos; *Beethoven* fué el rey de la instrumentación; y cuando se escucha su *Septimino* ó alguna de sus nueve *Sinfonías*, por ejemplo, se experimenta un placer muy grande. También he escuchado piezas preciosísimas de *Wagner*, compositor que hizo más perfecta la música, completando el trabajo de *Beethoven*; era muy romántico y escribió óperas muy buenas. Siempre se observa una cosa genial en las composiciones de este sabio, y es que cada instrumento de los que forman el conjunto, habla enteramente; hasta los plátillos y el bombo parecen en sus piezas musicales las voces descompasadas de quejidos humanos, torrentes, huracanes, erupciones volcánicas, etc., etc.; así es que resulta muy sentimental y expresiva toda obra de *Wagner*; por ejemplo, oyendo el principio ú *overtura* de su ópera *Tannhäuser*, sin pensarlo, ve uno cosas encantadoras: una ermita, campo á lo lejos, y el mar allá, en el horizonte; un grupo de *ninfas* bailan sin tocar el suelo y se mar-

chan luego, cuando una mujer triste—hasta guapa y de rubios cabellos parece por las notas,—entra en la ermita; después se escucha el cántico de los fieles y de las siervas del Señor; aún parece que la acompaña con triste acento la letra ésta: «Salve María, reina de los cielos; calma nuestros desconsuelos.» Después trinos en la orquesta parecen bandadas de pajarillos, volando hacia la madrugada; el órgano de la iglesia acompaña sus cantos; los pájaros cada vez más cerca y el órgano cada vez más sentimental, hasta acabar todo aquel encanto en una fuerte combinación de instrumentos. Yo mismo me maravillo de la impresión que me produce tal música.

Chapí, músico español, célebre y joven aún, también es muy expresivo en sus obras; las que más me gustan de él son *Los Gnomos de la Alhambra* y *Los Angeles*. ¡Qué hermosa es esta última! Tan sublime resulta, que no parece sino que se halla uno fuera de la Tierra. Figura la tal composición que una mujer, puesta en oración, da gracias al Señor por haber creado el mundo; la tempestad empieza de pronto, y ella se aterroriza; el Angel de la Destrucción anuncia el fin del mundo, en medio del trueno y el relámpago, que se escuchan en la orquesta; la mujer tiembla oyéndole, y el género humano se queja á gritos. Pero se calma

luego el tiempo y el Angel del Perdón canta la misericordia divina, diciendo que llegaron al Cielo las súplicas de los hombres. Todo queda luego en calma, en poder del Angel de la Guarda, y esta calma se respira también en la orquesta.

Y como cuanto os he dicho que se siente y regocija el alma escuchando las composiciones citadas, sucede con todas las que son buenas y están bien ejecutadas, por eso os aconsejo que procuréis oír buena música, pues se aprende y disfruta mucho con ello.

POLI.

## FÁBRICA DE CERILLAS

Aquí en Madrid hay pocas fábricas de cerillas, y de escasa importancia estas pocas; sin embargo, como es obra poco complicada, basta con visitar la llamada de *La Concepción* para darse una buena idea de cómo se fabrican las cerillas; porque las operaciones vienen á ser iguales aquí que en otros talleres más grandes, de los cuales no se diferencia más que en el mayor número de aparatos y en la producción que, naturalmente, es más pequeña.

Se divide en tres partes ó secciones esta fábrica: construcción del continente, ó sea la caja; construcción de la velilla, ó sea el cuerpo de la cerilla, y construcción del mixto, ó sea la cabeza. Os explicaré las tres secciones, en el orden en que las vi:

En unos pliegos grandes de cartón pegan otros de estampas, que han de lucir por el exterior las cajas; para ello se valen de engrudo. Cortan luego el cartón en tiras del ancho de las dos estampitas que corresponden á cada caja. Otra mujer dobla estas tiras en la disposición conveniente, por las rayas marcadas en el grabado, y pega luego fuertemente un costado sobre otro para dar forma á la tira, que se queda así convertida en hilera de cajas sin separar unas de otras. Luego que está seca la pegadura, toma la pieza otra obrera, y con un listón de madera, largo y dividido, que moja en cola por un canto, unta el costado de las cajas en que han de llevar raspa; luego, antes de que se seque, lo rocía con arena, y se queda así formada la raspa.

Hay cerca otra mujer que, cuando ya está seco, toma estas tiras de cajas y las va cortando una á una, por medio de cierta cuchilla muy afilada que se mueve sobre un eje por su extremo de atrás, y á que se llama guillotina. Todas las cuchil-

llas de esta fábrica están montadas de la misma manera.

Así es como forman la caja; ahora falta saber cómo construyen el cajón: doblan el cartón, sin pegar á él estampilla, en cuadro, para hacer de bastidor del cajón; después de seca la encoladura van cortando las tiras, que resultan en bandas estrechitas, puesto que los cajones han de ser bajitos; si son para cajas bastas, toman después de esto unas tiras de cartón suave, casi siempre verde, cortadas á la medida y las colocan en el bastidor de modo que sirven para el fondo, la tapa y el tirante, metiendo dentro, si ha de llevar *trampa* la caja, otro cartón doblado en forma que ocupa la mitad. Si la caja á que se destina el cajón ha de ser más fina, colocan para fondo un cartoncito cortado en cuadro á la medida del bastidor; luego lo forran todo con papel delgado para sujetar el fondo. Por supuesto que estas operaciones las ejecutan las operarias con una agilidad asombrosa.

Ahora voy á deciros cómo vi que formaban la velilla ó cerilla, que es un conjunto de hilos de algodón bañado en cera y estearina. El algodón le tienen enrollado á unos cilindros; esos hilos, reunidos, se van desenrollando poco á poco y van metiéndose, ya á cierta distancia, por unos agu-

jeros abiertos en caja de lata, colocada en alto y llena de la mezcla antes dicha, oleína y cera, debajo de la cual hay braserillos para mantener líquida la composición. Luego que sale de allí, vuelve á pasar por otras dos cajas, colocadas próximamente á la misma distancia, y, por último, se mete en otra que no tiene ya abajo lumbre; allí dentro va solidificándose el baño de la mecha, ya agarrado por completo al algodón; se enrolla á la salida en otro gran cilindro ó tambor, el cual, una vez lleno de cerilla, se pone en comunicación con la máquina cortadora. Esta es muy bonita y curiosa; entran por unos agujerillos, todos á igual distancia entre sí, las cerillas arrolladas en el tambor y conducidas antes por unas ruedas; se colocan así todas, ya dentro de los agujeros, en filas; dan á una manezuela, y todas salen de allí á un tiempo, igualitas, todo lo largas que las han de dejar; colocan dos tiras de cartón gordo, una debajo de las velillas y otra encima, para coger de una vez la tanda entera; luego baja una cuchilla que las corta á todas por igual; sacan de la cortadora la tanda, entre sus dos cartones, y asomando por un lado como la tercera parte de su largo, y van metiendo estos cartones en un bastidor de madera, hasta que está lleno; luego lo aprietan para que quede muy sujeto.

Ya entonces no falta más que poner la cabeza.

Hay unos mármoles cuadrados, un poco más grandes que los bastidores adonde colocan las cerillas, y allí hacen la composición, que consiste en goma, disuelta en agua, fósforo,—que se extrae de los huesos de cualquier animal, carbonizados, y que es sustancia muy venenosa;—minio quemado, y no sé si algo más. Cuando ya está hecha la composición, que es necesario hacerla con mucho esmero para que salga bien, plantan el bastidor encima del mármol por el lado en que las cerillas asoman, y frotan un poco en todas direcciones, para que la pasta se agarre; así se forman las cabezas. Luego van colocando estos bastidores en unos almacenes tendales, que se llaman secaderos, porque allí se orea la cerilla ya fabricada, y en los cuales no debe ser muy sano entrar, por el excesivo olor á ácido fosfórico; allí es muy fácil un fuego, pues á nada se inflaman; nos contó el señor que nos acompañaba que un día inflamó todo el tendal un ratoncillo que corría por encima; por eso lo vigilan mucho; siempre está lleno el tendal de humo, y por las noches dicen que se ven fosforescencias grandes.

La industria de las cerillas es muy importante; y, para darlas tan baratas, podéis calcular que son muchísimas las que se fabrican al día, y con muy

poco gasto, gracias á la agilidad con que hacen todas las operaciones; pues hasta las obreras que las meten después de secas en las cajas, da gusto ver qué ligeras lo hacen y cómo no se equivocan, al tomar un montoncillo de ellas para cada caja, ni en veinte siquiera de diferencia.

RODOLFO.

## LA SIEMPREVIVA Y LA ROSA

Una vez se encontraron en un ramo la siempreviva y la rosa, y le dijo ésta á aquélla, si no con la boca, que no la tienen las flores, con la expresión: «¡No hables conmigo, despreciable criatura, ni aun siquiera te acerques á mí! Yo soy la reina de las flores. Me ponen en los altares para que con mis subidos perfumes honre la Santa Iglesia y hasta á Dios mismo. Las señoritas bellas, codiciando mi hermosura, me estrechan continuamente en sus manos, y á cada instante me dicen: ¡Encantadora!... Y de ti, ¿quién se acuerda, infeliz?»

—Yo sólo me encuentro en los cementerios,— replicó humildemente la siempreviva.—Ni como

tú esparzo deliciosos olores en torno mío, ni como á ti me ponen en donde pueda brillar. ¡Sólo hago compañía á los muertos!... ¡Abandonada del mundo, solitaria, al lado de un mármol frío hasta acabar mi vida!... ¿Pero piensas que lo siento, que no estoy conforme con mi suerte? Soy más duradera que ninguna otra flor, y vivo contenta y dichosa: tu hermosura seductora es de minutos tan solo: ahora eres, y después no serás; tu cáliz se verá deshecho mañana, y tus pétalos pisoteados; el aroma que ahora esparces se habrá perdido entonces en la atmósfera inmensa... y yo, en cambio, soy eterna... Siempre viva me llaman... Me parezco más á Dios que tú por esto, y estoy muy contenta con mi suerte.»

POLI.

## ¡¡AL ESCORIAL!!...

Mi querido maestro, que siempre está pensando en llevarnos á sitios adonde estudiemos recreándonos, nos llevó hace poco al Escorial. Cuando estuvimos todos metidos en el tren, fué poca la espera: la campana sonó ronca anunciando la salida; algunos viajeros, cargados con sus maletas, subie-

ron aprisa, y por todo el *andén* se oía un ruido tumultuoso.—Piiiií...—Es el pito del jefe de estación. Ya empieza á agitarse el vapor encerrado en la caldera, que es su prisión, bramando de impaciencia. La locomotora lanza un gemido, y el tren se pone en marcha; empieza á moverse con la pesadez propia del que se levanta de un sueño, hasta que, rápido luego, va avanzando en su camino, corriendo siempre más y más veloz. Asomado á la ventanilla del tren, contemplé un hermoso paisaje; y como yo nunca viajé así hasta ahora, la impresión que me produjo esto fué grande; todo parece que da vueltas en derredor mío; pasan los campos dorados por el sol naciente, que aparece por entre las montañas dominándolo todo; matas y árboles que empiezan á retoñar; las sierras en último término, nevadas aún en grande. Rápidamente marcha el vagón que nos lleva, sobre sus vías, y todo va desapareciendo de mi vista; campos, pueblos, rebaños de ovejas y cabras; casas, ocultas casi entre los árboles... La mirada se estrella de pronto ante unos paredones: es que en tal sitio tuvieron que cortar la roca viva para dejar paso al tren; y cuando desaparecen, como todo, estos paredones, se deja ver á veces otro paisaje bien distinto del anterior: todo es ahora matorrales y pedruscos, como en el aire colocados por mano

misteriosa, amenazando caer sobre el que por allí pasa ó transita; piedrecillas, musgo, árboles sombríos...

Salen al paso del tren mujeres ú hombres con un banderín verde, enrollado, para avisar así al conductor de que no hay peligro en la vía y puede continuar. ¡Qué brisa tan deliciosa! Yo no podía separarme de la ventanilla; el canto de los pájaros, por otra parte, embargaba mis sentidos y todo respiraba alegría. De repente, oscuridad completa.—¿Qué pasa?—pregunté aterrorizado.—No te asustes; estamos dentro del túnel.—Parecía que la locomotora se había metido en los infiernos; el *chucu, chucu; chucu, chucu; chucu, chucu* de la máquina retumbaba allí dentro con grande estrépito; para nosotros había vuelto la noche de repente, pues no se veía en absoluto nada; pero una débil claridad que va aumentando, me indica ya la salida del oscuro escondrijo; sus paredes chocorean y brillan con la luz que les hiere á la salida; el vapor de la máquina, ya frío, se arrastra y liquida. Ya estamos fuera, al fin.

En cada estación del camino ó trayecto paramos uno ó dos minutos, excepto en la de Villalba, adonde, antes de salir nosotros, había de llegar otro tren de la parte opuesta. Se oyó un pitío lejano: miré. Ya viene la locomotora soberbia, rá-

pida como el pensamiento, resplandeciente como el Sol, lanzando al aire un gran penacho de humo, marchando majestuosa sobre sus carriles de hierro; parece monstruosa culebra arrastrándose por los campos. Ya baja al llano, ya sube una loma; ya pasa un puente... Ahora se ha hundido en el oscuro túnel... Avanza, avanza y recorrerá todo el mundo, salvando valles, abismos, ríos, con puentes y terraplenes; escalando sierras, con desmontes y túneles; metiéndose en las entrañas de la tierra... Ya que tan sublime resultas á mi vista, quisiera verte, locomotora, no hundirte en la tierra, sino confundirte en la bóveda celeste, y luego volver, cargados de angelillos tus vagones, entonando, en vez del silbido agudo, preludio celestial de arpas y liras; porque tan grande te miro, que me pareces engendro del Altísimo; un ser valiente y sublime!

Ya está el tren en la estación de Villalba y nosotros salimos de él para llegar bien pronto al Escorial. Al parar la locomotora, parecióme que decía, respirando fatigosa: «¡Ahora me toca á mí descansar! ¿Véis qué pronto os he traído y qué bueno es el estudio? Si no me hubieran inventado, tendríais que haber tardado mucho en llegar aquí, adonde os aguardo á las cinco en punto de la tarde.»

Sólo dos personas nos hicieron compañía en el vagón hasta el Escorial. Dos humildes sacerdotes, con su breviario en la mano, escuchándonos en nuestras manifestaciones de extrañeza y encanto con la sonrisa en los labios, mientras hacían su oración de la mañana y conversaban con nuestro maestro sobre la educación cristiana de la niñez. Recordé, al mirarlos, el libro famoso de D. Enrique Pérez Escrich, titulado: *El Cura de Aldea*.

POLI.

## ASPECTO DEL MONASTERIO

Ya desde la ventanilla del tren presentaba el Monasterio un aspecto asombroso. Como un gigante colosal se alzaban la cúpula y la torre, escondido el resto del edificio en lo hondo, y sirviéndole de fondo las montañas. Parecía el pueblecillo de un Nacimiento. Al bajar del tren y subir, para llegar al convento, la cuesta empinada que á él conduce, teniendo siempre de frente la sierra, que parece amenazar á quien se acerca, sentíamos un calor insoportable, á pesar de que la nieve era abundante allá arriba. Cerca ya, al pie

de tan maravillosa obra, pude contemplarla á mi sabor.

Todos sabéis ya que el Real Monasterio del Escorial, considerado como la *octava maravilla* del mundo, es un convento mandado hacer por Felipe II, rey de España en el siglo XVI, para tener siempre presente ó conmemorar el triunfo conseguido sobre los turcos por los españoles en la célebre *batalla naval de Lepanto*. Para asombro del mundo entero, sin duda, levantó esta obra Felipe II, siempre con la idea santa de que construía *un palacio para Dios*, y dentro de él *una choza para el Rey*. El edificio es todo de piedra, tan grandioso que no parece creación del pensamiento de un solo hombre, sino de una civilización entera; severo como el genio del que lo mandó hacer; muy sólido, muy alto, muy esbelto y elegante. Dicen los inteligentes que en su arquitectura no hay nada de particular y, sin embargo, á cuantos artistas y pensadores lo ven, les asombra; hace, sin querer, pensar en Dios y su grandeza: es sublime. A mí no suelen hacerme gracia las cosas serias: estoy más por lo alegre; pero esto sí que me gusta y encanta. Rodea todo el edificio un gran atrio enlosado, con barandilla de piedra también, de proporciones terribles; no es posible calcular el número de metros que tiene; llaman á este atrio

*La Lonja.* El valor del monasterio, según he oído, es incomprensible. Todo alrededor, y á gran distancia, lo rodea una casa enorme, cuyas habitaciones son las dependencias del convento y palacio. Los techos son de pizarra; y como no hay adornos y tan grande es aquello, resulta sombrío, como Felipe II, que siempre vestía de negro y tenía expresión de tristeza, según sus historiadores. El que no haya ido nunca al Escorial, se quedará asombrado seguramente á su vista. Taciturno, silencioso y triste, parece que está el monasterio uno y otro siglo, como Felipe II lo estaba uno y otro año, igual que si le preocupara un gran plan; y al admirar su severidad, no puede menos de recordarse aquella escena de la vida privada de este Rey, en que dicen se equivocó su secretario y le dió el tintero en lugar de la salvadera, por lo que le dijo S. M.:—*Para otra vez, éste es el tintero y esta otra la salvadera.* — ¡De qué modo tan terrible se lo diría, que el secretario murió de la impresión!

Por encima de la casa grandísima que rodea al monasterio se levantan, algo más alejadas, las montañas, que parecen monstruos que se echan encima; y como el color de ellas es oscuro, y como son tan grandes y tan próximas están, me parece, puesto en La Lonja, que desafía la Naturaleza al

Arte diciéndole:—¡He de vencerte y sepultarte un día, aunque tantos siglos dures!—Verdaderamente, parece que de un momento á otro han de caer los montes, aplastando al coloso. En un ángulo, entre el edificio de las dependencias y la sierra, se distinguen en alto unas casillas blancas: parecen gaviotas, con su cabecita entre las alas, descansando de un penoso viaje. Toda esta vista entristece el alma y la dispone á entrar en la casa del Señor.

RODOLFO.

## LA IGLESIA DEL ESCORIAL

—Es necesario comer antes de ver nada por dentro; sujetad un poco la impaciencia; el arte os sentará mejor habiendo comido antes; esto también nos hará no perder tiempo,—nos dijo nuestro maestro. Por esto nos sentamos á comer á la sombra de un árbol, cosa que anima y abre el apetito. Se come con más gusto que en casa, en el campo. ¿Por qué? El canto de los pajarillos, la vista del paisaje, el ruido del agua, el movimiento suave de las hojas, el canto lejano de algún niño ó la-

briego; todo esto convida á comer. A mí me parecía estar en un bosque extraño. Después de comer nos encaminamos á la iglesia.

Para que haga más efecto su vista, es preferible entrar, la primera vez que se visita la iglesia del monasterio, por el convento: por el coro. Vista desde allí, es asombroso el aspecto que presenta.— ¡Cómo! ¿La maravilla es así por dentro?—me pregunté á mí mismo. Me pareció la iglesia fea, y pequeña sobre todo. Pero hay buen medio de probar el engaño: las pilastras, ó columnas planas, son todas acanaladas; hay muchísimas; cada una tiene cinco canales ó *estrias*.—Coloca tu sombrero, á lo ancho, dentro de un hueco de esos,—me dijo mi maestro. Y vi entonces, con extrañeza, que aún sobraba espacio. Es que está á gran altura el coro; que tiene toda la iglesia mucha altura también, y que están todas las paredes sin adornos, de piedra lisa como por fuera. Parece desde arriba el altar mayor una cajita de tabacos; y las escaleras que conducen al plano del mismo, ó *presbiterio*, que así se llama, fichas de construcción un poco grandes. Ya comprenderéis las proporciones que tendrá la iglesia para que tan pequeño resulte todo desde el coro, y para que la vista engañe tanto. Puesto uno en el centro, todo inspira gran respeto y veneración; se queda uno tamañito al verse, como se ve,

tan pequeñín y miserable, dentro de aquel gigantesco hueco. La cúpula parece que se va á coger con manos, y tiene una altura disparatada. Todas las paredes, desnudas, serias, sombrías y grandiosas; arcos tremendos. Allí dentro no puede distraerse la vista con detalles, que no los hay; sólo el conjunto se admira, que es precioso, y alegre y entristece al mismo tiempo. El altar mayor, de mucho mérito, hace juego con la iglesia por lo sencillo y serio, aunque sus columnas sean de rico mármol. Los púlpitos, al contrario, son de riqueza extraordinaria; oro y mármoles los mejores y más bonitos que se conocen, ricamente trabajado todo; tanto valor, tanto mérito, es lástima que no luzcan allí como lucirían en *San Francisco el Grande* de Madrid, por ejemplo; pues allí, que es todo serio, pega mal, á mi modo de ver, cosa tan llamativa; lo cual prueba que no siempre lo muy bueno encaja bien y que, por ejemplo, en mujer cubierta de traje sencillo haría mal un sombrerito muy llamativo, cosa que descompletaría el cuadro de modestia.

Al entrar en la iglesia por la puerta principal, se encuentra uno con cosa de gran mérito: la bóveda del coro, que es plana, extensa, muy difícil de hacer, sobre todo por ser tan grande; la hizo el gran arquitecto Juan de Herrera, director de

las obras del Monasterio; y de tanto mérito es, que sorprendió á Felipe II, hombre que experimentaba pocas sorpresas. Cuando se coloca uno en la parte central del coro y se mueve algo ligero, apoyándose en la punta de los pies, toda la bóveda se cimbreá.

Es muy grande el coro; todo alrededor la sillería, de poco mérito artístico, según dicen, aunque muy bonita; en ella, y á un rincón, el sillón modestito, distinto de los demás por su mayor sencillez, en que se sentaba á hacer sus oraciones Felipe II; al lado de él una puerta de escape, disimulada con el adorno de la sillería, que da á las habitaciones reales. En medio del coro, una enorme pieza de madera y metal, que pesa una barbaridad de kilogramos, en forma de pirámide; está montado sobre un eje que se apoya en pie de mármoles; es el *facistol*, ó sea el atril en que colocan los señores curas los libros de coro, escritos en letras muy grandes para que puedan leerlo desde sus asientos; está montado de modo tan preciso, que, pesando tanto, se mueve al solo impulso de un dedo que le hace girar.

Detrás del coro hay dos cosas notables: la biblioteca de canto llano, ó sea de coro, y el famoso *Cristo del Trascoro*. Son enormes los libros; hay muchos, y de gran mérito algunos; todos están es-

critos en pergamino, y cada hoja es la piel entera de un becerrillo, cosidas todas con hilillo de oro, con ruedecitas para arrastrarles y poderlos así mover con facilidad; hay en algunos pinturas preciosísimas y de gran mérito; sobre todo una Purísima Concepción con sus ángeles, pareciendo que está de relieve, pintado á la acuarela, con dorados que admiran, de bien hechos y conservados.

Precisamente detrás del sillón central de la sillería del coro hay una capillita como un cascarón de nuez, donde se encierra verdadera joya de arte: la mejor escultura de todo el Monasterio y una de las mejores del Arte Cristiano, según cuentan. Representa á Jesús enclavado, y es hermosísima; toda de mármol blanco, de gran tamaño y de una sola pieza; muy buena expresión en su rostro, triste y bondadoso; luce mucho desde abajo, desde el patio de los Reyes, grandísimo; sitio en que oían antes la misa dicha en esta capilla los soldados del Rey, abriendo para ello el balcón que deja al descubier-to el altarcito.

Antes de concluir, y ya que he mentado la sillería de coro, un rasgo que expresa la piedad de Felipe II: fué invitado muchas veces por los frailes para que ocupara en las horas de rezo el sillón presidencial, el del Prior; pero nunca quiso acep-

tar, diciendo que ellos representaban á Dios, y él á los hombres solo; y que primero ha de ser siempre Dios.

RODOLFO.

## SACRISTÍA Y PALACIO

En la sacristía, sala muy larga y bien adornada, hay gran riqueza en ropas de culto y bajorelieves. En el altarcito se admiran, en su frontal, hermosos trabajos á buril, ó repujados, antiguos y muy buenos, según dicen; hechos por frailes; están tallados en bronce, y es un buen estudio de figuras y perspectiva. Pero el mayor valor está allí en *ternos*, ó sean juegos de tres casullas y capa con que se revisten los sacerdotes. La mayor parte de los muchísimos que hay, si no son todos ellos, están bordados por los frailes á quienes Felipe II entregó el Monasterio; hay, sobre todo, uno de estos *ternos* en que, con sedas de colores, hilo de oro y plata y piedras preciosas, están bordadas escenas de la Religión cristiana. ¡Qué expresión en los semblantes! Ni el mejor cromó imita aquellos bordados: tan bien acusadas están allí las sombras, que me parecen hermosos

relieves cuando los miro. Hay también en la sacristía un magnífico cuadro, de gran tamaño, representando la elevación de la Hostia consagrada que tras del mismo cuadro existe en lindo altar-cito, que no abren más que dos veces al año. Se cuenta de esta Hostia un milagro grande, y está elevándola el Prior del convento, acompañado de toda la Comunidad, ante el rey Carlos II *el Hechizado*.

Muchas gentes suelen decir por los frailes:— ¡Mira los holgazanotes, que se meten en el convento por no trabajar!—Pero si fueran estas gentes al Real Monasterio del Escorial y vieran tantas cosas buenas como hacían, no lo volverían á decir; que antes en los conventos había multitud de sabios y artistas, y ahora tampoco escasean.

Otra maravilla es la Biblioteca, una de las mejores de España, dicen, donde se encierran magníficas obras, impresas y manuscritas, algunas con grabados y acuarelas de mucho mérito. Hay libros de gran valor, hechos hace ya algunos siglos; devocionarios de grandes Reyes, una Biblia escrita en árabe, etc. También se ven allí buenos retratos, sobre todo los hechos por el célebre Pantoja. El aspecto de la sala es bonito, porque la anaquelaría ó estantería es bonita y, además, los escaparates del centro lucen mucho.

Los Reyes que siguieron á Felipe II, sobre todo Carlos III, fueron adornando algunas habitaciones del Monasterio para cuando ellos iban á visitarle. Hoy día el palacio real, ó sea el conjunto de estas habitaciones, es bastante bueno y grande. Todas las salas, adornadas con ricos tapices imitando cuadros de Goya y de Teniers la mayor parte, y otros de estilo pompeyano; luciendo, para mi gusto muchísimo, una de las salas en que lo mismo paredes que techo, están adornados con pinturas y tapicería al gusto de Pompeya. Tres ó cuatro habitaciones hay con sus paredes cubiertas de raso bordado á realce, todo de gran mérito, y con sus sillerías haciendo juego, forradas con el mismo raso y bordados idénticos. Mesas de mármoles de mil clases, con jarrones y relojes encima, todo de gran gusto. Entre los tapices hermosos que allí se encierran, hay uno que se ha hecho célebre por la frescura de colorido, corrección en el dibujo y expresión de la cara: se llama el tapiz *del Tío Rico*, porque representa á un individuo de familia salamanquina, de oficio choricera, célebre en Madrid desde tiempo antiguo por su comercio en embutidos.

Preciosos techos pintados al fresco se ven por allí, sobre todo uno, el de la escalera principal, pintado por Lucas Jordán, que admira á los visi-

tantes. Hay también dos habitaciones, muy nuevas, encantadoras y de valor grande; en ellas los suelos ó pavimentos, los huecos de los balcones y las puertas son de diferentes maderas finas, empostradas unas en otras, ó *incrustadas*, formando preciosos dibujos de adorno; en cada trocito que se admira se cuentan por miles las piezas; con que podéis figuraros el mérito que tendrá todo esto. En medio de una de estas salas se ve una mesa de despacho del mismo gusto, y aún de más mérito. A mí no sé lo que me pasaba teniendo que pisar aquello, con tanto mérito como tiene, pues sólo artistas de gran paciencia pueden hacer tales obras; en la mesa se compone el mosaico ó incrustación de piezas tan pequeñas, que sabe Dios el tiempo que habrán tardado en cortarlas y armarlas. Lo mismo el retrete que corresponde á estas salas: es encantador, y forma dibujos bonitísimos la combinación de maderas. ¡Y tanto lujo y mérito allí encerrado!

Una cosa se observa en todo el palacio: y es que, en lugar de ser las sillerías de las distintas habitaciones de un mismo gusto y de una misma forma, poco más ó menos, hay en ellas variedad inmensa; lo que prueba son muy distintas las épocas en que se hicieron unas y otras, y que cada Rey ha ido ensanchando aquello un poco, haciendo una

ó dos habitaciones. Antes de concluir quiero decir que, aparte de otras cosas buenas, hay magníficas arañas de cristal de roca en este palacio, que primitivamente fué lo que vais á leer ahora:

Una *choza*, dijo el rey Felipe que iba á construirse para él, dentro del suntuoso Monasterio; y en verdad que poco mayor fué su habitación allí. La seriedad y el amor á Dios parece que vencieron en él al poder, soberbia y orgullo de verse dueño de tantas tierras. ¡Admiráos de saber dónde vivía! Muy estrechos pasillos, tristes, sin un solo adorno, sin cielos rasos, ó viéndose las vigas que es lo mismo, blanqueadas las paredes y de baldosa chiquitina el piso; se llega por ellos á un pobre cuartito, la *Sala de Embajadores*, tan humilde en todo como los pasillos; otras dos salitas muy pequeñas se comunican con ésta; una, se conoce, para dormir; otra, adonde hizo trasladar la cama en los últimos días de su vida, para poder oír misa, pues tiene ventanas que dan al *presbiterio* de la iglesia.

Nada más se reservó aquel rey en el Monasterio lujosísimo. Allí está su alacénita pobre, de azulejos malos, su tintero de bronce liso, sus dos sillitas de tijera, muy estrechas, de vaqueta, con grandes clavos de hierro y sin más adorno; el sitial de campaña, la mesita para escribir en el campo, que son dos tablillas estrechas, unidas por bisagras; su

libro de oraciones, su velón para alumbrarse... ¿Si sería modesto, eh? ¡Parece mentira que el poderoso Monarca, el ilustre vencedor que asombró y dominó al mundo, se reclinara sobre aquel viejo y pequeño sillón, incómodo además, de cuero roto; que allí sentado, verificara sus profundas meditaciones! Quien vea aquella salita humildísima y chiquitina, con cuatro sillas viejas y feas de vaqueta, con una mesa pequeñita y lisa, ¿cómo ha de creer, si no se lo dicen, que verificaba en ella el gran Felipe II el solemne acto de recibir á los representantes de las grandes naciones del mundo entero, que se sentarían allí con gran respeto y veneración? ¿Quién ha de tomar tal cuarto por la *Sala de Embajadores* de un rey de España del siglo XVI?

RICARDO Y EMILIO.

## PANTEONES

Por una lujosa escalera de mármoles, con las paredes y techos de lo mismo, se llega á oscuro recinto: es el Panteón de los Reyes españoles, desde Carlos I. Al bajar, el alma se me iba encogiendo. ¡Cuánta soberanía convertida en ceniza! ¡Cuántos poderosos Reyes que vencieron en guerras muy

horribles, que firmaron contratos ventajosos con cuantas naciones ilustradas hubo en su tiempo, convertidos en polvo y sujetos ya por la muerte se ven! La muerte nada respeta; todo lo destruye, y en los críticos momentos de la vida viene á estorbarle á uno el curso de sus proyectos, acaso seguidos con voluntad grande. ¡Cuántos hombres, convertidos ya en cenizas en tal sitio, están haciendo falta al mundo, en ciertos momentos! Carlos I de España y V de Alemania, el guerrero grande que dominó al mundo é hizo siempre temblar á su enemigo; Felipe II, el artista severo, autor de la maravilla; Carlos III, que tanta obra buena hizo durante su reinado; y muchos otros que acompañan á éstos.

Verdadero cuarto de tristeza. Su forma es redonda; frente á la entrada, un gran Cristo extiende sus redentores brazos hacia las cajas de mármol y oro, iguales de grandes, de color sombrío todas, llenando las hornacinas abiertas en la pared, encerrando los esqueletos de tan ilustres Reyes... En medio de la cripta ó bóveda, una lámpara grande de aceite, que ilumina débilmente todo... ¿Qué es la vida? Humo, polvo, viento y nada. ¿En qué se han convertido aquellas humanidades de reyes, sus grandezas, su saber, su poderío? En miserables esqueletos. El Crucificado mira con lástima las cajas

igualitas de los que ostentaron la corona real en su cabeza, como enseñando al vivo que allí entra que no hay más cetro ni más corona duradera que los de Dios, aunque fueran de caña y espinas... Allí yace el orgullo vano de los hombres, reducido á miserable, y á más que á miserable encierro. Unos sufrirán la mirada del Señor con duelo, por que no supieron imitarle, siendo Él esclavo de todos antes de mandar en nadie, y ellos altivos desde el principio; otros recibirán su mirada fija, alegres y tranquilos porque fueron buenos Reyes. ¡Entristece el corazón mirar la caja de Alfonso XII y la que ya espera á su hijo, nuestro Rey, siendo ahora tan pequeñito!.. Si su buena madre, nuestra cariñosa Gobernadora, entra allí alguna vez, ¡cuánto sufrirá al contemplar estas dos tumbas! ¡Gotas de sangre sudará!

Subiendo la escalera, se encuentra uno de frente otra igual, pero siempre de mármoles blancos, en lugar de ser oscuros; bajando por esta escalera llegamos á una serie de habitaciones, grandes todas, de mármol blanco y oro: es el Panteón de Infantes. La tumba más preciosa aquí es la de don Juan de Austria, el bravo capitán, hermano de Felipe II, triunfador de Lepanto; por eso es su tumba mejor que ninguna otra; una estatua yacente, que le representa con su espada de honor en

la mano, adorna el monumento. Hay otros preciosos; uno en el centro de la sala más grande, destinado á los infantitos de menor edad; los de los duques de Montpensier, con sus estatuas admirablemente hechas. Cada tumba tiene bajo relieves de mucho gusto y en gran número, no habiendo ni siquiera dos iguales. Y en casi todos los cuartos, una gran cruz, de oro y piedras preciosas. Allí, estando entre cadáveres, se respira alegría; todo es blanco y con mucha luz, haciendo gran contraste con el Panteón de Reyes.

POLI Y MANOLO.

## REGRESO

Otras cosas muy buenas visitarás en el Escorial si vas á verlo, querido amigo; pero nosotros hacemos aquí punto.

Eran ya las cinco de la tarde; bajamos á la estación; allí nos aguardaba ya el tren. Pronto dió la máquina un pitío y comenzamos á caminar; me encanta á mí ese ruido particular de los vagones... El Sol doraba los campos con sus últimos

reflejos; la campiña, la sierra, el agua, los palos del telégrafo, los árboles, pasaban rápidamente por delante de la ventanilla; no parecía sino que nosotros estábamos parados en medio del campo y que éste corría desesperadamente; pero sé muy bien que tal fenómeno es sencillamente una *ilusión de óptica*, ó engaño de la vista. De muchas rocas salían manantiales, haciendo un bonito efecto.

Ya el Monasterio se iba perdiendo de vista; miraba con tristeza aquellos paredones, que desafiaron á las montañas que les rodean, al viento, al Arte mismo, saliendo de todos triunfador hasta ahora. Pero acabo de ver la miserable tumba de muchos Reyes juntos y, ¿quién sabe? Hay que contar con que, á pesar de la soberbia con que se levanta entre las rocas el gigante monstruoso, puede Dios despedazar su frente coronada y trocar su orgullo en miserables ruinas...

Llegamos á una estación, y el mozo de ella dijo: ¡Dos minutos de parada!—Se bajó mucha gente á tomar algo y antes, mucho antes de que pudieran concluir, gritan:—¡Señores viajeros, al tren!...—Aquí tenemos dos minutos transformados en medio, con lo que la gente se da buena prisa á subir. Pensando luego en cuándo vendría el tunel, nos encajamos en él, sepultándonos en grande oscuridad. Las estaciones iban estando iluminadas con

luz artificial, porque, á todo esto, el Sol se había ocultado entre las montañas.

—

Como las horas que pasé en el Escorial se fueron como un sueño, cabizbajo bajé á la estación y aún más cabizbajo contemplaba el paisaje desde la ventanilla del tren, á pesar del aire fresco y agradable que venía á azotar mi cara. Como sin luz no hay colores, porque el color no es otra cosa que la descomposición de la luz, todo el suelo se encontraba ya sin matices; pardo todo; á medida que el Sol se hundía en los abismos, la sierra, la corona de los campos, iba perdiendo su tinte hermoso; y el blanco velo que envolvía su cabeza antes, la nieve que la cubre, iba tomando tintes rojos, de sangre, como si perdiera la inocencia y se volviera criminal. Ya los pájaros volaban en dirección á sus nidos; el mundo entero se entregaba á la dulce hora de la oración; todo lo tranquilo desaparecía; todo lo soberbio, al contrario, se levantaba aterrador. Rocas, pedruscos, montes, árboles..., todo parecía negro; todo se asemejaba á esqueletos enormes petrificados; calaveras, huesos, picos y mandíbulas que se alzan amenazadores. Aquel arroyo que antes se deslizaba por las peñas, como sierpe de plata, como conjunto de gotas de rocío caídas del cáliz de una flor, pa-

reciendo con su suave murmullo que lloraba, y lloraba, por haber perdido su tranquilo hogar y no encontrar otro, teniendo que caminar siempre como el judío errante hasta su muerte en el Mar, ahora parece, herido por los últimos rayos del Sol, arroyo de sangre, vertida por aquellos monstruos que le rodean. ¡Oh, qué lástima! Vuelvo la cabeza con dolor porque un velo sombrío cubre mi corazón angustiado; mucho más cuando allá, á lo lejos, veo aún el cimborrio del Monasterio, en medio de aquellas montañas, como gladiador que, después de la lucha, sus miembros fuertes al descanso entrega. Ya nos despedimos para algún tiempo de él.

Fué muy divertido, en fin, y aprovechado el día; y cuando por la noche llegué á mi casa, no tenía palabras para expresar mi asombro ante tanta maravilla.

RICARDO.—MANOLO.

## EXCURSIÓN ALREDEDOR DE MI CUARTO

Se acaba de dormir mi hermanito el más pequeño, y me hallo contemplándole; á sus labios asoma la sonrisa propia de los niños de su edad,

que da á conocer á los mayores el candor de la inocencia. ¡Quién pudiera desechar la malicia que tenemos ya á los once años!... Pero estos recuerdos me hacen siempre llorar; avancemos. Colgado en la pared veo un cuadro del ilustre pintor señor Martínez del Rincón:—¡Pobre amigo nuestro, respetable y querido! Dios dispuso de él hace un mes, cuando aún era joven y, desde hace años, Director general de las Escuelas de Artes y Oficios.—*Una victoria más*, se llama el cuadro, y tiene buena explicación su título: representa un oficial de los *Tercios de Flandes*, ejército español, famoso, del siglo XVI; este oficial vuelve de la guerra victorioso; se encuentra á una vendimiodora y la dice amores, porque es muy guapa; y como ella le diría que sí, por la expresión que tiene, resulta que para el oficial es ésta *una victoria más*.

Sigamos adelante. No nos paremos ante los dibujos hechos por mí, porque nada tienen de particular para nadie, si se exceptúa mi madre. *La Perla*, de Rafael, reproducción en cromo del célebre cuadro que existe en nuestro Museo de Pinturas con el mismo título, colgado enfrente del anterior, me hace pensar en que la mayor parte de las pinturas que ahora gustan, y se hacen por consecuencia, no quitándolas su mérito, para nada

sirven y nada valen, comparándolas con estas hermosas obras de arte de tanto estudio; todo se vuelve ahora chulas y toreros, y nadie suele fijarse mucho en el dibujo; nada más que en ver si relucen bien los majos de vestidos y pañuelos; hablo de la generalidad, porque tenemos pintores muy buenos que estudian mucho: tales como Domínguez, Madrazo, Amérigo, Hispaleto, Maureta, Moreno Carbonero, Muñóz Degrain, Pradilla, Vera, y los recientemente muertos Plasencia y Casado del Alisal... Todos cuantos sienten el arte en su cerebro y saben pintar, copian tu *Perla*, Rafael; si se levantara por un momento la losa de la tumba que encierra las cenizas tuyas y pudieras salir de allí en cuerpo y alma, dirías, al ver estas imitaciones:—No os empeñéis en lo imposible, pobres gentes. ¿Cómo habéis de llegar á donde yo llegué?—¿Pero, qué estoy yo diciendo, divino Rafael? Eso es rebajarte, y rebajarte mucho; no cabe en cabeza humana que tú pensaras así; eso se queda para los fatuos, porque ante todo mérito está el *sólo sé que no sé nada*; y si, lo que no es posible, resucitaras, bien seguro estoy de que no vendrías de nuevo al mundo con ese aire de fatuo, de presumido.

Dirijamos la vista á otra parte: un nuevo cro-mo, representando *La vuelta del torneo*, veo en

otra pared: dos criados traen á su amo medio muerto: vienen del torneo; otro criado sostiene el cortinón para que le pasen los primeros á su cuarto; otro, aún detrás, con la lanza y el casco; les acompaña un hermoso mastín; el cuadro este resulta muy bonito y revela lo que sería una escena de aquellas luchas semibárbaras que para probar, de modo bien atroz, la fuerza bruta, más que la destreza, se verificaban durante la Edad Media, en tiempos del feudalismo.

Enfrente de este cuadro se halla otro, en asunto bien distinto, pues que figura ó representa la Santa Cena; la última comida que hizo nuestro Dios hecho hombre con sus discípulos. La figura más notable es Judas, á quien el autor del original logró darle en la cara la expresión más hipócrita que soñarse puede; en la figura de Jesús, naturalmente, todo lo contrario; aparece en su fisonomía la mansedumbre, el amor, la nobleza... ¡Qué ideas de religión asaltan mi cerebro al fijarme en el cuadro éste!... Discurremos un poco sobre ello... Pero me siento sin fuerzas, y voy á sentarme... ¡Ay, Dios! No puedo más; me rinde la fatiga: ¿quieres descansar conmigo, amigo mío? El sueño me avasalla; ya has visto mi pequeño museo casero; buenas noches, y á dormir.

Dormí bien anoche, después de excursión tan fatigosa; hace un rato que vine al colegio y, recordando cuanto presenciábamos, escribí este articulito.

JUSTO.

## BARRIOS BAJOS DE MADRID

¡De todo es bueno observar! Y para saber algo, es necesario ver mucho.

Llaman en Madrid *Barrios bajos* al conjunto de calles habitadas regularmente por la pobreza y gente chula; y como ofrece gran interés, para el que no lo haya visto, saber cómo viven en estos barrios, os contaré una de nuestras excursiones por sus calles.

Caminábamos lentamente para abarcar al paso con la vista la multitud de casuchas viejísimas, destartaladas, de un solo piso, con ventanillo sin cristales, únicas que por allí se ven. Quitando si algún humilde tiesto de albahaca ó claveles adorna la ventana, nada de lujo se puede admirar; que todo son sucias paredes, blancas en otros tiempos, y maderas carcomidas; el suelo un lodazal continuo, como si nunca lo hubieran barri-

do. Todo estaba lleno de chiquillos que chillaban con fuerza, jugando, tirados en el suelo y hasta revolcándose en él, con los pies desnudos, tostados por el Sol, llenos de barro el cuerpo y de pingajos la ropa, con el pelo desgredado, con iluminaciones amarillentas colgándoles de las narices. La madre, dentro de aquellas casucas, con la puerta abierta de par en par, guisando la comida, cosiendo, envolviendo á otros niños más pequeñitos. Chicos mayores saliendo de la escuela y haciendo á la puerta de la misma una operación algo sucia. Me llama á mí la atención que haya tanta gente pobre que sea poco limpia; porque ¿cuesta acaso cuartos el agua? ¿No nos la ha dado Dios para que la aprovechemos? A más de que no hay cosa más fea que ser sucios. Se ve la dejadez en estas gentes, por regla general: el pelo colgando, sin peinar; la cara y manos sin lavar en no sé cuántos días. Hay algunos niños que serían, más que bonitos, encantadores, si estuvieran bien cuidados. Por aquí nos enseña mi maestro higiene, buenas costumbres y caridad cristiana.—¡Si tuviera yo dinero!...—dice cada vez que observa una de estas inocentes criaturas, medio abandonadas en la calle.

Pero allí veo un cuartucho largo y estrecho, con mesas toscas, sucias, y lleno de humo negruzco:

¡qué mal olor á guisos *desaguisados* sale de su puerta! Es una tienda de vinos, ó taberna, con honores de *restaurador*.

Allí dentro se ven, entre la negrura del humo que lo envuelve todo, fumadores y bebedores que tienen en su mayoría trazas de cualquier cosa, mezclados con algún infeliz barrendero, mozo de cuerda, etc.: unos con la *querida botella* al pico, otros con el sombrero *torció pa un lao*, otros contemplando el vaso como si fuera una imagen, y algunos comiendo muy poco á poco (como si temieran que se les acabara) la triste sardina y el cacho de pan. En el fondo veo una pequeña mesa, sobre la que descansa un plato de *callos y caracoles*, velado por una botella de encarnado vino; madre é hijo comen sentados á ella; el chico zampa á dos carrillos y la madre le mira con estúpida alegría. ¡No sabrá expresar de otro modo su cariño, la pobre! ¡Alguno que otro hombre entra en la taberna, se acerca al mostrador y pide *una copa*; allí está la tabernera para despacharle, con su mandilón sucio; coge un vaso, lo mete en un barreño de agua... fresca, lo limpia con dos dedos por dentro y por fuera, y sirve allí al parroquiano.

Seguimos marchando. ¡Pronto encontramos otro *tipo*! Un aficionado á los toros: apura en el lado derecho de su boca una colilla, y escupe por el iz-

quierdo de vez en cuando; ojos bailones, nariz afilada, expresión de todo menos de valiente, pantalón oprimido, chaquetita corta, sombrero de ala ancha y tiesa... Era de éstos que jamás han visto un toro, que son capaces de torear á un buey unido á la carreta, y con capa negra para llamarle bien la atención; que alargan, si acaso, las banderillas desde barreras á los verdaderos toreros; ó mejor aún, que no vieron la plaza de toros en su vida sino pintada en las cajas de cerillas. Un bobalicón le escucha con la boca abierta, como si por ella fueran á entrar á raudales cosas apetitosas:—*¡Miusté, compare. Cuando sale er bicho al redondé, ya sé yo si va á embesti alto ó bajo; si va á asustá á Madril entero con un bramio ó si se va á tumbá en la arena como isiendo:—No estoy yo pa bromaz!*—Como yo no soy aficionado á los toros, y mucho menos al lenguaje de estos chulillos de mala sombra, dejé de escuchar su conversación y seguí mi camino con el maestro querido y mis compañeros. Tropezamos luego con un vendedor de piñones y otras cosas, que tenía puesta su mercancía sobre un paño, al Sol. Allí había cacahuet, *torraos*, avellanas, piñones, higos, chufas, *tramu-ses* y otros *manjares exquisitos* para nosotros, los muchachos; comerciaba aun con pasas, y el pobre hombre estaba hecho una ídem: era ancianito,

con el rostro lleno de arrugas, y apenas podía echar el habla del cuerpo para decir:—¡A perro chico el cuarterón de higos!—

Allí veo una triste mesilla, y tras ella, sentada en cuclillas, una mujercuela de mala facha, delgaducha como el espíritu de la golosina; hay sobre la mesa paquetitos de dinero en calderilla y los mira con ambición desmedida, con apetito desordenado; la llaman por allí *cambianta* porque toma plata y da en cambio calderilla á quien lo necesita; pero nadie puede ver á la mayor parte de estas mujeres; es que roban al prójimo; son como sanguijuelas; chupan la sangre. Figuraos que se encuentra un padre de aquellos pobres habitantes de Madrid sin pan ó sin medicinas para sus hijitos; vacila en un principio, mas como no ha de dejar que se mueran aquellos á quienes dió el ser, se decide y va á pedir dinero prestado á una *cambianta*. ¡Miserable dinero! Si pide veinte, á las dos semanas tiene que entregarle cuarenta. ¡Así está el pobre trabajador! Por esto, cuando pasamos junto á la citada mesa, aparté la vista con horror, por si la *cambianta* era de las que digo, sintiendo así como las gallinas cuando ven al gavilán que se aproxima, que aun sabiendo es mil veces más poderoso el enemigo, protegen lo primero con las alas á sus hijos, como diciendo: — ¡Aunque me

mates á mí, no consentiré, mientras viva, que mates á mis hijos!—

Más arriba, en otra calle, una vieja toca la vihuela destemplada y canta con voz cascada; á cada puerta se pára pidiendo limosna. «¡Dios la ampare, hermana!» suelen decirla; pues un pobre, aunque quiera, muchas veces no puede socorrer á otro. Y tampoco deja de haber alguien que dice al verla pasar:—Yo no la puedo dar, porque necesito la *probeza* mía para mis chicos; y además á estos pobres de Madrid no se les puede dar limosna, porque hay algunos que tienen muchos cuartos y piden sólo por vicio.—

—¡*Chuletas de huerta, calentitas!*—pregonan allá arriba; son patatas asadas. Castañeras, churreras... toda una marea de ordinario aspecto; y algunas veces, sin embargo de esto, *chulas* vemos pasar con más garbo y salero que ninguna señorita remilgada, y con más lujo encima que un ministro. Dicen que algunas de estas mujeres son tan caritativas y religiosas, que se gastan una fortuna en hacer buenas obras.

Resulta muy bonita y distraída una visita á los barrios bajos de Madrid y, además, muy educativa: que siempre es conveniente estudiar tipos y costumbres populares.

## EL CAMPAMENTO

Para acostumar á los soldados al sufrimiento de la guerra y para adiestrarlos bien en las luchas, el Capitán general de Madrid ha dispuesto que vayan este mes de Mayo al Campamento, distante de aquí una legua ó legua y media, para que verifiquen simulacros ó fingidos combates. Y como quiera que ofrece mucho interés el saber cómo se dispone hoy día un campamento entre nosotros, y qué maniobras son las que se hacen en campaña, allí nos fuimos á estudiar un día entero, y os contaré lo que vi.

Cuando ya nos íbamos aproximando, presentaba aquello las apariencias de una gran bandada de palomas blancas descansando en tierra firme. Para poder examinar bien el Campamento es necesario estar encima y verlo parte por parte; y por eso empiezo á contaros los detalles, en lugar del conjunto. En sitio avanzado, á la entrada, hay dos cuarteles: uno de infantería y otro de artillería; en este último hay parapetos, que son paredones contruídos con paja y arena, para defender el cuerpo de los artilleros que hacen descargas de-

trás de ellos; la paja, la arena, la lana, cubren de las balas del enemigo. Muchos cañones de diferentes sistemas, y uno curiosísimo: tiene á los lados dos cilindros de aire comprimido; cuando va á hacer una descarga, le levantan los cilindros y ellos mismos le bajan y esconden en cuanto se verifica la descarga; es para que no pueda hacerle puntería el enemigo. Hay otros cañones de gran tamaño, de dos á cuatro metros de largo, que están montados sobre altas torrecillas, pendiendo del centro de ellas unas cadenas que sirven para manejar el cañón; otros se cargan por máquinas, por ser los proyectiles muy grandes, casi imposibles de manejar á mano; hay vías férreas y vagonetas que marchan sobre ellas hasta el pie de los cañones para conducir las municiones; cilindros para apisonar el suelo; carros con rollos de alambre para montar vías telegráficas y telefónicas. ¿Quién se atrevería, con tantos cañones, á entrar por allí en la plaza que figuran quieren asaltar? Con tan buena defensa, mentira parece. ¡Bien resguardada está la entrada! Pues por la parte del cuartel de infantería tampoco hay mala defensa: cañones en gran número y parapetos. Es muy difícil así entrar en una plaza, con tales avanzadas.

En seguida que se pasan estos cuarteles se di-

visan las tiendas de campaña con banderas de la *Cruz Roja*, casi al pie de los cañones, y otras con banderas azules y blancas; estas tiendas las ocupan individuos paisanos, de una institución que, por caridad nada más, hacen el beneficio de recoger los heridos que van cayendo y llevarlos á la ambulancia, ó sea á los carros del ejército que los conduce al hospital. Más allá las tiendas de los músicos, que no se diferencian en nada de las otras de los soldados; estas últimas están colocadas en dos hileras, haciendo en el medio una calle ancha y despejada, que presenta buen golpe de vista; aún detrás de todo esto, están las tiendas de los oficiales, que ya son distintas, teniendo un toldito sobre la puerta para que no les moleste el Sol. Los soldados tienen por cama un jergón y la manta; los oficiales, un catre; pero cuando están en campaña, ni esto siquiera; sino que tienen que dormir en el suelo. Luego unas casitas fabricadas á la ligera con ladrillos y maderas: son las cocinas del Campamento.

Todo cuanto dije se refiere sólo á un batallón; en la misma disposición estaban acampados los demás que hacían maniobras: Manila, Puerto Rico, Arapiles, etc. Tras ellos había trincheras y zanjas abiertas en el suelo para resguardarse más. En el espacio ó hueco que dejan en medio

los distintos cuerpos acampados, está situado el Estado Mayor, que ocupa cinco tiendas de campaña más grandes: una, la mejor de todas, que es la del General, con cama pequeña de colchón de muelles, un lavabo pequeñito, dos perchas, la mesilla de noche y tres ó cuatro sillas; otra tienda es el despacho del General, con mesa, mecedoras y escribanía; otra es el comedor, donde, además de comer, están las horas de descanso; las otras dos las ocupaban los ayudantes del General, con dos camas, lavabo y mecedoras. El Estado Mayor estaba cercado por unas cuerdas que se sujetan con estacas; á la puerta de esta cerca hay un palo muy alto, con la bandera española enarbolada; al pasar por allí no pude menos de llenarme de respeto y descubrirme con entusiasmo.

En unos montecillos, detrás del Estado Mayor, rodeado de trincheras formadas de canastos de arena, se eleva una torrecilla de ladrillos, y sobre ella colocado un gran cañón giratorio, del sistema Krup; delante del cañón, una trinchera en alto, para ocultar la pieza y los artilleros de la vista del enemigo; la base del montecillo, sobre el cual se levanta la torrecilla, rodeada de cardos y malezas para que se pinche quien intente subir. Subimos nosotros á ella sin pincharnos, y desde allí pudimos ver bien todo el Campamento, que pre-

sentaba una vista preciosa. A lo lejos vimos las tiendas de Sanidad Militar, de color muy oscuro; son de mayor tamaño que ninguna otra, y siempre tienen una banderita puesta; cuando luego las vimos por dentro, observamos que había camillas y botiquines, porque aquellas tiendas son los hospitales de sangre en campaña; los heridos siempre permanecen en ellas; una es donde duermen todos los de Sanidad Militar que no han de hacer guardia.

Por todos lados hay trincheras y zanjas de sorpresa, que es donde se esconden los soldados para coger de improviso al enemigo, unas veces; y otras las llenan de pinchos y las cubren ligeramente con tablillas y tierra encima, hundiéndose en cuanto pisa allí quien no sabe que hay tal zanja abierta. A unos cuarenta pasos de las tiendas de campaña hay otras que son muy pequeñitas y que sirven de garitas á los centinelas del Campamento. Algo más lejos vimos grandes planchas de hierro, todas agujereadas, á pesar de su espesor; son piezas que ponen allí para probar la penetración del proyectil disparado por un cañón, porque aquella es la Escuela práctica de tiro. Muchísimo más lejos, á cinco ó seis kilómetros, se veían unos bastidores muy grandes, con soldados de caballería pintados; era *el blanco* de la artillería, para

cuando hacen ejercicio de tiro. El campo que para los mismos ejercicios dedican á la fusilería, es magnífico; tiene mucha extensión; y además de él hay una galería en que pueden tirar hasta cien hombres.

Como cuando llegamos eran ya las nueve de la mañana, los soldados habían dejado de trabajar y estaban paseándose por allí; por lo cual, antes de ver maniobrar, tuvimos tiempo de visitarlo todo y aun de jugar á la pelota y saltar por allí, después de comer. Daba gusto ver tanto soldado en traje de marcha, con sus polainas, la mochila, la bota de vino, la bayoneta colgada y en alpargatas. Todos estaban cubiertos de polvo, llenos de sudor; pero siempre, la mayor parte de ellos, con esa sonrisa maliciosa que suele tener el soldado en los labios; alegres y satisfechos, á juzgar por sus demostraciones.

A las tres, por fin, tocaron, y todo el mundo se puso en movimiento; cada cual corrió á su puesto.

#### LOS EJERCICIOS

A cosa de un kilómetro de distancia de la tienda del General, estaba el batallón de Arapiles ejercitándose al tiro al blanco; dicen que son bue-

nos tiradores todos los soldados de este batallón; yo observé que se les marcha pocas veces la puntería, pero esto no basta para juzgar, pues no tuve ocasión de compararles con otros. Tenían los blancos á 800 metros de distancia; tiraban unos de pie, otros sentados en el suelo, y otros echados; cada uno hacía diez descargas; cuando alguno pegaba en el blanco, aparecía pequeña banderita. Fuimos á ver los blancos: sobre una cuestecilla ó terraplén de arena, hay unos bastidores con redondeles negros, muy grandes; delante del terraplén, una zanja abierta; y dentro de ella, dando frente á los blancos, un soldado, que es quien levanta la banderilla cuando dan en el blanco; está allí escondido para que no le peguen con las balas. Y, á propósito de éstas, observé diferencias grandes en las que se dirigían al blanco: unas silban, al cortar el aire, de un modo muy particular, como los cohetes; otras, mucho antes de llegar al blanco, rozan el suelo, levantan una nubecilla de polvo y así van rebotando hasta que se les quita la fuerza y paran: son las que van cortas; otras aún, pasan por encima de los bastidores y ni siquiera les rozan: éstas van largas. Luego que tiraron así, uno á uno, largo rato, se pusieron en filas para hacer descargas todos juntos; duró mucho este segundo ejercicio, y yo disfruté bastante durante él; hasta

que ya, de tanto ruido y humo de las descargas, nos pareció conveniente retirarnos de allí para ir á ver lo que hacían otros batallones, pues el humo ni aun nos dejaba ver un soldado á dos metros de distancia.

Todo el campo de maniobras estaba lleno de oficiales que iban acompañados de los soldados de un punto á otro. Nos acercamos al regimiento de Manila, que marchaba en líneas de fondo muy largas; de pronto sonó un toque; oficiales y soldados desplegaron en guerrillas, ó sea en pequeños pelotones; hacían tres escalones estas guerrillas y al final de ellas quedaba aún gran refuerzo de tropas en línea para las necesidades; más lejos la tropa de reserva, para cuando es necesario reemplazar las bajas; porque cuando va habiendo muchas de éstas, por heridas y muertes, en un cuerpo ó guerrilla que ataca, empieza á flaquear y es necesario sustituir las bajas. De pronto tocan precipitadamente: es á *fuego rápido*; volvieron á unirse las guerrillas en largas filas y corrieron más que caminaron; de pronto se dejan caer en una zanja de sorpresa y empiezan á hacer fuego; cuando yo los vi caer en la zanja, como lo hicieron con mucha precisión todos, pegué un grito doloroso, pues creí de veras que se habían matado algunos.

A todo esto el batallón de Puerto Rico maniobraba también; tocaron para dar una carga á la bayoneta, cosa muy bonita por cierto, y expuesta para los pobrecillos soldados. El General estaba junto á la torrecilla, á caballo, mirando con los anteojos de campaña cuanto hacían unos y otros, y se reía. Las músicas tocaban pasos dobles y otras piezas ligeras para animar á los que maniobraban. Cada vez se iba haciendo todo aquello más bonito é interesante, resultando encantador; obedecían todos y ejecutaban las órdenes sin miedo, con gran valor. Al toque de «¡fuego!» un regimiento se ordenó en tres filas: los primeros tendidos á la larga; los segundos, detrás, de rodillas; los otros de pie; hacen las descargas, así, en tres líneas y de posturas diferentes por no ofrecer tanto blanco al enemigo y poderle atacar mejor. Tocarón luego retirada, y al paso que iban para atrás, hacían ó formaban cuadros. Es cosa muy terrible para el ataque un cuadro de estos. En el centro de él se colocan los oficiales, con su espada desenvainada, rodeando al abanderado; alrededor, y formando cuadro, tres filas de soldados; los de más afuera presentando siempre la bayoneta, puesta en el fusil, para que en ella se claven los caballos, montados por guerreros que intenten deshacer el cuadro; la otra fila, manejando aún la ba-

yoneta, para matar con ella al jinete; la más interior para disparar contra el cuerpo que se acerque; adentro, con los oficiales, la música. Se vió á lo lejos venir un cuerpo de caballería á dar una carga; en seguida se formó el cuadro para resistirla; todo el afán del que ataca es *romper el cuadro*, cosa de gran mérito para el militar; esto es, abrir una brecha por donde entrar y desbaratarle; pero me llené de gozo al pensar que en aquellas bayonetas españolas se queda casi siempre clavada la caballería extranjera.

Más ejercicios hicieron aún; pero con los dichos basta para formar idea de lo que será la guerra moderna. Cuando presenciaba todo esto, se me estaba incendiando la sangre, viendo ejercicios tan sublimes, admirablemente ejecutados; y estaba bendiciendo á España por lo bajo, muy contento de haber nacido en ella, porque España es la Habana, mi patria querida, y nunca me pesará llamarme español.

Un detalle para concluir: los soldados de infantería se extienden y colocan las tiendas de campaña ellos solitos, y no necesitan ayuda de ingenieros ni de nadie, como les sucedía á los soldados romanos.

RODOLFO.

## EL ENTIERRO DE UN GRAN HOMBRE

Las calles de Almagro y Hortaleza están llenas de gente; en la Puerta del Sol también abunda; los chicos subidos al pilón de la fuente, á los faroles y á las rejas. Todos los balcones llenos de señoras; la tropa cubriendo la carrera... ¿Qué es?, preguntamos al pasar.—El entierro del general Jovellar.—Aguardamos á que pasara.—¡Ya viene!—gritó la gente echándose fuera de las aceras y mirando con gran curiosidad hacia arriba. Un piquete de guardias civiles de á caballo, todos en fondo, pasan por fin, y las gentes vuelven á meterse en las aceras, porque venían abriendo paso. Luego vimos un Brigadier dando órdenes á los jefes de la carrera, con un pequeño corneta al lado, que no le quitaba ojo; un regimiento de infantería con su banda de música, que tocaba una marcha fúnebre, iba detrás; los dos caballos que montaba el difunto, cubiertos con un velo negro ó crespón, en señal de luto, llevados de las riendas por dos asistentes; luego un coche, carretela descubierta, lleno de coronas muy bonitas y de

gran valor algunas, todas con grandes cintas y letras doradas. Detrás el armón de un cañón, arrastrado por ocho mulos fuertes, y encima de él colocada la caja que encerraba el cadáver del General, caja muy buena, de zinc. Detrás ministros y marqueses, sacerdotes revestidos y militares de uniforme; otro coche lleno de coronas; tropa, mucha tropa de todas clases; cada regimiento con su música y todas tocando marchas fúnebres: cosas tristes. Detrás muchos coches, lo menos 200: de Palacio, de gran gala; del Congreso, del Senado, dos ó tres cubiertos sus faroles con gasas negras en señal de luto, porque eran de la propiedad del pobre Jovellar; casi todos *de respeto*, ó sin gente dentro, que es lo mismo.

Viendo pasar este entierro, y recordando los no menos lujosos y bonitos de Gayarre, Ducazcal, etcétera, pensé: «Para éste, tantos personajes de alta categoría, tanto bombo y lujo, y para el pobre... su perro, que le sigue, y nadie que le acompañe á la última morada; y gracias si algún transeunte se digna quitarse el sombrero al cruzar junto al féretro ó rezarle un Padrenuestro al verle pasar... Así es el mundo; unos tanto y otros tan poco; pero si esto es al despedirse de la Tierra, no sucede lo mismo al llegar al Cielo, en donde el Rey y el pordiosero son recibidos del mismo modo.»

Luego pensé también en que á veces no es malo se hagan estas diferencias, porque tampoco sería justo enterrar como á un cualquiera á quien por su valor, talento, industria ú honradez se supo colocar á gran altura en este mundo.

RICARDO.

## LA CASA DE CAMPO

La Casa de Campo es un sitio que pertenece al patrimonio de la Corona; es decir, un sitio real; una hermosa posesión de los reyes de España. Para entrar en él se necesita papeleta. Toda la citada finca está llena de hermosos árboles, casitas y un gran estanque, donde están siempre pescando y nunca pescan nada. ¿Habéis ido allí en las mañanitas de Primavera? Pues si no lo habéis hecho, os perdisteis gran cosa. Por donde quiera que se pone el pie se siente mucho gozo. Las flores llenan la atmósfera de olores penetrantes, perfumes que embargan los sentidos; los pájaros saltan de rama en rama lanzando sus gorjeos, y cuando imprimen en las ramas el balanceo que con frecuencia se observa en ellas, parecen moverse, porque la dulzura y majestad del canto llega hasta lo profundo

del membrudo cuerpo del árbol, estremeciéndose de gusto; que cada nota es un suspiro, una plegaria misteriosa que llega al corazón. Al fijarse el Sol naciente en las florecillas del campo cubierto de verde, quiere darlas más espléndida hermosura y las baña con su luz, y hace en ellas preciosos cambiantes de tonos de color, dignos de la inspiración de un poeta, un músico, un pintor. Tan hermosa está aquella quinta en las mañanas de Primavera, que puede ser que un ateo, si se le pudiera trasladar allí á contemplar todo esto y la manera misteriosa como brotan hojas, ramas y frutos en los árboles, se postrara de rodillas y dijera: «¡Creo en ti, Dios mío!» Mucho más aún si se le llevara á la ermita adonde nosotros oímos misa cuando vamos algún domingo. A la puerta hay dos tilos cuyas entrelazadas ramas forman una red. ¡Encantador es entrar en ella cuando está empezada la misa! La pequeña nave, bien cuidada y respirando pureza, con buenas alhajas, todo azul, blanco y dorado, atravesada por dos bancos, ocupados por los guardas de la finca aquella, con sus anchas bandoleras blancas y sus vueltas del traje rojas, oyendo toda la misa de rodillas, con la sencillez propia de la gente trabajadora en general, que sólo piensa allí en Dios y espera en Él, dirigiéndole plegarias en que le pide fuerzas para

trabajar. Y Dios les escucha, y desde el Cielo bendice aquellos espíritus y corazones sencillos; aquellas manos encallecidas por el trabajo honrado. Me recuerda esto las costumbres que me han dicho tenían los antiguos: todo el mundo que iba á la iglesia, oía misa con fervor; ahora la casa de Dios suele convertirse en sitio de reunión. El que oye misa de doce, por ejemplo, en San José ó las Calatravas, ó de dos en el Buen Suceso, suele ir para que le vean que es elegante y fino; para quedar con su novia citado para la tarde, ó cosa así. Y lo mismo ellas: hacen la pamema de que oyen misa, y basta. ¿Por qué habrá tantos hipócritas? Mejor sería que no fueran á la iglesia para eso.

Un buen ejemplar para conmover el corazón de alguno de estos desdichados, sería llevarles á la Casa de Campo para que vieran aquello tan curioso: la verdadera fe cristiana. Al través de los ojos de aquellos hombres humildes se ve un mundo de alegría y de pureza; y mientras dura la misa parece como si un ángel cubriera con sus alas la ermita. Mientras el sacerdote, ya anciano, eleva la Hostia Sagrada, con sus manos, que en aquel momento son santas, ninguna cabeza se levanta; nadie se cree autorizado para mirar frente á frente tanta grandeza. En la pared hay colgada una corona de florecillas del campo, con largas cintas ne-

gras; un día levanté las cintas y leí la dedicatoria, me estremecí de dolor. ¡Qué sencilla inscripción! *Los trabajadores de la Casa de Campo á su querido rey D. Alfonso XII.* Ejemplo de unos pobres jornaleros que le regalan á su Rey muerto flores del campo... Mucho menos efecto produciría si fuera la corona de hermosas y caras camelias. Si á la Reina algún día la dieran ganas de entrar en esta capillita y leyera aquella sencilla inscripción, dos gruesas lágrimas caerían sobre sus mejillas...

Acabada la misa, cada guarda se marcha por su lado: unos montados en borriquillos, otros á caballo, otros á pie, todos con su escopeta, alegres porque han cumplido con Dios y su conciencia, á cumplir lo mismo con sus amos.

MANOLO Y RODOLFO.

## LA VIDA ES SUEÑO

En las excursiones que con frecuencia hacemos al teatro Español, el único ya donde se representan las comedias y dramas verdaderamente españoles por su género y hermosura, he tenido ocasión de ver representar la obra más célebre de Calderón de la Barca, hombre grande hasta el

extremo, titulada *La vida es sueño*. El teatro se llena de bote en bote cuando los carteles anuncian esta función, porque aunque es drama muy antiguo, las verdaderas obras de arte siempre gustan, y todo el mundo las admira un siglo y otro siglo; yo mismo, que por mi corta edad no entiendo bien su gran mérito, pues los niños, por falta de desarrollo en la inteligencia, no tenemos bien formado el gusto, me encanto por completo viendo *La vida es sueño*, y más me gusta cuanto más la escucho.

En un desfiladero ó camino natural que forman dos montañas al juntarse, aparece una gruta rodeada por todas partes de peñascos grandes; y en ella oculto, tirado sobre paja y con cadenas atado, un joven, hijo heredero del rey de Polonia, llamado Segismundo. No está allí por ser malo: su historia es bien triste: antes de darle á luz, su madre tuvo un sueño en que creyó averiguar que iba á ser Segismundo un criminal muy grande, y que cuando gobernara lo iba á hacer muy mal y con mucha crueldad. Quiso la mala suerte del príncipe que, al nacer él, muriera su madre, con lo que el Rey creyó eran ciertos los sueños de la difunta y determinó hacer desaparecer al niño, para librarse así de aquel monstruo; lo mandó llevar á la cueva de que hablé antes, y allí vivió siempre,

como un perro, sin que nadie supiera dónde estaba, ni si vivía ya siquiera, pues nadie podía penetrar en aquel desfiladero sin morir al punto, porque no se supiera el secreto.

Un día se siente el padre viejo y enfermo; hace venir de otras tierras á dos sobrinos que tenía, y les anuncia deben casarse para cederles él después su reino, pero que antes es preciso conozcan un secreto; y les cuenta lo que ya sabéis vosotros: la historia de Segismundo.—Ahora quiero cumplir como buen padre—sigue;—le haré traer dormido á palacio por que crea que sueña cuando vea todo esto; y si gobierna bien durante un día, él será vuestro Rey; pero si se cumple lo que señalaron las estrellas, entonces volverá para siempre á la cueva, y vosotros reinaréis.—

En efecto: al día siguiente llevan á Segismundo á palacio y lo colocan, aún dormido, en la cama del Rey su padre; para que no se despierte en el camino le dieron la noche antes un líquido á propósito, ó *narcótico*. ¡Figuraos la sorpresa tan grande que experimentaría al verse en aquel sitio, tan ricamente vestido y rodeado de tantas gentes que le hacían la corte! Pero pronto le sube la amargura del corazón á la cabeza y comprende lo mal que se han portado con él, puesto que siendo príncipe heredero, hasta su propio padre le tiene

abandonado y acaso olvidado en una cueva, con cadenas, siendo inocente; la cólera estalla allí dentro y quiere matar á todos, tirando á un criado por la ventana. El padre cree firmemente que todo aquello es muy natural, puesto que, según sus creencias religiosas y científicas, las estrellas no mienten y habían dicho de su hijo, antes de nacer, que sería un monstruo y un mal gobernador. Le manda de nuevo encarcelar, y cede la corona á su sobrino.

Segismundo aparece de nuevo en la gruta; y como al despertar otra vez se encuentra en el mismo ser y estado que estuvo siempre, y no puede recordar cómo fué trasladado al palacio de su padre, cree que fué un sueño cuanto le sucedió el día anterior, aunque, por otra parte, le parece realidad.—De todos modos—dice reflexionando,—puesto que la vida no es más que un sueño y puedo ser Rey de nuevo cuando esté soñando, necesito, si llega el caso, obrar bien y no ser tan cruel. — Cuando está así discurriendo, unos guerreros de su padre vienen á romperle las cadenas y á proclamarle Rey, pues lo creían más justo que no dejarse gobernar por su primo, con menos derechos que él al trono. Sale al frente de las tropas, y vence al primo; su propio padre es cogido prisionero; pero él, después de dar buenos consejos

á todos y de decir cuán mal hicieron en criarle así, perdona á todos, y el reino, Segismundo y Basilio, su padre, quedan tranquilos y viven felices.

Es hermosísima esta obra; y luego, como tan bien la interpretan los señores actores del Español, resulta más bonita todavía. D. Ricardo Calvo, el director de escena, nuestro mejor actor dramático—muy querido amigo y protector de vuestros servidores, como de todo el que quiere ilustrarse,—declama muy bien, trabajando siempre con mucha naturalidad, porque, como gran actor, se apropia por completo de los papeles que representa. Se caracteriza tan bien, que al verle en el primer acto de *La vida es sueño*, no hay que preguntar á quién representa: es un hombre sin roce social alguno, criado entre riscos y entre fieras, con traje de pieles sin curtir, las greñas como si sobre ellas no hubiera pasado nunca un peine, las barbas sin afeitar nunca, oliendo á monte y á semisalvajismo en sus modales; parece una fiera enteramente. En el segundo acto, por el contrario, peinadas y rizadas las rubias melenas, afeitaditas y arregladas las barbas, con su traje tan bonito, está muy guapo, resultando su figura arrogante y simpática. Yo le he visto representar en muchas obras á D. Ricardo Calvo y, sin embargo, en nin-

guna me gusta como en ésta y en *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, en que, sobre todo cuando hace de fraile y lucha con su conciencia, está muy bien; *me resulta*, como dicen los artistas.

Cuando voy al teatro Español y representan alguna obra antigua, de mucha fama, no puedo menos de recordar lo que en las lecciones de la civilización de los pueblos he aprendido. En aquellos días pasados se representaban tan hermosísimas obras en corrales, mientras comían y bebían, como en la plaza de toros hoy, los espectadores ó gentes que lo presenciaban; y si en la representación les parecía mal una cosa, lo avisaban á los *comediantes* tirándoles naranjas, pan, hasta botellas... ¡Qué manera *tan delicada* de apreciar el arte!... Todo el lujo de decoraciones consistía en unas colchas de cama formando una salita; y cuando la escena pasaba en jardín, calle, campo, palacio, etc., lo arreglaban todo poniendo un letrerillo con la indicación necesaria. ¡Ahora, para cualquier mamarrachada, no nos hartamos nunca de decoraciones bonitas y variadas!

La gente que razona bien, se marcha, cuando sus ocupaciones y bolsillo se lo permiten, á admirar tan hermosas funciones, que en nuestro teatro antiguo y moderno abundan mucho, por fortuna, en lugar de concurrir á otros lados. Pero

los que no van al teatro á estudiar y aprender á sentir, sino sólo á divertirse, se marchan á ver *El mismo demonio*, *El monaguillo*, *El señor Luis el tumbón*, *La mujer de papá*, y otras muchas zarzuelillas de hora que á veces son escandalosas y, aunque tengan algo bueno, ni hay en ellas argumento ni moral. De todo conviene ver para hacer estudios comparativos y para estudiar ciertos tipos del pueblo bajo que no suelen concurrir al teatro serio, observando así sus costumbres y dichos; por eso mi querido maestro suele llevarnos alguna vez á Eslava, Apolo, etc. Pero de todos modos, si os es posible concurrir con frecuencia al teatro y queréis seguir el consejo de un buen amigo, os digo que debéis ir más, mucho más, á dramas, comedias y zarzuelas serias, y óperas, que en general enseñan mucho y en todas se puede admirar el arte escénico, que no á esas piececillas insulsas, con las cuales no solemos aprender nosotros, los niños, más que cosas malas.

JUSTO.

## AL MORIR UN NIÑO

Anochece... ¿Qué os pasa á vosotros cuando anochece, amigos míos? ¿No os parece que el espíritu se quiere separar de la materia, pensando en la noble idea del Señor? ¿No os parece, cuando la campana suena tocando el *Ave María*, que retumba en vuestros corazones como si os dieran martillazos, y un movimiento del espíritu os hace decir: «Qué grande es Dios?» ¿Y yo me figuro ver, al través del crepúsculo vespertino, luchar en guerras terribles á los mártires del Cristianismo con los infieles, y confundirse de repente todo en una negra atmósfera que roba los colores á las flores y á los pajarillos. Esta misma hora era; en una triste buhardilla se hallaban madre é hijo, silenciosos: el niño en una pobre cuna de madera, ya muy vieja, envuelto entre trapitos, hermoso como las violetas, muriéndose de frío y de enfermedad á un tiempo. La madre, sollozando, dice al fin:— ¡Hijo de mi alma!— ¡Madre! me muero; me voy al Cielo con Dios, que me ha llamado».—La madre calla, y piensa y tiente al niño, que tiene una fiebre espantosa; se aletarga luego en la misma al-

mohadita de la cuna, rendida por la fatiga y la angustia...

—

Con paso lento ha salido ya la Luna, iluminándolo todo con sus rayos débiles y melancólicos; uno penetra por la ventana y alumbra la cunita. Saliendo de su letargo, dice la madre:—¿Estás mejor, hijo mío?—El niño no responde; blanco está como la azucena, y frío como el mármol; sus labios sonrosados dejan escapar una sonrisa: la sonrisa de la infancia, inocente y pura; la sonrisa del que muere en el Señor. La madre ahogó un grito en su garganta. ¡Qué escena! Ella llorando, él sonriendo. ¡Pobre madre! ¡Dichoso niño! Pero aquella se incorpora de pronto, y una claridad también iluminó su rostro. ¡Qué expresión! En nada se parecía á la de su hijo. ¡Era sombría!... En seguida volvió entristecerse y dijo:—¡No, Dios mío! Sólo debo rezar.—

Un fulgor divino iluminaba este cuadro angelical; la luz de la Luna parecía tejer una corona de rosas sobre la cabecita del muerto, y otra de pasionarias sobre la de la madre. El ángel de la Guarda, con sus alas blancas como la paloma, les velaba. ¡Era aquello la Gloria en la Tierra!

POLI.

## FUNERALES POR LAS VÍCTIMAS

DE CONSUEGRA

Era bonita la vista que presentaba la iglesia de San Isidro, ó sea la catedral de Madrid, en este día; toda enlutada, y en el medio de la grandiosa nave el catafalco de terciopelo negro, todo bordado en oro, rodeado de cirios ó hachones que de vez en cuando chisporroteaban con un sonido seco y áspero. Toda la iglesia colgada de negro, entristeciendo los corazones; en las colgaduras, los símbolos de la muerte: en una el reloj de arena con dos alas, como significando que el tiempo que vivimos se va volando, y con él, naturalmente, la vida. En otra colgadura, el azadón y una antorcha; en otra, la guadaña, como para indicar que la muerte siega nuestras vidas, como los segadores con la guadaña los trigos.

Cuando llegamos ya estaba empezada la fiesta; en el altar mayor los señores curas, revestidos de negro, con ricas casullas que brillaban á los débiles rayos de las velas, pues tenían todas ellas piedras preciosas en abundancia. Los mejores músicos y cantores que había entonces aquí, ayudaban

á celebrar los funerales, todos de caridad, por supuesto. Cantaban el *Requiem* al entrar nosotros, y como lo hacían tan admirablemente y yo iba impresionado con el recuerdo triste, me pareció oír, escuchando la música, el lloro y grito de personas que se estaban ahogando; el crujir de las vigas; caer los techos desplomados, saltar el agua por las ventanas, haciendo mucho ruido y rompiendo los cristales. Sufría mucho, y no podía apartar la vista de los inundados de Consuegra: «¡Horror!—me decía á mí mismo.—¿Dónde está el pueblo de Consuegra, que no le encuentro ya? Las aguas le habrán destruído por completo, pues sólo un barrizal grande hay en su puesto; las aguas del pobre río Amarguillo, de tan escasa importancia, le han arruinado y arrastrado consigo.» Junto á un cadáver de mujer veo un niño desnudito, dando ayes sin dejarlo y diciendo de vez en cuando: —¡Madre mía!—La música tuvo unos compases de calma, y entonces me pareció que este niño me contaba cuanto le había sucedido: estaban en la cama su madre y él cuando el agua entró por el balcón con grande estrépito; por pronto que trataron de salir de allí, no pudieron ya; se hundió al fin el piso; su madre quedó muerta, y él agarradito á una tabla... La música varió de entonaciones y pensé que iba saltando por encima de escombros

y caballos muertos, si quería caminar; por todas partes ropas, cadáveres de hombres y animales, restos de edificios. El río estaba de frente, pero no podía pasar porque el puente se había caído; sudé mucho, y al fin pude trasladarme á la orilla opuesta. ¡Horroroso espectáculo! Parecía aquello las ruinas de una ciudad prehistórica; mucha gente lavando muebles y ropas, medio desnudos; en otro sitio una porción de casillas hechas con maderas viejas; de vez en cuando se oían en la música notas penetrantes y me parecía entonces ver caer las pocas casas que en pie quedaban. Un pobre fraile, con un vaso santo en la mano, se cae de gran altura; el agua penetra en los templos; los guardias civiles salvando gentes por todos lados. Y en medio de tanta desgracia, la Caridad: muchos carros llegan con víveres, ó alimentos, y vestidos, para los que viven y quedan en la miseria...

Todo esto lo veo con los ojos del alma, oyendo el hermoso *Requiem*, y nada me distrae la imaginación de tal escena de muerte. ¡Pobre Consuegra! ¡Triste es tu historia! Quedar destruída en una noche por el río que te fecundaba, arrastrando sus aguas mansas y escasas por los campos de tu pertenencia!

Es necesario tener compasión de los inundados.

RODOLFO.

## VIAJE Á ARANJUEZ

¡Qué precioso es el Real Sitio de Aranjuez! ¡Qué bellos paisajes tiene, sobre todo en las márgenes del caudaloso Tajo! Los soberbios jardines por un lado, con sus largas calles de árboles altísimos, frondosas alamedas, en la contemplación de todo lo cual se recrea el hombre y ve y admira el poder y sabiduría del Creador. Al contemplar tanta belleza reunida, oyendo al paso el ruido grande que hace la corriente de un río caudaloso, como es el Tajo, acompañado del susurro de las hojas al ser movidas con suavidad por el airecillo allá, en lo más alto de los árboles, y los alegres pajarillos que parece cantan alabanzas al Señor que los creó, saltando de rama en rama, según lanzan al aire sus hermosas notas de ruiseñor, que atraen hasta al más insensible, no se puede pensar en nada malo, por muy cruel que sea el observador; por el contrario, se sueña con hacer buenas obras y, por lo tanto, en santificar la creación. Allí, bajo aquellos árboles, que tendrán siglos ó serán *seculares*, estuvimos sentados un buen rato, por temor de que desapareciera el encanto

del bosque; y si entonces, pensando y observando de este modo, hubiera yo visto pasar por allí un pobre, aun sin pedirme él limosna, hubiera sacado sin titubear lo que pudiera darle de mi bolsillo, entregándoselo con gran placer; y si me replicara:—¡Gracias, hermano!—le diera por contestación que las gracias las reservara para la Naturaleza, que tan sabia era. En efecto, en tales sitios parece que la conciencia, en figura de río caudaloso, de alameda, de pajarillos, todos actores de la ópera sublime que escuchaba con tanto gusto yo, le dicen á uno que haga el bien posible.

---

Seguimos corriente arriba del río, siempre por la orilla, y por tal camino vimos grandes cosas. Primero marchábamos por alamedas y por entre árboles cortados y dispuestos para aserrarlos; no tardamos mucho en llegar á un gran recodo que forma el Tajo, y allí no pude menos de pararme un rato á contemplar el paisaje y á meditar; á la opuesta orilla, los jardines hacen esquina, adelantándose á la corriente, que les baña por ambos lados; pisábamos entonces por un arenal que, aunque de corta extensión, da buena idea, al atravesarle, de las fatigas tan grandes que pasarán los que caminen por los grandes desiertos, tales como el de Sahara, el mayor del mundo; y también se

comprende lo que pasaría cualquier animal de carga, no siendo el camello, al andar por allí; esto sin contar con la sed que sufren, aunque lleven buenas pipas llenas de agua, pues hay veces que tardan veinte ó más días en encontrarse un *oasis*, ó sea un sitio en medio del arenal del desierto en que hay algo de agua, y, por consecuencia, de vegetación. Árboles recién cortados también y esparcidos por el suelo, me parecían hombres extenuados por la sed, muertos por la fatiga. De pronto varía el terreno, y el arenal se convierte en una selva, con muchos hierbajos y malezas, casi impenetrable; el río arrastra rápidamente sus aguas, y en la superficie, ligeramente rizada, pudimos observar esas corrientes que atraviesan constantemente el Océano; pues se determinaba una pequeñita, tal vez de la misma forma del cauce, que iba lamiendo las orillas por donde estábamos, con fuerza grande. Al caminar por aquellas malezas tan espesas, otro recuerdo asaltó mi espíritu: los viajes de expedicionarios célebres por las selvas vírgenes del centro de Africa; las expediciones del célebre inglés Stanley. En los países donde hay estos bosques, viven en ellos muchos animales, naturales de por allí; se me figuraba á mí estar en una de tales selvas, caminando con la gran dificultad con que nosotros lo ha-

cíamos, é iba pensando en estos animales fieros de por allí, al paso que, excitado por mí, nos iba recordando nuestro maestro algo referente á todo esto, con lo que el corazón se encogía ante los peligros que en tales sitios hallan los descubridores. En esta disposición marchábamos, cuando nos encontramos en mitad de un matorral que nos costaría trabajo atravesarle tal vez, de espeso que era; yo iba delante con mi pensamiento fijo en Africa y sus fieras, cuando oí un gran ruido extraño y fuerte, espantoso, junto á mis pies... Me creí ya que era una serpiente de cascabel, cuando menos, con lo que me aterroricé todo, aunque no dije nada, porque no me llamaran cobarde, saliendo, sin embargo, más que á paso de allí. Mi maestro comprendió en seguida lo que me había pasado y se echó á reir:—Yo también me impresioné, pero al momento comprendí lo que sería. ¿Ves aquel enorme pajarraco que vuela delante de nosotros? Pues es un ave de rapiña, que estaba acurrucada ahí, y á quien sorprendiste y espantaste al mover las ramas del matorral—me dijo.—Necesité que pasaran unos minutos para reponerme del susto; te lo confieso, amigo.

Almorzamos á la orilla del río, y era esto encantador. A lo mejor del almuerzo, mientras el cual me acordé del gran músico Beethoven, que se iba

á estudiar los ruidos de la Naturaleza para convertirlos luego en notas musicales, oímos á lo lejos un canto dulce, sentimental, hermoso, que fué aproximándose á nosotros poco á poco; era un pobre niño que recogía leña, con su haz al hombro, descalcito, sin camisa, con las carnes tan frescas como la voz. ¡Pobre! Parecía un habitante del Paraíso. Despeinada tenía la cabeza y, sin embargo, era hermosa. «¡Ven, ven!» le dije, llamándole; y le daba miedo acercarse: parecía un cervatillo huyendo de los halagos del cazador; creería que le íbamos á hacer mal. «¡Ven, niño; no temas; acércate!» Por fin, con gran timidez, se acercó. «Toma, merienda y cuartos para ti. Y cuando vayas lejos, haz el favor de cantar, pues tienes una voz muy bonita y me gusta oírte á lo lejos». Se fué sonriendo y saltando de alegría; dió un silbido, ya lejos, y se apareció otro niño un poquito mayor; sería su hermano, porque le dió el dinero y la mitad de la merienda. Entonces empezó á cantar de nuevo, hasta que se extinguió su voz poco á poco. ¡Qué hermosa nota!

Entre los muchos edificios que hay en Aranjuez, el que más me gustó fué el llamado *Casa del labrador*. Parece un insulto al pobre este nombre, pues cree uno encontrarse con la humildad de la gente que en el campo trabaja, y, tanto por fuera como

por dentro, es una joya de arte y de riqueza la tal casa, semejante á las llamadas *Casita del Príncipe* en el Pardo y en el Escorial. La fachada está adornada con estatuas, y por cierto que hay dos bustos en mármol blanco que bien merecen la pena de citarse: el uno representa la Envidia, mujer joven, con la cara arrugada, los ojos hundidos, los huesos de las mejillas salientes, por sus pensamientos crueles; mirada sombría y llena de tristeza antipática, mordiéndola los pechos unas víboras, como diciendo que á los envidiosos les saca el jugo de su vida la pícara Cólera, á quien representan las víboras. La otra escultura es el Hambre; también está representada por cabeza de mujer joven, pero bien distinta en su expresión; cara de sufrimiento angustioso y humilde; parece que pide á Dios misericordia. ¡Mucho me gustaron estas esculturas!

Por dentro hay preciosidades, sobre todo riqueza verdadera en mármoles; en una de sus salas se ve un tablero con piececitas de mármol: es el muestrario de las distintas clases con que está adornada toda la casa; lo menos hay cien variedades, á cual más bonitas y valiosas.

Os contaré algo notable que allí dentro se ve: magnífico reloj, que ocupa el centro de una sala, con esculturas pompeyanas; es muy grande, en

figura de torre, y abajo tiene la maquinaria, sumamente complicada; encima de la torre ó columna se encuentra una bola que representa el mundo; una cinta metálica rodea la torre de arriba abajo, en espiral, y en ella se ven marcadas, frente á la puerta, una hora en cada vuelta, que son doce; un signo del Zodíaco, el nombre del mes correspondiente, y algo más que no recuerdo. La bola colocada encima empieza á descender á las doce por la cinta en espiral, y llega á la una precisamente donde está marcada esta hora; así continúa descendiendo hasta las otras doce, en cuyo momento otro mecanismo la obliga á subir de una vez encima de la torre, para volver á bajar de nuevo poco á poco; y así siempre. ¡Buen relojero sería el que lo hiciera! Pero acaso es más maravillosa otra obra que allí se admira, sin rival: es una pareja de cuadritos que conservan dos bajos-relieves tallados en boj: asombran estos cuadros. ¡Qué arte! Representan un pajarillo muerto, colgado de las patas; la cuerdecita, las plumas, el piquillo, todo tallado con una precisión y gusto tan grandes que no parece sino que cogieron y mataron un pajarín, le ataron con hilo de carrete, le colgaron de un alfiler y dieron luego á todo el color del boj; no hay pegadura alguna, todo fué tallado en la misma pieza; es cosa admirable,

y supone mucho arte y mucho tiempo. Hasta en esto, siendo artificial, se ve la grandeza, la omnipotencia del Creador; porque si no fuera por Dios, que da raudales de ingenio á ciertas personas, ¿cómo fuera posible que un mortal hiciera tales obras maestras? Y si en estas cosas artificiales es necesario ver la mano de Dios detrás de la inteligencia humana, no así en la rica variedad de mármoles que por todas partes hay, en los que el hombre no puso más de su ingenio que lo necesario para pulimentarlos, y esto lo hacen siempre con otro mármol.

Del Palacio, en donde hay muchas cosas buenas, como en todos los palacios reales, sólo os voy á decir dos detalles, por no hacer tan larga esta excursión: una araña de cristal de roca, magnífica, y un gabinete cuyas paredes y techo están adornados con figuras chinas de barro ó porcelana, de gran mérito, llamado *Gabinete chino*, siendo la pieza mejor de todo el palacio de Aranjuez, según dicen.

JUSTO.

## MUSEO DE HISTORIA NATURAL

### MINERALES

En este Museo se conservan ejemplares de todos los seres: minerales, plantas, animales y hombres. Por eso se divide en cuatro secciones principales, todas muy bonitas é interesantes; yo quiero hablaros un poquito de los minerales.

¡Qué aspecto presentan las salas de esta sección! Pedazos de piedra encerrados en armarios y clasificados con tanto esmero; ejemplares curiosísimos de toda especie. Pero á mí, lo que más me enamora es la sección de mármoles, todos cortados como azulejos, pulimentados para que se pueda admirar así más la veta que los distingue unos de otros; los hay que forman aguas de diferentes colores; otros se asemejan al cielo encapotado, hasta con rayitas blanquecinas que parecen centellas saliendo de entre las nubes y dando al conjunto un aspecto precioso; otro en que parece se acaba de librar un gran combate naval, con el mar alborotado, lleno de tintes negruzcos y teñido en san-

gre aquí y allá; otros con matices sorprendentes é inimitables, que al mirarlos piensa uno si lo habrá hecho un gran artista, y no se equivoca: pues no hay nadie más artista que la Naturaleza; otros imitan un corte en el terreno, viéndose las capas, distintas en color y forma, que le componen; otros, una isla en medio del mar tranquilo; otros con esmalitos; otro semejante á un volcán en erupción; otro como si se hubieran quedado allí incrustadas ramas de árboles muy pequeñas y bien formadas. En otro sitio se ve, sostenida en el aire por pequeño imán, una gran pesa. El azufre, tal como se presenta en los terrenos, es muy lindo; en otros lados se le ve cuando se encuentra cristalizado, ó formando cristalitos. En una gran piedra oscura, hermosísimas aguas de diferentes colores, como el arco iris, y restos de conchas, ramitas y algún animalillo...; es esto debido á que, al formarse las piedras—pues las piedras se forman siempre, ó por la acción del fuego, ó por la del agua—ha quedado allí incrustado cuanto había en el sitio en que se formó; es hermoso ver cuántos cuerpos distintos han intervenido en la formación de aquella piedra y pensar cuántos siglos ha empleado la Naturaleza en hacer aquel primor. Dos preciosísimos ejemplares de estas piedras, que se llaman *fósiles*, me acuerdo ahora que hay en uno

de nuestros palacios reales, en el del Pardo, tasadas en unos cuantos millones de reales. Las ágatas son piedras muy bonitas, tanto por su color como por las aguas que forman. Pero lo más sorprendente de todo para mí es el *Aragonito*, mineral de cal que cristaliza de un modo admirable y caprichoso. Hay ejemplares que parecen un bosque, matorrales nevados, porque cristaliza así, en la forma de tronquitos de árbol y ramas entrelazadas, muy distintas en sus formas. Presentan un espectáculo precioso, y ganas dan de estarse allí contemplándolos las horas muertas, mucho más cuando se ve algún ejemplar coloreado; esto sucede cuando al cristalizar se mezcló con algún metal, como el hierro, el cobre, etc.; pues entonces se ven las ramificaciones azuladas, verdosas... de tintes tan hermosos y pálidos que encanta contemplarlos á la transparencia.

También hay otra cosa curiosísima: unos pedazos de pizarra y de algún otro mineral, en los cuales se admiran dibujos encantadores, viéndolos desde lejos; barcos muy artísticos, ciudades, bosques, casas de campo, una escuadra en alta mar, un puente, un cabo con su *faro*—torrecilla con gran luz arriba para que se guíen los barcos,— y otros mil caprichos, admirablemente representados. Y cuando se acerca uno á examinarlos, ad-

vierte que tales efectos preciosos no son más que desconchados de la pizarra ú otro mineral sobre el cual lucen. ¡Qué hermosas cosas produce la Naturaleza! ¡Que me digan á mí que no hay Dios, y que la Naturaleza no es el mejor artista; que ya lo voy creyendo con las cosas que veo á diario!

Allí hay plata y oro tal como se presentan en las minas; piedras caídas de las estrellas, que se llaman *aerolitos*; cristal de roca, de formas enteramente geométricas; piedras preciosas; minerales metálicos de todas clases; en fin, no es posible que te diga aquí, amiguito mío, lo mucho y muy bueno que encierra el Museo de Historia Natural. Si quieres disfrutar y aprender, ve allí con frecuencia, y acabarás por enamorarte de todo aquello, no cansándote nunca de admirarlo. Yo voy muchas veces con mi amado profesor, y cada vez me gusta más.

MANOLO.

#### CUADRÚPEDOS

Desde los animales salvajes más feroces hasta los domésticos más mansos, de todos hay ejemplares en este Museo. Un oso blanco de la Siberia, otro pardo de América y otro negrito del Pirineo; hienas que dan miedo al mirarlas, y asco

recordando que desentierran los cadáveres para comérselos; tigres hermosísimos, con sus pieles manchadas; un majestuoso león, de largas melenas extendidas, en actitud de saltar de un momento á otro del escaparate en que está encerrado; el búfalo ó toro salvaje; cuadrumanos ó monos, entre ellos el orangután, el chimpancé, el gorila, que son los animales que más se parecen al hombre; camellos sin giba, ó sean *llamas*, animales de los que se alimentó Robinsón; antílopes muy ligeros, de muchas clases, entre ellos el ciervo, la vicuña y la gacela. Camellos que sirven para atravesar los grandes desiertos, pues su casco les permite caminar por la arena con facilidad, y una bolsita que tienen en el estómago, y llenan de agua, vivir sin beber en unos cuantos días; como son muy altos, cuando comprenden que se les va á cargar, doblan las patas. Caballos salvajes de Africa, que se llaman cebras; son preciosas, con unas rayas en la piel muy simétricas y bonitas. Animales de cuello disparatado de largo, con sus patas delanteras mucho más largas que las de atrás, llamados jirafas; se alimentan estos animalitos de frutos de árbol, y por eso tiene su cuerpo esa disposición tan rara; para poder alcanzar bien los dátiles y otras frutas, de tan altos árboles como hay por allí. El elefante:

animal grande, que antes servía para los combates y que hoy se amaestra y se saca en los Circo para que haga trabajos á la vista del público; de sus colmillos, que le sirven de defensa y son muy largos, sacan el marfil. Castores, tan industriosos como feos; de su piel se hacen sombreros caros; y ya sabéis que construyen hermosos diques en los ríos grandes para detener las aguas y vivir allí como á orillas de un lago, con el agua poco menos que estancada. Topos, esos animalitos que dicen no tienen ojos, y no es verdad tal cosa; los tienen: lo que hay sobre el particular es que su piel, abundante y fina como el terciopelo, le cae sobre ellos como caperuzas y no les deja ver á veces. Murciélagos muy raros, más parecidos á cuadrúpedos que á aves, colgados de sus cuatro patas de las ramas de un árbol, formando las alas, que no son otra cosa que pellejo entre sus dedos, como una bolsa en la cual se queda oculto el animal á la vista del cazador. *Marsupiales*, animalitos propios de la gran isla de la Oceanía llamada Australia, que tienen una gran bolsa en el estómago, en la cual meten á sus hijuelos si les amenaza algún peligro. Y tantos y tantos bellos cuadrúpedos hay allí, que no acabaría nunca de contártelo, lectorcillo amado.

RICARDO.

## PÁJAROS

Al entrar en la sección de aves del Museo de Historia Natural, lo primero que se ofrece á la vista son hermosos ejemplares de avestruces, las aves más grandes que hoy se conocen; los hay que tienen pelo en vez de pluma; y por esto, y por la forma de su cuerpo también, parece que están convidando á que les pongan dos patas delanteras para convertirse en cuadrúpedos; allí hay huevos de los que ponen estos animales, que son tremendos de grandes.

En los armarios de alrededor, aves de rapiña de todas clases: águilas, condores, buitres, lechuzas, etc. Palmípedos, que son las aves que tienen sus pies dispuestos para nadar; como el pato, el cisne, el ave tonta, etc. Zancudas, con sus patas muy largas, como zancos; la cigüeña, el flamenco, etc. Por el centro hay muchos armarios con magníficas colecciones de toda clase de pájaros, muy bonitos; pero á mí, de cuantas castas allí se encierran, me interesan mucho más dos: los pájaros moscas y los loritos. Los primeros tienen unos matices preciosos; el que entienda algo de pintura, se admira de ver aquella combinación de colores tan hermosa; sorprende contemplar los plume-

ros tan bonitos en que suelen concluir sus colas y alas, diez ó doce veces más grandes que su cuerpo en algunos, pues tienen á veces un metro de largo, siendo sus cuerpecillos chiquitines, como la sexta parte de un canario; como un moscardón, ó poco más; tienen casi todos el pico muy largo y puntiagudo, y algunos un plumero grandísimo y suave en la cabeza, en forma de sombrilla abierta. Hay loros que resultan muy bonitos por los cambios de color y por las buenas formas de su cuerpo; tienen algunos moños muy airosos, y todos picos corvos y duros. El pavo real, con su cola magnífica extendida en forma de abanico, llena de corazones de diferentes colores; el Ave del Paraíso, cuyo plumaje largo es blanco y cae de modo muy airoso, formando curvas; el faisán Argos, de cola tan bonita; un pájaro, negro como la mora, hermosísimo, con un lustre admirable, y de formas tan perfectas, que sorprende el contemplarle; y tantos otros ejemplares que no puedo decirte aquí.

RICARDO.

## JARDÍN BOTÁNICO

Es el Jardín Botánico de Madrid la sección de plantas del Museo de Historia Natural. Allí se guardan toda clase de árboles, arbustos y hierbas más principales; y allí también se va á estudiar para botánicos. Yo entiendo poco aún de plantas, pero por eso no voy á dejar de admirar cuanto allí se encierra. Todas las plantas tienen su virtud: unas para aliviar los males del cuerpo, que los del alma no se alivian con hierbajos; otras son para adornar, otras para las industrias, otras para alimentarnos. Es muy delicioso pasear por las calles de este gran jardín y ver el aspecto que presenta el conjunto de árboles, tan útiles todos y agradables á la vista; tanta planta bonita, tanta flor.

Hay plantas que no viven bien al aire libre, en este clima y las tienen por eso en los invernaderos ó estufas, que son galerías de cristales adonde se conserva siempre una temperatura bastante elevada. Allí dentro hay palmeras, árboles muy altos que dan un fruto rico: los dátiles; tienen hojas muy grandes, y su tallo ó tronco es bien diferente al de todos los árboles naturales de Europa; si se da en ellos un corte horizontal,

se ve infinidad de puntos gordos y negros; si luego se da uno vertical, aquellos puntos resulta que son los extremos de hilos muy fuertes, nervios, que le sirven á la palmera de resistencia grande contra los aires fuertes del desierto... Árboles que por el color de su corteza parecían nevados; otros que acababan en punta; limoneros y naranjos. Otras plantas muy altas, con hojas tremendas de grandes, que los orientales usaban, y usarán entre los menos civilizados, para librar á sus reyes y señores de los rayos del Sol, llevándolos como sombrillas. Flores muy hermosas; mil clases de geranios adornando las ventanas del invernadero y llenándolo todo de suaves aromas. El botón de oro, que es flor muy bonita, con manchas rojas en medio de sus pétalos amarillos. La flor del coral, con los pétalos ú hojas de un rojo muy subido y de forma muy caprichosa. Otras flores blancas en forma de barco, saliendo de su centro todos los estambres, que forman barras amarillas. Plantas trepadoras y colgantes. Luego la variedad rica en hojas de unas y otras plantas, desde el limbo ó ensanche de la hoja más sencillo y entero, hasta el más complicado y dividido; desde el color verde más puro hasta el más matizado y caprichoso.

Entre los árboles criados al aire libre, que los hay preciosos, una casta me gusta más por el re-

cuerto histórico: el abedul, debajo del cual se reunían en cada pueblecillo antiguo de España los más ancianos, discutiendo sobre el gobierno del pueblo. Lo llamaban el *Abedul Sagrado*, porque creían que sus ramas protectoras les inspiraban para ser buenos gobernadores.

En fin, resulta excursión bonita é interesante ésta del Botánico.

EMILIO.

## UN MERCADO

Ya sabéis todos lo que es un mercado, porque en todas partes se compran y venden, aunque no sea más que una vez á la semana, estos artículos de primera necesidad para las casas, que componen los puestos de un mercado. Antes, en todos los pueblos se hacían estas ventas en la plaza Mayor, sin más resguardo para el sol ó lluvia que unos tolditos, contruídos por los mismos vendedores. Ahora, en las grandes ciudades, como en Madrid, para evitar que se echen á perder las mercancías, para que estén más cómodos los vendedores y compradores, y para que no interrumpa el mercado, que es diario, el paso del transeunte,

construyen los Ayuntamientos edificios magníficos, por lo general de hierro y cristales, para que sean más limpios, claros y duraderos, sólo para este uso. Antes de entrar en tales edificios, se encuentran por los alrededores multitud de vendedoras en pequeña escala; tiendas de pañuelos de todas clases, ligas, mantos, agujas é hilo, todo en cestitos; puntillas y vestiditos para niños pequeños; pájaros y flores en gran abundancia; *café de á perra chica el vaso*; buñuelos y churros; puestos *de á real y medio la pieza*, con muñecos, peones, etc.; pero, sobre todo, la cintera es el tipo más característico de los alrededores del mercado. Advierto que hablo del llamado aquí *de la Cebada*, y en su ordinario aspecto. Por la grande claraboya entra la luz, iluminándolo todo y dando color á cuanto en él se encierra, presentando buen golpe de vista el conjunto aquel extraño. En cuanto penetra uno en él, se siente como el bullir de una colmena; son las vendedoras y criadas que charlan por los codos y vocean en grande. Todo son tiendas dentro de tal armazón enorme de hierro; tiendas que cada una ocupa un cajón, y los cajones, siempre del mismo sistema, con su mostrador, puertas y rejas para que se airee bien el género, formando el conjunto calles al largo del salón. Pueden estudiarse muchos tipos por allí, tanto

de vendedores como de compradores; pues si en aquéllos hay variación, no menos en éstos; que no sólo van criadas al mercado, sino amas y aun amos con sus títulos de abogados, médicos ó diplomáticos, ó con su fama de artistas grandes, como dicen que iba el gran poeta Hartzenbusch. En una tienda había corderillos colgados, alguno vertiendo aún sangre; hígado, tan oscuro de color; los callos, con sus caprichosas formas geométricas, como si fueran paños extendidos. ¡Sucios están los vendedores de hígado! Bien es verdad que la mercancía no es muy limpia, que digamos. En los cajones de los carniceros se ve, dentro del mostrador, una mujer ó un hombre con delantal blanco partiendo sobre el tajo la carne con gran fuerza y maña, haciendo saltar el hueso; éste es el verdadero tipo de la gente chula de Madrid: la carnicera. ¡Parece que han ido buscando con un candil esta clase de mujeres, guapas, finas, en medio de sus formas chulas, con buenos pendientes y con mejores mantones de Manila, el día que van de paseo; pues casi toda es gente rica y tiene gusto y humor para gastarse un dineral en vestir, sin que les impida esto trabajar día y noche como negras, aumentando así su capital! Gran limpieza se observa en estas tiendas. Luego, en otra calle, hay puestos de panecillos; las vendedoras de éstos son

un poco más aristocráticas; visten con más esmero en general, más cuidadoso el peinado á la moda, con traje de señorita modesta, pues el pan es mercancía que no ensucia; había algunas graciosas y elegantes, de talle esbelto.

En otras calles, asaduritas, menudillos de gallina, pescados puestos en tablas, sardinas y escabeche en barriles de madera; los pescaderos quitando escamas, poniendo el género fino entre nieve para conservarle fresco.—¡La cordilla para el gato, señora!—¡Lléveme el rabanito, parroquiana!—vocean las mujeres con voz chillona; y si alguna infeliz se atreve á ofrecer poco, ya se puede preparar.—¡Qué regatona es *usté*! ¡Ay, qué gracia! ¡Compra *usté* *mu* barato! ¿Pero cree que yo robo *pa* servirla á *usté*, señora? ¡Todos queremos gangas, es verdad! En fin, váyase al cuerno, no sea que venga mi Paco y la ajuste á *usté* esta desazón!

En otros sitios, verduras, escarolas, lechugas, patatas, nabos, zanahorias, rábanos, guindillas, limones..., todo con distintos colores, presentando aspecto bonito. En medio de uno de estos grandes puestos hay una mujer gorda, colorada, con pañuelo cruzado al cuello, con cara de pocas hambres, contando un fajo de billetes con la frescura con que yo contaría las diez perras chicas que completan media peseta ó dos reales.

Rimeras de ajos y laurel, judías verdes, alcachofas, cebollas...—*¡Rabanitos, como el agua e tiernos!* *¿Qué va á ser, parroquiana?*—se oye por todas partes. ¡Allí sí que hay buen estudio de tipos! Y que cuando se amotina aquella gente, es cosa temible: nada pueden con ellas los policías; las patatas cruzan el aire, y tienen que huir los pobres más que á paso y dejar que se calme el gallinero.

Después bajamos á la planta baja: es otro salón, tan grande como el de arriba, para la venta al por mayor de toda clase de verduras; de allí se surten todos los mercados de Madrid. Grandes cajas de naranjas y limones, montones de sacos de patatas, pilas inmensas de lechugas y zanahorias, rábanos, escarola... Todo alrededor lleno de carros que descargan y cargan, de machos que comen su pienso tranquilamente, etc., etc.

¡Qué gusto da ver el mercado, en general! Las aves y borreguillos, colgados, parece que piden misericordia á Júpiter, como piden agua á Neptuno los pescados extendidos en las tablas, y favor á Ceres las verduras. Mas unos se ven prisioneros y otros sacrificados ya por el hombre, que es más poderoso que todos estos dioses falsos, y es inútil que se quejen á ellos.

RODOLFO.—POLI.

## FÁBRICA DE TAPICES

Yo nunca había visto hacer tapices, y me impresionó mucho la primera visita á la Real Fábrica de Madrid. Por si no sabes lo que es un tapiz, querido lector, voy á decírtelo en seguida; es un dibujo hermosamente hecho en tela; pero no pintado como los cuadros al óleo, sino tejido en colores; de modo que es un cuadro en el cual se ve hecha la imitación de la naturaleza, ó sea la pintura, no por medio del pincel y los colores, ni la aguja de la bordadora, sino por el mismo hilo con que se forma el tejido que llamamos tela. Ahora no se usan tanto los tapices como en los tiempos antiguos, pues los Reyes gastan muy pocos, y los nobles ó gentes ricas que pueden pagarlos—un tapiz cuesta mucho—no los encargan tampoco. En la época de nuestro pintor Goya, que murió á principios de este siglo, era mucho el furor que había por la tapicería. Y de aquella época son la mayor parte de las hermosas colecciones que hay en los palacios reales de España.

¡Qué bello es este trabajo, y al mismo tiempo

qué difícil! No se puede pasar al lado de un tapiz sin admirarle. Me parece una de las más hermosas industrias. Tejiendo estaban, entre otros, uno que me gustó mucho. ¡Qué precioso era! Como le vi pequeñito, me figuré tardarían poco en hacerlo, y le pregunté al señor aquel.—Cuatro años sin dejarlo,—me dijo;—y me quedé asombrado de la mucha paciencia que necesitaría el buen señor, pensando en tanto que, como lo hiciera yo, me saldría muy mal, con tan poca como tengo para todo. Los tapiceros, que han de ser artistas de corazón para sentir el colorido é imitarle bien, tejen los tapices por el revés. Todos los diferentes colores que han de entrar en la obra,—de seda siempre para las partes brillantes ó de luz, y de lana muy fina para lo demás,—están arrollados en diferentes canillas que cuelgan todas del cuadro. ¡Figuráos vosotros qué paciencia para entendérselas con ciento ó doscientas canillitas á un tiempo! Por la parte de adelante del tejido tienen colocado un espejo grande, en sentido inclinado, donde se refleja la imagen del cuadro que copian, puesto detrás del que teje; así van viendo la obra de cerca y sin volver la cabeza; en este trabajo se debe gastar mucho la vista, tanto por la multitud de colores como por la mirada fija en el espejo. En vez de tejer el tapiz como las telas y los paños, tendiendo los hilos

retorcidos, que llaman *pie*, en sentido horizontal y en dos tandas, y pasando por entre éstas una lanzadera ó canilla que pone un hilo menos retorcido, llamado *trama*, para que luego el pie, al bajar una tanda de hilos y subir otra, la dejen apriada, y así siempre, los tejen de otro modo: tienden los hilos del pie en sentido vertical, y con la trama, de los colores necesarios, van haciendo el tejido, punto por punto, lo mismo que las mujeres cuando bordan en cañamazo. Hay tapices que representan noventa y cien años de trabajo, de diez á doce horas al día.

Otra sección de la fábrica me gustó mucho: la en que hacían las alfombras, de éstas que parecen de terciopelo; debe ser oficio difícil; pero entendiéndole, se corre mucho en su ejecución; da gusto ver cómo trabajaban en una misma alfombra unos cuantos hombres y chicos, tan de prisa todos, que parecen galgos cuando corren detrás de las liebres. Hacían aquel día una alfombra grande para un salón del Palacio Real, muy bonita. Tenía gran escudo en medio, con su hermosa guirnalda de flores alrededor; y en las flores y en las figuras del escudo se veían, por los distintos matices de color, las sombras correspondientes. Un grupo de mujeres *restauraban*, ó componían, tapices ya viejos ó apolillados, para lo cual los tenían

tendidos sobre una gran mesa; y con mucha paciencia iban zurciéndolos, entretejiéndolos con agujas de coser y sedas ó lanas. Las paredes del despacho y pasillos de esta gran fábrica están tapiadas con obras de la casa; algunas preciosas. Y en otras dependencias del patio, en los tintes, también vimos algo curioso; á más de la manera sencilla y bonita como daban color á las madejas de seda y lana, el modo como calentaban el agua en las calderas, que eran de cobre; dentro de ellas llegan dos caños, en comunicación con el depósito del vapor; llenan la caldera de agua fría y abren las llaves de los caños: el vapor llega al agua fría, y al encontrarse aquellas dos temperaturas contrarias, producen un ruido tan ensordecedor y un movimiento tan grande en las calderas, que da miedo estar allí: parece el fin del mundo. En un minuto, ó así, hierve el agua, y se concluye el ruido cuando se equilibran ambas temperaturas.

La Real Fábrica de Tapices de Madrid tenía fama universal. Aquí se hacían las mejores obras de tapicería. Hoy, á pesar de la decadencia de esta industria, sigue siendo célebre la fábrica; Bélgica, Alemania y otras naciones la honran con sus encargos. Hoy día no hay el delirio que antes por tapizar las habitaciones, gastándose unos cuantos

miles; pero hay aún gente que tiene mucho amor al arte.

Hay quien dice:—La Fábrica de Tapices de Madrid ha sido una gran cosa.—Pero no añade:—Y lo es todavía.—Porque muchas gentes ignoran que se trabaja aún aquí.

Calcan por trozos el perfil del cuadro que van á reproducir, sobre los hilos del pie estirados, y por los perfiles se guían para el cambio de colores. Las canillas son carretes redondos, y puntiagudos por un extremo. En una gran sala hay en todas las paredes anaqueleraía corrida, ó estantes, y en ella colocadas, madejas de variadísimos tonos: es el muestrario de la Fábrica, que por todos conceptos es hermosa.

EMILIO.

## EL BENEFICIO <sup>(1)</sup>

El *Trabajo* y la *Modestia* se llegaron á encontrar en su largo camino por la Tierra, y se unieron amorosamente: esto alegró mucho á todo el mundo, porque nunca se había visto matrimonio tan

(1) Inspirado en la poesía *El Éxito*, de D. Felipe Pérez y González. —*Blanco y Negro*, 22 Mayo, 1892—núm. 55.

igual. La *Suerte* y el *Dinero* velaron por ellos, y el *Tiempo* hizo que tuvieran un hijo, al que se llamó *Beneficio*. Este quería mucho á sus padres y socorría á los pobres. La *Envidia*, muy amiga de la *Suerte* y el *Dinero*, se encontraba siempre cerquita de la familia honrada, vestida de negro, dirigiendo miradas de rabia al matrimonio feliz, y de odio eterno al hijo. Buscó al *Crimen* y le dijo:— ¡Mata al *Beneficio*, pues no le quiero ver más!—

Salió un día por calle solitaria el joven *Beneficio*, y de pronto se le echó encima el *Crimen* y le dió una puñalada. La *Casualidad*, que era guardia de orden público, lo vió todo y no hizo nada; pero detrás de ella apareció la *Justicia*; cogió al *Crimen*, y lo metió preso. La *Venganza*, entonces, tomó en sus brazos al *Beneficio* desmayado, y lo puso en manos del *Susto*, que se presentó delante del herido. Con poca vida de espíritu le llevaron al hogar paterno, entre el *Amparo*, el *Socorro* y el *Consuelo*. La *Muerte* vino con sus garfios crueles á engancharle; le enterró luego la *Ignorancia*; se puso á la puerta de la tumba el *Olvido*; las *Lágrimas* puras, vestidas de blanco, permanecieron allí un día arrodilladas; y luego, el *Non Plus Ultra* se plantó en su lugar para siempre.

## MI CUARTITO

Hay en mi humilde cuarto cosas bien vulgares, porque no tengo dinero para lujos; pero, sin embargo, os referiré lo que tengo allí colocado. A la cabecera de mi cama, un cuadro que representa la Purísima Concepción, con cara llena de bondad y mansedumbre, de pura inocencia, teniendo á sus pies la serpiente y media luna, rodeándola nubes y ángeles. Un mapa de las Antillas, de las primeras tierras que pisó Colón en América, porque quiero tener siempre presente la obra del arriesgado marino, nunca olvidado por la Historia, por los inmensos beneficios que trajo á todos descubriendo el Nuevo Mundo. Supuesto que toda la gente se dispone á celebrar el cuarto centenario del descubrimiento, bueno será que diga estoy lleno de alegría y satisfacción por ello, como debe estarlo todo buen español. Se lanzó arrojado en brazos de los mares bravíos, en miserables barcos carabelas, en compañía de gente desconocida, aunque á su lado llevara algún buen amigo. Hay quien quiere disminuir ahora la gloria de Colón, y acaso tengan sus

razones para decirlo, pues resulta, por ejemplo, que un sabio, Raimundo Lulio, español, había calculado la existencia de un gran continente al otro lado del Océano, fundándose en el reflujo del mar, que arrojaba sus aguas sobre las costas europeas de modo que á él le daba indicios de lo que exponía. Mas ese señor, si tuvo inteligencia para calcularlo, no se lanzó al mar, como Colón, ni expuso su vida por la ciencia; hay otros que dicen que era ya conocido por los antiguos el continente americano, y que el genovés lo leyó en un libro árabe, buscándolo por tales noticias; otros que no fué á descubrir tierra nueva, sino un camino corto para llegar á las Indias, tesoro que todas las naciones querían para ellas; otros aseguran que Colón fué poco honrado y comerciaba con los indios, tratando muy mal á los prisioneros... Yo no contradigo á nadie, por que quien tal dice, son personas de juicio y estudio, y á nosotros nos faltan ambas cosas; pero lo que sí digo es que, de todos modos, Colón hizo una gran obra al mundo entero descubriendo América, y que nadie como él tuvo alientos para lanzarse á tal empresa. Sin seguridad alguna de buen resultado, emprendió sus tareas con verdadero entusiasmo, no reparando ni aun en el hambre. Como este mundo es muy traidor y nos ciega la envidia cuando vemos á alguien que se levanta por

encima de nosotros, debido á su talento, como ha sucedido con el pobre Peral, todos iban contra el descubridor, cuando proponía su expedición á los Gobiernos; en todas partes le rechazaban.—¡Es un loco, es un loco!—gritaban envidiosos más de cuatro, y repetía la muchedumbre, sin reparar. ¡Loco...! ¡Si hubiera muchos así, viviríamos felices en el mundo! La desgracia es que de estos locos apenas si se cuenta uno cada dos ó tres siglos. Los Reyes Católicos de España le ayudaron, por fin, y pudo realizar sus proyectos. Suponiendo que Colón sólo por casualidad descubriera las Américas, por casualidad se han descubierto muchísimas cosas, casi todas, según me han dicho á mí; y si tenía alguna mala condición, que no lo creo, no hemos de ser tampoco justos y exactos, porque así solo son Dios y sus elegidos, y no todos nacimos para santos. ¡Gloria á Colón y á su descubrimiento! Siempre miraré con gran cariño y agradecimiento la estatua del insigne Colón.

He aquí ahora otro cuadrito, cuya estampa es un retrato de *Frascuelo* matando un toro; sólo le tengo por lo bien grabado que está; por lo demás... ¡Horrible fiesta! No sé cómo el pueblo se divierte en hacer estas barbaries, pues no sé qué gusto se saque de martirizar á los animales de tal manera.

Otra cosa que me gusta y que hay más allá, es el espejo, el mueble indispensable para las coquetas, porque es donde se arreglan; mas el señor espejo no es nada hipócrita; á todos dice la verdad á escape, y si á él se asoma una fea, le dice al punto:—*Aunque la mona se vista de seda, mona es y mona se queda.*—¡Oh espejo! Me gustas porque eres lo único que hay en el mundo franco y leal. El piano—de cristalitos, por supuesto;—vamos, tocaré un vals: Do, re...; do, re...; ¡Vaya, vaya! no he nacido para músico; me gusta oírlo tocar, pero no tocar yo.

¡Pobre pajarito! ¿Estás tú ahí, monín? ¿Qué quieres? ¡Mira, mira, amigo mío, qué quietecito se está!... Mira qué mono es; cómo me hace fiestas con el piquito y las alas, y cómo meneaba la cabecita para preguntarme sin duda si le quiero.—¡Sí, monín, te quiero mucho!—¡Qué cariñosos son todos los pájaros!

Tropezamos con un mueble grande; la cama. Dicen que se descansa en ella; y aunque los sabios piensan que no hay quietud posible, la verdad es que nos engaña bien entonces, porque enteramente parece que en ella se está uno quietecito y descansado por completo. Esta señora es muy tunantuela; ya véis: quiere uno levantarse temprano, y no le deja; le tira de los brazos, y le dice:—¡No;

si no te levantas ahora; soy tu amiga!—Y como en estos tiempos deseamos tener muchos amigos que nos proporcionen beneficios, la contestamos: «No te apures, mujer! Yo también te quiero de corazón y permaneceré otro rato en tu dulce compañía.»

Aquí, en esta pared, y no lejos de la cama, tengo un cuadro que representa la muerte de Jesús; y debajo un programa del último concierto que escuché en *El Príncipe Alfonso*. ¡Concierto sublime! Y al mirar estas dos cosas, traigo memorias al pensamiento que me entristecen y alegran el ánimo á un tiempo. Desde que escuché el concierto á que me refiero, ha pasado Semana Santa y he visto *El Mártir del Calvario*, drama religioso, y una colección de vistas de Palestina en el Salón Exprès. Todo estaba triste en aquella *semana dolorosa*; la iglesia sombría, los altares cubiertos con paños morados; en el altar Mayor muchas escalerillas con velas, formando el monumento; el majestuoso sonido de la campana más grande de la Catedral, despidiéndose de nosotros por unos días; los señores curas cantando la Pasión. ¡Qué dolor siento en mi corazón! La neblina del humo y del incienso, las voces del coro de los sacerdotes, las retumbantes notas del órgano, el silencio en la muchedumbre... Todo se torna oscuro; va desvaneciéndose en la at-

mósfera la vida y me parece que, en la más completa oscuridad, se van poco á poco rasgando las moradas cortinas; tras ellas multitud de ángeles, flotando sus blancas vestiduras, que, como en la hermosa composición del gran músico Wagner, *Parsifal*, cantan con tono sentimental:—*¡Come de esta hostia! ¡Bebé de este cáliz!*;—tocando luego á funeral con campanas de varios timbres, que resuenan en el corazón.

Veo luego en la imaginación *El Arco del Ecce Homo*, ya arruinado y con sólo un balconcillo con cristales; y asomado á él, el Redentor divino, azotado cruelmente, lleno de verdugones, con Pilato que le presenta al pueblo como diciendo:—*¡Compasión!*;—manchado el rostro, tan respetuoso y bello, envuelto en las melenas hermosas que le cuelgan, con las huellas del bofetón sacrílego y de la saliva de un malvado: con vestidos feos, sucios, estropeados, de burla, de loco, siendo el sabio de los sabios. *¡El corazón se me quiere saltar del pecho, y dos lágrimas grandes caen de mis ojos!*... Luego recuerdo su muerte en la cruz; blanco y demacrado le veo cruzar las calles, tirado de un cordel que á la cintura trae, empujado por las gentes; y luego, en lo alto del monte Calvario, consumarse todo... *¡Morir como mártir, siendo el Creador de cuanto existe!*... *¡Qué ejemplo tan sublime!*

Vienen á mi oído en tropel composiciones de Wagner y de Beethoven, que tienen un tono religioso muy marcado, y se filtran en mi espíritu dándome idea de la escena bíblica que asombra á todo el mundo; hasta á los que no son cristianos. Las notas de *oboe* me parecen la voz del Señor, pronunciando las últimas palabras; la lira sentimental, quejidos de las mujeres piadosas; y siento descuajarse al mundo, rugir la tempestad, temblar el Universo..., con los bajos, platillos y bombo; los gritos de la gente y bárbara soldadesca, que da su voto para que crucifiquen al *Cordero sin mancha*, no reparando en su bondad y misericordia, sino en la propia voluntad cruel, son las cornetas y clarines; el *violoncello* imita el quejido doloroso de la Virgen Santísima; y un solo de violines me indica la Resurrección. Después, completo reposo; todo calla. Ni la campana ni el órgano resuenan; ni el ensordecedor ruido de los carruajes; las calles casi desiertas; todo permanece en silencio; las carracas de los chicos parecen el choque de las piedras en el terremoto. Los señores curas, vestidos de negro, echan incienso al Dios muerto. Mi alma se llena de ayes. El Santo Sepulcro, la Dolorosa arrodillada á sus pies con la Magdalena y San Juan, la tumba de la Virgen, tan humilde, siendo ella Reina de los Cielos...: todo lo veo aterrado.

Pero ya pasó la Cuaresma con sus alas negras, volando en brazos del tiempo, que todo lo desgasta y consume. Ya pasaron los cantos del funeral que la Iglesia entonaba, acompañada de la tristeza grande del pueblo cristiano. Veo subir al Cielo á Jesucristo, entre azuladas nubes, y allí sentado para siempre, con su Madre que le mira fija, como si temiera volver á ver en su rostro las señales del martirio. Todo se vuelve alegría; las campanas todas repican á un tiempo con fuerza; se rasgan los velos y bajan unos ángeles, con luz encarnada como las amapolas del campo, que dicen cantando:

El Dios de las alturas,  
Al Cielo subió.

\*  
\* \*

Entre la fantasía y el arte está todo; el que sea buen cristiano verá al natural estas cosas, como yo las he visto.

POLI.

## LAS DOS ROSAS

Entre árboles frondosos vivía un hombre en humilde choza, á cuya puerta plantó un rosal. Dos rosas muy bonitas nacieron de él; eran el encanto del pobre hombre, que las contemplaba con cariño. La

una parecía símbolo del orgullo, y la otra de la humildad, según el modo como habían nacido: la primera con su tallo erguido, recreándose en sí misma, asomada siempre por encima de las ramas, mirando de frente al Sol; la segunda, vuelta hacia adentro, oculta entre las hojas. Parecía decir aquella, llena de soberbia:—¿No me ves qué hermosa estoy?—Mas ¡ay, orgullo vano!... Vino la abeja un día á libar en ella; un viento fuerte acabó luego de destruir tanta belleza, y su tallo hermoso se dobló; las hojas, ya marchitas, se desprendieron del cáliz; y allí donde su orgullo contemplaba en otros tiempos el pobre hombre, no pudo ver más que miserable sepultura... En cambio, la modesta, oculta entre el verde, cada vez más preciosa y lozana, más hermosa siempre, cuajada de rocío, parecía decir, contemplando en el suelo la podredumbre en que se había convertido su compañera:

*Á quien sea orgulloso ú orgullosa,  
le pasará lo mismo que á la rosa...*

—  
Y es que en el mundo traidor,  
como dice Campoamor,  
nada es verdad ni mentira:  
todo es según el color  
del cristal con que se mira.

MANOLO.

## UNA VISITA Á LAS HORMIGAS

Hace pocos días fuimos á ver á Madama Comino, la reina de las hormigas, por ver si de allí podíamos sacar datos para un articulejo de nuestro libro. Su palacio es bastante grande, pero no pudimos entrar por la pequeña puerta que á él conduce. La reina, entonces, salió á recibirnos con dos largas filas de criados lujosamente vestidos. Después de saludarnos con Madama, seria y cortésmente, mandó ella á sus pequeños carpinteros que hicieran mesa y sillas á propósito para los *gigantes*, como nos consideraban y llamaban á nosotros, pues quería obsequiarnos con un banquete. Y como éste se había de celebrar dentro de su *palacio*, mandó á los *maestros albañiles* de tan diminuta corte que hicieran una puerta todo lo grande y suficiente para que nosotros pudiéramos entrar por ella. Así se hizo; y una vez dentro y acomodados cuantos habíamos de tomar parte en el banquete, empezamos á observar *regimientos* enteros de hormigas que salían de los almacenes, cargadas de *suculentos manjares*, que iban colocando sobre la mesa: granos de trigo, cáscaras de

cacahuet y de avellana, migas de pan, pedacitos de lechuga y otras mil *monerías* por el estilo.— ¡Oh qué espléndida comida, Madama! ¡Tenéis buenos cocineros en la corte! Preciso es darlo á conocer al mundo entero.—El *té* fué una disolución de tierra en agua de manantial, servido en cascari-llas de cacahuet. Y cuando ya, terminado el almuerzo, vista la casa y hechos los honores, nos disponíamos á salir, una lluvia fuerte, formada de un solo chorro, cayó de repente allí dentro, mojándonos á todos y destruyendo á más de un oficial de tan florido ejército. En confuso tropel, ahogadas unas, nadando otras, lacayos, criados y funcionarios públicos en desorden por aquellas habitaciones quedaron, mientras nosotros podíamos escapar. Y cuando ya estuvimos fuera del hormiguero, vimos un perro que se alejaba muy regocijado de aquellos sitios, como si hubiera cumplido una necesidad urgente; nos explicamos entonces perfectamente la causa de la lluvia torrencial que destruyó el palacio.

MANOLITO.

## SAN FRANCISCO EL GRANDE

La iglesia de Madrid llamada San Francisco el Grande, forma parte del antiguo convento del mismo nombre. Hoy está adornada de tal modo y con tal lujo, que, á más de iglesia cristiana, es un museo del arte contemporáneo español y uno de los mejores templos del mundo por sus adornos. Todo es allí riqueza: las puertas de entrada están admirablemente talladas, con bajorelieves representando la Resurrección, la muerte del Señor, guerras bíblicas ó de la Historia Sagrada, etc.; los cerrojos, goznes y cerraduras, que llaman en conjunto herraje, son de mérito, y han costado mucho dinero. El piso del pórtico es todo de mosaicos, ó sea de piececitas de diversos colores, formando dibujos.

Por dentro es una verdadera obra de arte: muy grande la nave, en forma redonda, llena de pinturas y esculturas de los mejores artistas españoles en la época presente, de oro y mármoles preciosos. Las pilas del agua bendita figuran grandes conchas sostenidas por angelitos con baño de oro. Los doce Apóstoles, grandes esculturas de

mármol blanco, rodean la iglesia. El altar Mayor luce pilastras de oro en el retablo y pinturas modernas. La cúpula ó media naranja, con mucha luz, figurando el Cielo lleno de ángeles y nubecillas ligeras. Alrededor hay seis capillas, y cada una es un tesoro de pintura y mármoles. Las dos más próximas al altar mayor ofrecen gran contraste; la de la derecha es muy triste; representa la muerte de Cristo, y sólo los cuadros de Ribera pueden comparársele. En cambio, la de la izquierda es alegre y bonita, de estilo moderno; representa á un rey de España, Carlos III, recibiendo de la Virgen un collar, que es el de la Orden de caballería que fundó este Rey. Las bóvedas de una y otra figuran el Cielo; pero ¡qué diferencia! El uno de color oscuro y sombrío, con nubarrones, los ángeles trayendo los símbolos de la pasión; el otro blanco, lleno de luz, alegre y con sus angelitos revoltosos. En la de la derecha, la muerte de Jesús: ¡Aterradora y amarga pena!; el terremoto está conmoviendo al mundo entero; el celaje sombrío en extremo, echando fuego allá en el horizonte; nuestro Dios clavado en la cruz es lo único que sobresale de aquel mar de tinieblas; encoge el corazón ver todo esto. Lleno de gloria el cuadro de la izquierda, se ven en él la brillante transparencia y dulzura de tintas, propias de la escuela

de Murillo. Hay otra capilla, pintada por el pobre Casado del Alisal, uno de nuestros mejores pintores que murió hace dos ó tres años. Representa el cuadro de fondo á Santiago, en hermoso caballo blanco, matando moros en la batalla de Clavijo; gusta ver un gran morazo, pintado en primer término y dirigiéndose á la carrera hacia el espectador; tan bien pintado está, que parece se viene encima del que lo contempla. En el altar Mayor hay magníficos candeleros con baño de oro, un paño de altar muy bueno y unas lucecillas extremadamente pálidas, encerradas en vasos de color. Los púlpitos son de mérito. En fin, todo muy bueno.

Cuando estoy de excursión en San Francisco, no puedo menos de acordarme de la iglesia del Real Monasterio del Escorial, y compararlo con ella. En este templo nada hay que distraiga la vista para apreciar la belleza del conjunto, la grandeza de la nave, con sus paredes desnudas y sus columnas lisas. En San Francisco, por el contrario, toda la belleza está en el detalle, en el adorno, resultando también muy bonito. Cada uno es bello por su estilo; en el Escorial, aunque quisierais ver algún detalle que allí hubiera, tal como un buen cuadro, no podríais verlo con tranquilidad, porque allí dentro el conjunto atrae y

lo domina todo; en San Francisco no puede admirarse la iglesia de una vez, pues por cualquier lado que se fije la vista hay una belleza en sus adornos magníficos, que la distraen.

El silencio reina en el Monasterio. ¡Quién ante aquella mole colosal de piedra, construída en medio de la sierra, no admira aquel prodigio de la arquitectura! ¡Y quién dentro de su iglesia no reza con fervor al Dios de las Alturas! A mí me parece que es el único sitio en donde se puede comprender la grandeza del Señor y de la Religión cristiana; humildad se respira en medio de la grandeza del templo. Sería una profanación interrumpir aquel silencio profundo con una voz tan solo; en tales sitios nada encaja sino la voz triste y hermosa de los frailes, que cantan siempre en voz de bajo profundo. En San Francisco, por el contrario, todo ruido alegre y bullicioso resulta bien; música juguetona que recuerde la Gloria, la bondad y la alegría: que se siente allí dentro, más bien que á Dios, á la Virgen y á sus ángeles.

RICARDO.

## JAUJA

Todo no han de ser excursiones serias: bueno es que variemos el género; y para ello, ahí va una excursión fantástica. Soñé con *Jauja, donde se come, se bebe y no se trabaja*, y me fui derecho á ella. Para llegar tuve que atravesar altas montañas, todas de requesón, y, para avanzar, me las comía á pedazos, abriendo así en ellas un sendero ó garganta por donde caminaba más cómodo. Por fin, comiendo y tirando, llegué á la cumbre; emprendí luego la bajada por la vertiente opuesta, que era de turrón duro de Alicante, dándome algunos tumbos, de los que salía *pringado* sin quererlo. Por fin llegué á la célebre ciudad de la holganza.

El panorama del pueblo presentaba goloso aspecto. Todas las casas eran de mantecados de Astorga; sus techos ó tejados, de mantequilla; y por tejas, libras de chocolate. El empedrado era de libretas y terrones de azúcar; así es que, como hacía Saturno, el dios del tiempo, se comían allí las piedras. En seguida me fabriqué mi casa con *materiales bien dulces*, por si me sorprendía allí

dentro algún caso que me impidiera salir á por alimento. Como sucede en los países de los Trópicos en la estación de las lluvias, en Jauja también llueve todos los días; más en el que llegué yo, no hubo nada de esto; me dijeron era domingo, y los domingos no llovía nunca, cosa que, según ellos, venía bien, porque así podían recoger lo llovido durante la semana, sin peligro alguno.

Mal traje llevé á Jauja; pero no había que apurarse, porque ni sastre ni tela hacía allí falta; dan ya hechos *á la medida* los trajes ciertos árboles. Me subí á la cima de uno de ellos, tomé bien la puntería, me dejé caer, y... ¡trás!; en el aire me colé el traje completo en el cuerpo; y ya en el suelo, cuando caí en él de pie, me *puse las botas* sin pretenderlo. Así es que mientras en nuestra tierra el que se sube á un árbol suele bajar roto y arañado, el que se sube allí, baja *vestido y calzado*. Pasó el domingo; dormí en cama blanda de gelatina y desperté cuando empezaba á salir el Sol, de oficio confitero en Jauja, enviando sus rayos de cabello de ángel y su luz de leche blanca y pura. Deseaba que llegara la hora de las tres de la tarde, porque esta era la de la lluvia; todo el mundo ponía en calles y plazas cestos y cajones, en los que caían los *elementos* que constituían ó formaban la lluvia: salchichas, longanizas, chorizos,

jamones, tocinos, etc. Pegué un salto de alegría cuando lo ví caer, y me llené después de ello con placer, porque ya me iba cansando de tanta dulzaina. Después de la comida, y para hacer bien la digestión de ellas, me dí un baño—*exterior*; no ser maliciosos—en el río de licor de menta. El martes también fué bueno, muy bueno; allí no se cumple ese refrán: *en martes no te embarques ni te cases*; por el contrario, es el mejor día de la semana: hubo primero lluvia de *platos fuertes*: perdices que se venían solitas á las cacerolas, asándose y colocándose luego en la fuente con un trinchante atravesado; conejos, truchas, anguilas, que ejecutaban las mismas *danzas* agradables..... ¡Ni cocinero hace allí falta! Luego postres de tortas, pasteles, caramelos, y cosas todas de confitería. Lo que me estremeció fué la lluvia del miércoles, tempestuosa y terrible: cochinos, vacas, terneras, borregos, etc., que atronaban el aire con sus quejidos, y las casas con sus golpes. Yo maldecí á Jauja aquel día; pero ¡qué rico me supo después todo! Los demás días de la semana no fueron tampoco escasos ni sosos para la lluvia. ¡Quiá!

Pasé allí buena temporada é hice durante ella amistad íntima con muchas personas elevadas, y sobre todo con el Rey, personaje que, naturalmen-

te, era el de mayor altura de todos: un rico gigante de chocolate de Matías López. Pero nada hay en el mundo que no tenga su fin: cuando me iba acostumbrando á aquella vida regalona, vinieron los anarquistas, saquearon las casas, *se opusieron* á que lloviera para nadie más que para ellos, y dejaron sin cabeza al rico rey de Jauja, que no les debió de saber mal. Tuvimos que emigrar del pueblo todas las personas aficionadas á comer sin trabajar. Y mientras tanto, allí se quedaron los anarquistas, comiendo á dos carrillos sin ganarlo.

POLI.

## VIAJE Á SEGOVIA

Es variado y bonito el camino en tren de Madrid á Segovia; al principio, todo sembrados y arboledas, pintoresco en extremo; luego pinares; más tarde encinas; luego comienzan los pedruscos y retamas. Indican que va á cambiar más aún el paisaje, grandes peñas que se ven de vez en cuando; y, en efecto, al poco rato ya es todo piedra viva, y ya sigue así hasta Segovia; muy agreste siempre. Cuando va uno entusiasmado admirando la Naturaleza, llega á un túnel, y todo queda en

completa oscuridad. Nunca desaparece la sierra vecina, presentando un golpe de vista magnífico, toda cubierta de nieve. Cuando el tren llega á una estación, ya se sabe; todas las vendedoras se pasean por ambos lados, pregonando sus mercancías, que consisten en agua, leche, rosquillas, aguardiente, etc. Uno la compra algo, y de pronto tocan la campanilla. ¡Qué apuros pasan las pobres!— ¡Ande *usté* aprisa, señorito; que se marcha el tren; ande *usté* aprisa.—Por el sitio montañoso ó agreste, por la sierra, que hay que atravesarla, se observan cosas muy curiosas; las piedras que fueron cortadas para abrir paso al tren, echan agua; á cada instante, los mil arroyos que de la montaña bajan, saltan unos precipicios más ó menos grandes, y forman una cascada, metiendo mucho ruido, aunque sean pequeños; más bien que arroyos ó ríos, se llaman á estas corrientes de sierra, *torrentes*; forman á veces unas cuencas, ó cauces por donde corren, muy hondas. ¡Parece mentira que el agua pueda abrir estos caminos con su sola corriente! Siglos necesita para ello! Por otro sitio pasamos en que los ingenieros tuvieron que levantar terraplenes terribles, por ser el suelo por allí muy bajo; casi siempre están construídos estos terraplenes de piedra. En la sierra ya, da risa con un detalle: parece que vamos toreando á un pueblo, hundido

en pequeño valle de montaña; siempre le vemos próximo á nosotros; y es que el ferrocarril hace una gran curva y le vamos rodeando. ¡Qué frío hará siempre en aquel pueblecito, cuyas casas, tristes y pobres, todas son de piedra! ¡Parecen dados por allí esparcidos! Se veía arar á unos, salir de la iglesia á otros, jugar y apacentar ganados, casi todos vacunos. Ya próximos á Segovia se ve, en un bajo también, rodeado de árboles y arbustos, y más afuera de unas tapias de piedra que comprenden mucho terreno, pequeño palacio igual en su forma al de Madrid; es Riofrío, posesión real, llena de ciervos ó *paletos*, conejos, gamos, liebres, jabalíes, etc., pues es sitio de caza. Allí habrán cazado muchos reyes y príncipes: Perros y caballos con sus jinetes, se me figura ver en gran número; el Rey con cartuchera, escopeta, cuchillo de monte, botas de cuero... su escolta detrás; los guardas echándole las piezas de caza para que se le pongan á tiro y las mate... Los guardas de tales sitios no deben pasarlo mal; tienen su sueldo, casa y caza de sobra; y además, la Reina y la infanta Isabel, que son muy buenas y caritativas, suelen pagar carrera á sus hijos ó, cuando menos, interesarse por ellos mucho. Un detalle curioso: viajaba en nuestro departamento un pobre hombre, sin ilustración alguna; pero no sabía el pobre

qué hacerse por complacernos, y parecía, por sus demostraciones, como si nos debiera algún gran beneficio. El que tiene buenos sentimientos, aun sin ilustración logra hacerse simpático, como aquel hombre se hará á todo el que le conozca; y á veces con dinero y sabiduría es uno antipático á todos.

Por fin, y después de cuatro horas y pico en el tren, apareció á nuestra vista la hermosa torre de la catedral de Segovia, adonde ibamos llegando; luego la industria segoviana. Por fin, puesto el pie en tierra, caminamos en *el coche de San Francisco* hasta la morada que nos aguardaba. No me quiso enterar mi maestro querido de nada de cuanto iba viendo por las calles, porque decía era tarea ésta para muy despacio; sin embargo, pude sacarle algunas cosillas. Atravesamos un barrio, todo de casas viejísimas, de formas raras por extremos y en casi todas, escudos á sus puertas; en su mayor parte son aquellas casas de los siglos XI y XII. ¡Parece mentira que hayan sido habitadas por personas poderosas y principales! Vimos también al pasar un palacio, ya restaurado, del conde de Puñonrostro, que fué en otro tiempo *Hospital de Peregrinos*, fundación del mismo título; y junto á él hay un convento que no tiene nada de particular en su arquitectura, pero

mucho en su recuerdo histórico, puesto que fué el primero que fundó Santa Teresa de Jesús. Muchas iglesias y casas y pórticos preciosos por todas partes... Todo menos casas bonitas; que cuantas hay son horribles, con arreglo á nuestro gusto de hoy para hacerlas.

Nos metimos, por fin, en la nuestra, y ahora os iré contando cuánta obra de arte vi en Segovia durante los días que allí permanecí.

Justo.

## EL ACUEDUCTO

El Acueducto de Segovia es obra soberbia hasta más no poder; dicen de él que es uno de los primeros monumentos históricos de España; fila de arcos muy larga, que se prolonga desde la sierra hasta la parte más alta de la ciudad, presentando aspecto hermoso desde cualquiera parte que se le mire; sus arcos, muy anchos todos, son gigantescos en la parte más baja de la ciudad, que llaman Plaza del Azoguejo. Nadie sabe su origen, sobre el que hay muchas opiniones; pero lo más general es suponerle obra romana. ¡Qué admirable resulta recordar, al contemplarle, que está allí levantado,

sostenido sin que padezca su arquería, hace lo menos diecinueve siglos! Las piedras que le forman, labradas toscamente, sólo con el pico al cortarlas de la cantera, están colocadas una sobre otra, sin que *argamasa*,—ese compuesto de cal y arena que usan los albañiles,—ni nada, las una. ¡Qué equilibrio tan admirable!—¿Cómo es posible que se sostengan así tantos siglos, sin padecer nada?—Se preguntan los sabios. Y cuando consideran que sólo con los inventos modernos pueden elevarse, por medio de esas máquinas llamadas *grúas*, las piedras de tanto peso, á semejantes alturas, vuelven á preguntarse:—¿Cómo se arreglarían para subirlas, siendo de tanto peso, sobre todo?—En cada época ha habido un arte especial; acaso ahora no pudiera hacerse una obra como ésta, ó como las pirámides de Egipto. Tienen todas las piedras que componen el acueducto unos agujeritos que dicen si serían para agarrarlas con ganchos y subirlas así; pero de cualquier modo que lo hicieran, resulta admirable. Y porque así le ha parecido á todo el mundo, se cuentan sobre él mil leyendas, á cual más raras y significativas. Hay quien dice que el Diablo, ó Hercules, se enamoraron de una joven guapa, labradora de aquellas tierras, llamada Segovia; y que estando *pelando la pava* una noche, sintió gran sed la novia; y como para beber tenía

que andar mucho, el galán construyó el Acueducto para ahorrarla el viaje. Los que dicen que el amante era el Diablo, querían significar, sin duda, que sólo por encanto podía construirse tan soberbia obra; los que Hércules, como era el dios de la Fuerza, parece que nos dicen con esto que sólo gigantes fortísimos podían levantar aquellos arcos; y unos y otros, que la bella Segovia se moría de sed, siendo preciso traerla el agua á la boca. Ahora, lo que yo pienso es que el buen señor de Hércules, ó el Diablo, cualquiera que lo hiciera, debía ser poco entendido en ciencias, porque no sabía que el agua siempre busca su nivel. Diría:—«¿Cómo es posible que, después de descender al valle, vaya á subir otra vez á la ciudad? Construyamos un puente muy largo, para que venga por encima el agua, siempre en línea horizontal.»—Y con tal pensamiento sudó tanto para nada. Pero este error está dispensado en tales caballeros arquitectos, porque en los tiempos que le construyeron no se había descubierto esa ley física, que obliga á todo líquido, puesto en libertad, á buscar su nivelación cuando desciende primero por un tubo; con lo cual hoy tenemos surtidores en las fuentes que envían el agua tan alta. Ahora parece que del Acueducto se está burlando la Granja, construída enfrente de él, con sus magníficos juegos de agua. Se sostiene

y eleva al Cielo esta obra gigantesca, mole de piedra incomparable que maravilla al mundo entero hace muchos siglos; y Dios quiera que pasen otros tantos sin que se venga abajo, para asombro del extranjero que visita nuestras tierras; pues él, por lo general, aprecia mejor estas joyas de arte que nosotros.

Justo.

## ¡SED CARITATIVOS CON EL POBRE!

Antiguamente, cuando sólo se pensaba en guerras, tenían costumbre de cercar con murallas ó paredones muy anchos y altos los pueblos de alguna importancia, con el objeto de defenderlos del enemigo. Estas murallas solían ser muy buenas, representando mucho trabajo y dinero, como, por ejemplo, las de Babilonia, que fueron magníficas, según dicen sus historiadores, y las nuestras de Tarragona. Segovia también estuvo cercada de murallas, aunque no fueran tan buenas; y se conservan bien. Como el famosísimo Acueducto, opinan los inteligentes que son obra romana, por su sólida construcción y otras señales de arte.

Por el ancho de las murallas se anda cómodamente, y todas ellas tienen por un lado y por el otro del grueso, delgadas paredes á la altura de un hombre, entrecortadas; esto es lo que se llama *almenas*; por los huecos disparaban las tropas, y en los macizos se ocultaban á los tiros del enemigo. De cuando en cuando las murallas hacen un ensanche saliente, en forma de cubo ó de cilindro, y á esto se llama *torreón*; lo hacían para poder reforzar allí las tropas y atacar mejor. Y en las bocas de las calles mejores, unas grandes puertas—casi siempre con casa encima,—abiertas en la muralla, para entrar en la ciudad. Una de estas puertas de la ciudad de Segovia se llama de *Santiago*; tiene forma de castillo, con sus saeteros para disparar flechas. Al verla, recuerda uno los lances guerreros de la Edad Media, y entra así como el recelo de presenciar una de aquellas luchas; se dispone el ánimo á ello. Pero no se puede juzgar por las apariencias. Hoy día, en medio de sus humos de guerra, tiene la tal puerta un cartelón muy grande que dice: *Refugio*.

¿Qué quiere decir esto aquí? ¿Dan refugio ó posada á los amigos, ó á los enemigos? Me choca este letrero; pero subid conmigo, que aquí, en cuanto damos la vuelta, se ve la escalera de piedra que conduce á la muralla y á las habitaciones de la

puerta. Está aún como en los tiempos en que la hicieron, se conoce, aunque muy gastados sus peldaños. ¡Cuántos valientes soldados habrán subido por ella con el ardor del héroe, y á cuántos los habrán bajado ya cadáveres! Una puerta pequeña, viejísima y fuerte, se abre al subir nosotros; he aquí un gran salón, muy modesto, sin cielo raso, pero limpio y bonito; con poca luz; nada más que la que entra por los estrechos saeteros y por un ventanillo que han debido de abrir hace poco. Antes de entrar, impresionado como estaba, me dispuse á ver allí dentro una colección de guerreros bien armados, con escopetas, lanzas, armaduras, saetas, y otros instrumentos de la guerra, por paredes y suelo; la valentía y el arrojo demostrado por todas partes. Pero... ¿sabéis lo que encontré? Un pobre cojo, en medio del salón, alto, seco, estropeado su cuerpo por todas partes; y rodeándole, tarimas con jergones y mantas, todo muy limpio; en la pared una pequeña Biblioteca de religión y cuentos; junto al hogar, cacharros en los que se ve uno la cara... más allá palanganas de hojalata con sus espejitos y peines... No salía de mi asombro...

«¿Qué es esto, buen hombre?»—El Refugio; un asilo para que puedan pasar la noche los pobres que vienen por aquí y no tengan donde dormir,

dándoles, antes de marcharse por la mañana, algo de comer. Una obra de misericordia bien grande, niño.—¿Quién lo fundó?—Unos señores de Segovia, con limosnas que recogen.

«¡Benditos sean! He aquí la caridad protegiendo á los débiles—me dije,—en el mismo sitio en que en otros tiempos habrán defendido los héroes á su pueblo. ¡Qué hermosa idea! Ayer el hierro aquí dentro, y hoy la limosna. Protección y amparo adonde hubo guerra y exterminio.»

Nos enseñó el guardián otra sala igual en el piso segundo, que servía para las mujeres; la de abajo sólo es para hombres. En un cuartito tiene el botiquín, por si alguno se pone malo entre la noche; toallas, mantas y otras cosas, entre las cuales figuran los libros en que él apunta lo que le entregan y gasta, y los pobres á quienes da entrada. Todo tan limpio. ¡Ya quisieran muchos hombres de carrera ser capaces de llevar sus cuentas con tanta curiosidad como aquel pobre hombre!

—¿Está usted enfermo? le pregunté.—Hijo mío, yo vivo de milagro, y hago esta obra de caridad, de lidiar con esta gente, sólo por el amor de Dios, y en agradecimiento. Me caí de una altura disparatada; desde una de las ventanas más altas del Alcázar, al foso; me estropeé el cuerpo; pero es milagro que no me ahogara la falta de aire al ba-

jar, ó los golpes al caer. ¡Dios hizo el milagro de salvarme, y yo le sirvo aquí.—

Salí pensativo y alegre; y aquí tenéis lo que es Dios: salvó á ese hombre, y le dejó en la Tierra para socorrer al desgraciado y ser hermano del que sufre.

RICARDO.

## LA GRANJA

Poco hacía que había salido el Sol cuando nos encaminábamos á la Granja, desde Segovia. La excursión era bonita y nada cansada, pues el trayecto es corto; unos once kilómetros. Seguimos todó el Acueducto hasta sus depósitos, y luego después, ya en la carretera, la seguimos siempre. Como no teníamos gran prisa y el día estaba hermoso, nos deteníamos algunos ratos contemplando el paisaje ó corriendo por entre los pedruscos, en busca de alguna mariposilla. A la mitad del camino encontramos una hermosa finca; parece cosa regia.—¿Qué es esto tan bello?—pregunté.—*Quitapesares*, propiedad de un título que habita en Madrid, y adonde vienen algunos días la infanta Isabel y su madre Isabel II cuando pasan el vera-

no en la Granja.—¡Buena finca tiene este señor!—dije.—De cuando en cuando encontrábamos trabajadores y carreteros con sus carretas, que marchaban en sentido contrario á nuestro viaje; otras veces *peones camineros* arreglando el camino. Siempre delante la cordillera Carpeto-Vetónica, en su sierra del Guadarrama. Según nos íbamos acercando al Real Sitio de San Ildefonso (que éste es el verdadero nombre de la Granja), el paisaje iba siendo más bello. Allí está sepultado, en la sierra, el sitio regio, verificándose continua lucha entre el Arte y la Naturaleza; ésta parece se quiere tragar á aquél, por envidia de que tanto le admire todo el mundo; el Arte se defiende, siempre en la falda del Guadarrama sepultado; junto al Real Sitio, se ve el pueblo, nada artístico por cierto, muy bien resguardado por la montaña, como hijo suyo que es, y rústico como ella. En cambio, aquellos rastros de nieve que de lo más alto llegan á los jardines, parece como que están anunciando el odio y amenazando siempre con que el *alud*, ó desprendimiento de hielos, baje sobre tal maravilla y la deshaga y la borre del mundo para siempre. Los jardines son muy grandes; el palacio, también bastante grande, de caprichosa forma; los cuarteles que le rodean, soberbios.

¡Qué riqueza en jardines y fuentes, sobre todo

en estas últimas! Aseguran los inteligentes que no hay mejor colección en el mundo entero; y yo, aunque no puedo apreciar su valor artístico, sí puedo decir algo de la belleza que encierran á la primera impresión.

Todo el mundo admira aquellas fuentes. ¡Qué esculturas! ¡Qué juegos de chorros de agua tan encantadores! Las estatuas, representan asuntos de la *Mitología* griega; por consecuencia, todas corresponden al arte griego y, como es natural, al de la verdadera belleza; hay gran verdad en la expresión de la idea, que á veces, aunque parece bobada, es cosa admirable. Como la fábula de que, doliéndole la cabeza á *Júpiter*, dios del Cielo, llamara á *Vulcano*, dios de las fraguas, para que le diera un martillazo en ella por ver si le descansaba, saliendo de allí, al ejecutarlo, la diosa de la guerra, *Minerva*, armada con casco, coraza, espada, y demás atavíos militares. Entre las fuentes hermosísimas que admiré, figura en primer lugar, por el artístico grupo, la llamada de *Andrómeda*. Sobre un gran peñasco hay una mujer desnuda, con el pelo suelto, atada con cadenas; es *Andrómeda*, puesta allí para que la devore un monstruo marino, un gran dragón de tamaño colosal, con algo de su cuerpo hundido en el agua, con alas, cabeza y uñas feroces; está en

actitud de tragarse á *Andrómeda*, y un joven guapo y mozo, que está boca abajo en el peñasco, de una postura hermosísima y comprometida, con la lanza en la mano derecha para matar al monstruo, y en la izquierda la cabeza de la encantadora *Medusa*, ante la cual el monstruo es menos cruel: ¡la hermosura dominando á las fieras! Él es *Perseo*, el defensor de *Andrómeda*. Arriba hay un angelito agarrando las cadenas en actitud de romperlas. Parece que el episodio representa la justicia; la inocente *Andrómeda*, librada del furor de la envidia por los valientes y buenos; Neptuno mandó aprisionarla por envidias, y al ver la injusticia grande, todos los dioses la protegieron. La escultura de *Perseo* es hermosísima, ligera y fina; parece que acaba de ponerse allí tirado un hombre de verdad, y que este hombre tiene mucha agilidad y destreza.

La fuente llamada de la *Fama* es de las que más me gustaron, y puedo dar mis razones de buen gusto en esto. Lo primero, porque resulta el grupo muy bello y artístico, formado por buenas estatuas: un gran caballo alado, ligero, hermoso, en actitud muy bonita; la *Fama*, mujer arrogante, va sobre él tocando una trompeta, y todo el peñasco lleno de figuras bonitas. Lo segundo, por el asunto: pues aquello dice bien claro á los

ojos del que lo contempla, que un artista, un poeta, por ejemplo, cuando escribe pensando en la *Fama* que vendrá á coronarle, triunfa de todo y escribe bellezas. Debajo del caballo hay varias personas pisoteadas: están la Envidia y las Dificultades, de las cuales triunfa siempre la Fama. En lo más bajo del peñasco hay esculturas que representan los cuatro ríos más *famosos* de España; según su nombre, así están representados por hombres ó mujeres, siempre volcando un cantarillo y coronados de espigas y uvas. Un guerrero que se despeña, es figura bonita; parece que está en el aire.

Otra hay, que se llama de *Los baños de Diana*, célebre no sólo por sus hermosos juegos de agua, sino por los grupos encantadores de estatuas. Está Diana rodeada de damas, disponiéndose á entrar en el baño; una la destrenza el pelo; otra le quita los zapatos, etc. Infinidad de angelitos, montados sobre patos, por todo el pilón; una dama hay que quiere coger un cisne, y está en el aire, medio cayéndose, por lo cual resulta muy bonita la postura. Diana, muy contenta, tiene á sus pies un ciervo, símbolo de su reinado, que es la caza; por eso, *por ser diosa de la caza*, la representan siempre con un cervatillo al lado. Yo siento muchísimo no poderos decir, amigos míos, mucho

más sobre las fuentes, que todo se lo merecen; pero resultaría muy largo esto. Lo que sí os diré es que hay por todos los jardines, haciendo juego con las de las fuentes, muchas estatuas, y, sobre todo, unos jarrones tan preciosos, que á todo el mundo que entienda algo le asombran. No hay extranjero, con gusto artístico y *pecunia*, que no visite las fuentes de la Granja.

El Rey que mandó construir este Real Sitio, Felipe V, tenía, sin duda, gran gusto en artes, y sería poético en extremo; debía ser sencillo y gustarle observar cómo canta el pajarillo libre, al pasear por la arboleda. Desde los balcones de palacio se ven de una vez las cascadas, que son combinaciones de varias fuentes, situadas cada una más atrás y más alta que la anterior; de cada pilón de estas fuentes combinadas, descende una gran sábana de agua al otro de más adelante y bajo; de modo que llega á figurar una sola caída de agua. En días muy señalados ponen por detrás de estos saltos faroles de colores, con lo cual hace preciosa, según dicen, la cascada célebre.

Luego nos fuímos á dar una vuelta por el pueblo para observar qué vida hacen sus habitantes. Todo estaba en silencio. ¿Qué movimiento ha de haber en un pueblo pequeñito? Las mujeres, en corro, cosen al sol ó juegan á la *brisca*, mientras

sus maridos trabajan en el campo, ó, por mejor decir, en los jardines; porque en cada Sitio Real no vive casi más gente, en el pueblecillo correspondiente, que los empleados del Patrimonio; algo de industria y comercio suele haber fuera de aquello, pero bien poca cosa, según he oído. Digo que las mujeres en corro cosen ó juegan con las manos, mientras con la lengua suelen hacer otra cosa, bien fea por cierto: *chismorrear*; contar lo que sucede y lo que no sucede en todas las casas de la aldea, con lo que suelen poner á mal á sus maridos unos con otros. Los chicos mayorcitos deberían estar en la escuela, porque apenas vimos uno que otro; los pequeñitos, casi sin excepción, metidos en carritos de madera, con los cuales *se sueltan* á andar, y allí se entretienen con cualquier cosa. Las muchachas juegan á *hacer comiditas* con pan y azúcar; ó á las tenderas, convirtiendo el polvo de ladrillos en pimentón, y la tierra desempeñando varios papeles: de harina, azúcar, sal, etc., que despachan en cucuruchos de papel; y como el dinero son piedrecillas, y como las piedras se encuentran á puntapiés, parece que se establecieron las muchachitas aquellas en el país de Jauja, ó cerca de las minas del Potosí.

Viendo esto recordé cómo suelen pasar los domingos en los pueblos chicos, según he visto yo

en algunos: ¡bien le santifican! Por la mañana, con muchísima devoción, todos van á misa, y resulta muy hermoso ver salir de ella á las gentes; las mujeres se ponen á charlar en el atrio del templo, á contarse sus secretos y cosas de *el su hombre*, como llaman al marido; éstos hablan de *sementeras y lluvias*; de *ganaos y contribuciones*; los muchachos jóvenes juegan á los tejos, la pelota y la barra, etc. Lo que es hermoso también es presenciar un entierro ó boda: todos los invitados van con su capa puesta, aunque sea el mes de Agosto, y hay que ver aquellas capas, que pesan como si fueran de hierro; pues aunque sean ricos, la llevan todos de paño pardo. Cuando dejan enterrado al difunto, van á la que fué su casa y allí se hartan de bizcochos y vino. Si es boda, acompañan á la novia, y hay costumbre de que ésta les enseñe la cama de matrimonio y *los majos* que la ha comprado su *prometío*.

Se pasa bien un día en la Granja; pero si se va á estudiar, no basta con un día, pues hay cosas muy buenas que ver por allí.

Justo.

## ESCUELAS DE AGUIRRE

Don Lucas Aguirre murió no hace mucho, y como fué toda su vida un gran patriota y era hombre de gran fortuna, dedicó toda ésta, al morir, para fundación de escuelas, haciendo su nombre inmortal entre los buenos, pues cumplió con una gran obra de misericordia: *Enseñar al que no sabe*. Nosotros, que visitamos algunos establecimientos de educación con nuestro maestro, hemos ido, no hace mucho, al mejor que se fundó con el dinero del Sr. Aguirre, aquí en Madrid. El edificio es hermoso, con una torre muy elevada y magnífico jardín.

Entramos en amplio salón, hermoso por todos estilos, con galería alta todo alrededor y banderas y escudos con coronas de laurel, dedicados á los héroes de la ciencia de la educación: de la *Pedagogía*. En cada clase, dirigidas todas por señoras, una porción de chiquitos, pobres la mayor parte, criados en el arroyo. ¡Bien dice la máxima! *Quien abre una escuela, cierra una cárcel*. ¡Qué fuera de estos pobrecillos niños, sin dinero para que los eduquen, á no ser por la caridad de un alma virtuosa y sin; el sacrificio de tan cariñosas

maestras como aquellas que les ponen en camino de ser personas de provecho, y honradas sobre todo, acostumbrándoles al trabajo y enseñándoles lo necesario de moral y de inteligencia para que el día de mañana, si les falta el pan, no caigan en la tentación de robar, y luego, como es consiguiente, en manos de la justicia!

Lo que más me gustó fué la clase de canto: se disfruta viendo tanta cabecita que abre la boca para arrojar por ella el aire en forma de notas vibrantes; los pobrecitos lo hacen todo muy bien, resultando el canto armonioso hasta el extremo; parece que se escaparon allí los angelitos de las Concepciones de Murillo á cantar alabanzas á la Santa Virgen.

Dentro de las clases se observa que son muy entendidas y tienen muy buen sentido para educar estas señoritas, pues les hacen discurrir algo á los niños, y leer con pausa y sosiego, *sintiendo* la lectura algunos; entre ellos, una niñita de la estatura de un perrín sentado; niña hermosa que parece viene á coronar á Aguirre en su notable obra de caridad: es un angelito; las melenitas rubias como los rayos del Sol, cayendo sobre sus espalditas tan pequeñinas y bien dibujadas; su sonrosado cutis y sus carrillitos tan mofletudos; ojines alegres é impacientes, del color del Cielo; boca sonriente...;

hasta el trajecito, verde, color de la *Esperanza*...; hasta su nombre, *Mercedes*, parece un himno al Sr. Aguirre. Y en medio del concurso infantil, Calderón con sus comedias, pareciendo como que se inspira en las frases de los niños; Gutenberg, el que inventó la imprenta, sentado y serio. ¡Qué bien hacen entre aquellos revoltosos pajaruelos las estatuas de tales hombres sabios y graves! La señora Directora, persona que me pareció de talento, acompaña á los niños, en sus bonitas canciones, con un *armonium*, instrumento intermedio entre el órgano y el piano.

En las clases se observan cosas curiosas; mientras los mayorcitos contestan á lo que les pregunta su señora, los chiquitines se comunican *secretos importantes*, se tiran de los pelos, etc., todo con gran disimulo y picardía, á pesar de sus cortos años. Las niñas, por lo general, son más formalistas. Muchas caritas sonrosadas, de infelices, pelados algunos hasta dejar ver el cuero cabelludo; trajes de tela, de color de ceniza muchos de ellos; con las botas desatadas y las medias caídas alguno que otro; las puntas de los zapatitos desolladas: se conoce que tienen mucha devoción á la Virgen; el delantalillo desabrochado, dejando ver el final del pantaloncito, la camisina, la fresca encarnadura y los tirantes. Los estudiosos con los ojos fijos,

fijos, en la maestra; los holgazanes con aparente atención y el alma del todo puesta en el juego al toro y á la pelota. ¡Bendito sea el Sr. Aguirre y todos los que, como él, hacen bien al prójimo en los niños!

JUSTO Y POLI.

## NUESTROS RETRATOS

Ya que al empezar este libro veis nuestros retratos, hechos á lápiz por medio del dibujo, voy á ver si consigo que los veáis también al final, hechos á pluma por medio del discurso.

Habéis de saber que Rodolfo es un muchacho de muy buenos sentimientos, de cutis blanco y ojos azules, y muy alto para su edad: es habanero. El pobre perdió á su padre hace cuatro años, y es la única pena que entristece su carácter alegre. Tiene mal genio, se incomoda pronto, y no atiende á razones en estos casos; cuando se enfada saca la lengua y yo le digo:—¡Aprieta los dientes!—pero no me obedece. Es de un genio patriótico y guerrero; mas tengo la seguridad de que si oyera un silbido de bala cerca de él, echaría á correr más que á paso. Es tan amante de su tierra, que en cuanto hablamos de algo curioso ó ueno, ya

dice que lo hay en la Habana; todo lo bueno vino de allí. El mejor día nos va á querer hacer creer que en la Habana se atan los perros con longaniza; oyéndole se podrían sacar aleluyas de su tierra, como se sacaron de Jauja.

Manolo es un muchacho bueno, listo y cariñoso, pero habla más que un *sacamuélas* de los que se ponen en la Plaza Mayor. Y se expresa muy bien, en general; da gusto oírle cuando habla de ciertas cosas; es muy nervioso y fantástico: en seguida ve el Cielo con los angelitos y cosas parecidas. Cuando jugamos, todo se le vuelve:—¡Pum! ¡Cataplum! ¡Zás! ¡A batirnos, traidor inicuo! ¡Eres un menguado!—Cuando en broma hacemos como si representáramos una comedia, siempre lleva él á la cintura la *espada de Bernardo*. Habla y escribe unas cosas tan dulces, tan suavísimas, tan mansas, que parece se va á evaporar el mejor día. Es delgadito y resistente. En diciendo que le da la rabieta porque le impacientamos nosotros, se pone muy cómico y pide á Dios de rodillas, con las manos y la cabeza elevadas al Cielo, que le dé paciencia para lidiar con nosotros; declama muy bien y se llena de entusiasmo, que nos transmite á todos, cuando recita *El Vértigo*, *El Dos de Mayo*, *La Vida es Sueño*, ó cosa parecida.

Poli es un muchacho tímido, aunque no se deja pegar de nadie, de facciones delicadas y cutis fino, como sus gustos, pues es muy escogidito. Trabaja mucho y bien, cuando está de humor para ello; escribe sobre todo, y siempre está inspirado; nunca dice, como nosotros:—Encomiende usted ese trabajo á otro, pues yo no me considero capaz ó con gusto de hacerlo.—Él á todo dice que sí, y de todo suele salir bien, porque trabaja con reposo; y así como escribiendo lo mismo hace llorar que reir, hablando no le es posible lo primero; no le deja su cara risueña. Un detalle curioso: es muy artístico para el dibujo, tanto como para escribir, y sin embargo pinta y escribe á veces, muy pocas, mamarrachadas de tan desdichado gusto, que nuestro profesor se tapa los ojos y se lo manda quitar en seguida de delante para no verlo. ¿En qué consistirá esto? Porque me parece misterioso y, como todo en este mundo, tendrá su explicación, sin embargo. Cuando le reprenden, pone una cara muy fea. Pienso siempre, al mirar sus ojos inteligentes, que, si estudia, será algún día hombre de provecho.

Manolito, artístico por extremo, tiene más de éspiritual que de material, y eso que su cuerpo es fuerte; pero se le transparentan las carnes como para dejar ver el alma allí dentro. Sus manos de-

licadas manejan el lápiz con gran soltura, y en dos minutos toma un apunte magnífico. Llegará tal vez á ser un pintor de nota, como dicen que lo fué su madre. Tiene tan acostumbrada la vista á observar el claro-oscuro y el tono de color, que con facilidad grande pone un negro y reserva un blanco, ó imita los matices que ve en los objetos coloreados. Es buen compañero; humilde, expansivo y muy sencillo en todo.

Ricardo es la gacetilla del colegio; cuando llega á él por las mañanas, le decimos:—Ricardo, ¿quién mata el domingo? ¿Quién juega hoy en el *Jai Alai*? ¿Quién mañana en *Fiesta Alegre*? ¿Qué función representan en el Español? ¿Y en la Zarzuela?—A todo contesta tranquilo, sin titubear, pues ya antes de entrar en el colegio se aprendió de memoria cuantos carteles vio en las anunciadoras. Es de carácter alegre y ojos expresivos; *siente* la lectura, y llora mucho antes que nosotros, cuando nos lee D. Angel algo triste. Si en clase se pronuncia un nombre raro ó que nunca hemos oído, ya tiene material para reirse un rato bueno. Como es un *sábelotodo*, está muy enteradito de cosas de política, á su modo, y nos dice los nombres de Ministros y Generales, riéndose como un tonto de las burlas que hacen de ellos en los periódicos satíricos, en donde conoce á todos, explicándonos

sobre el terreno esos simbolismos que nosotros no entendemos, porque no quiere mi maestro decirnos nada de política. Es bueno, cariñoso, cumplidito; y tiene buenos modales, á pesar de que el pobre es de muy humilde origen; pero tanto procura él educarse bien que, con buen traje, parecería mejor que muchos señoritos.

Emilio es simpático; ya le veis en el retrato; aunque, á decir verdad, va mucho de lo vivo á lo pintado; pues si bien no puede estar más parecido, figura el de más edad entre todos, sin duda por el tamaño del dibujo; resulta por esto con cara de hombre formal, hecho y derecho, cuando al natural es el más chiquillo de todos. Un canónigo antiguo parece, con sus mofletes abultados, cuando se pone grave; es muy agradecido y condescendiente como ninguno de nosotros; y por corresponderle, le damos gusto en todo, motivo por el cual no se enfada casi nunca, como antes dije: *Haciendo lo que yo quiero, tengo genio de cartero*, dice el refrán.

Ahora me toca á mí: yo soy un muchacho muy gordinflón, en lo físico; á veces me dan broma por esto mis compañeros; la mayor parte de las veces no hago caso, pues no me ponen ningún mote al decirme que estoy gordo; cuando me enfado, por que me cansan ya, suelo decirles: «¡Mejor! ¡Más

vale tener que no desear!» Y me quedo tan satisfecho. Poli me llama hombre prehistórico, porque tengo grandes aficiones á las artes antiguas. Me gustan mucho también las lecciones de Historia de la civilización y el relato de hechos heroicos. Dicen que tengo el defecto de ser muy testarudo; yo, después de que hago algo malo, no me acuerdo si lo hice; pero cuando lo dicen... Mis padres están contentos conmigo porque me aplico lo que puedo; pero yo sé bien que esto no es virtud, sino deber y necesidad, según me acostumbra á sentir y observar mi cariñoso maestro; y además, como nadie me fuerza, lo hago todo muy á gusto, y me estaría trabajando horas y horas sin cansarme, sobre todo si se trataba de hacer excursiones de cualquier género, pues soy muy aficionado á ellas. En todo me diferencio por completo de mi amigo Manolo: él habla mucho, y yo poco; él todo lo expresa con gran calor, y yo con sosiego grande; él es delgadito, y yo gordo...

Ahí tenéis nuestros retratos. No os hago el de los demás compañeros, por no venir aquí á pelo. Cuando á ellos les toque publicar algún libro, entonces les conoceréis por escrito.

Hasta otro año si Dios quiere, amigos míos.

JUSTO.

---

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

---

# INDICE

	<u>Páginas.</u>
Por el campo .....	1
Un fuego .....	4
Los Nacimientos .....	5
La oración de la tarde .....	8
Días santos .....	12
Paisajes de Suiza .....	15
¡Sin padre! .....	17
Termidor .....	20
Reproducciones artísticas .....	22
Fábrica de bujías .....	29
En el muelle .....	34
Un concierto .....	37
Fábrica de cerillas .....	41
La siempreviva y la rosa .....	46
¡Al Escorial! .....	47
Aspecto del Monasterio .....	51
La iglesia del Escorial .....	54
Sacristía y Palacio .....	59
Panteones .....	64
Regreso .....	67
Excursión alrededor de mi cuarto .....	70
Barrios bajos de Madrid .....	74
El Campamento.—Los ejercicios .....	80

	<u>Páginas.</u>
El entierro de un gran hombre.....	90
La Casa de Campo.....	92
La Vida es sueño.....	95
Al morir un niño.....	102
Funerales por las víctimas de Consuegra.....	104
Viaje á Aranjuez.....	107
Museo de Historia Natural.....	115
El Mercado.....	125
Fábrica de Tapices.....	130
El beneficio.....	134
Mi cuartito.....	136
Las dos rosas.....	143
Una visita á las hormigas.....	145
San Francisco el Grande.....	147
Jauja.....	151
Viaje á Segovia.....	154
El Acueducto.....	158
¡Sed caritativos con el pobre!.....	161
La Granja.....	165
Escuelas de Aguirre.....	173
Nuestros retratos.....	176

NOTA. En la página 52, línea 9, se ha puesto por equivocación *batalla naval de Lepanto*, debiéndose leer *batalla de San Quintín*.

